



TRES HILOS PARA UNA AGUJA

(La saga del “Señor concejal”, un incidente de pocas semanas de duración)

ARTURO ALEJANDRO MUÑOZ

Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-5241
Santiago de Chile



Las siguientes páginas saludan con emocionada admiración a quienes desde su respectiva trinchera luchan sin cansancio, y generalmente sin apoyo, por construir una sociedad mejor, solidaria, contraria a corruptelas, dogmas y sectarismos, honesta y democrática sin ambages ni subterfugios.
A esas personas va dedicada esta novela.

“Si quieres ser universal, escribe sobre tu aldea”
León Tolstoi

**ESTA ES UNA NOVELA, POR TANTO, UNA FICCIÓN. LA
COMUNA DE ‘LAS CALANDRIAS’ NO EXISTE.**

**TAMPOCO EXISTEN EN LA VIDA REAL LOS PERSONAJES,
EVENTOS Y SITUACIONES QUE SE MENCIONAN EN LAS
PÁGINAS SIGUIENTES. TODOS ELLOS SON PRODUCTO DE LA
IMAGINACIÓN DEL AUTOR.**

**CUALQUIER SEMEJANZA CON PERSONAJES Y/O SITUACIONES
DE LA VIDA REAL, ES UNA MERA E INVOLUNTARIA
COINCIDENCIA.**

**DEFINITIVAMENTE, LA COMUNA DE ‘LAS CALANDRIAS’ NO
EXISTE.**

EL AUTOR.

PRÓLOGO

Dicen, los que saben, que una historia jamás tiene final, que siempre se produce una continuidad interminable, algo de nunca acabar, creciendo subrepticamente debajo de cada palabra -escrita o hablada-, para conformar un nuevo cuento, una nueva narración...una recién parida historia que dará inicio a otra, y así ocurrirá sucesivamente hasta el final de los tiempos.

Aquello de “y vivieron felices”, no es sino un simple capítulo de la realidad. Lo que viene después rara vez se cuenta, pues podría encontrarse el lector con historias personales e íntimas que desnudan a los personajes mostrándolos tal cual verdaderamente son, humanos...

Eso sucede con esta narración que usted tiene en sus manos. Ella no es un todo en sí misma. Procede de otra historia, y de seguro dará nacimiento a una nueva. En resumen, nace del final de aquella que durante años circuló de boca en boca a lo largo y ancho de la campesina comuna de Las Calandrias.

Siempre es bueno –y sano- recordar lo que supuestamente había finalizado veintidós años atrás, pero que puja por renacer con aires de identidad propia en manos y corazones de personas distintas.

Una vez que la luz del día había sido estragada por las tinieblas frías de ese mes de julio, el Lenguado condujo a Labraña por entre las huellas que se adivinaban tímidamente en el bosque de pinos y eucaliptos, saliendo mucho rato después a un llano que presentaba cierta elevación y descansaba su mejor altura en el sostén de unas construcciones de adobe y otras de madera protegidas por árboles frutales, una de las cuales servía de lugar de culto y era habitada por el pastor Jeremías Avendaño, amigo del Lenguado en antiguas andanzas de ebrios, pero hoy incansable luchador por la superior causa de Cristo.

- *Traigo de vuelta a tu redil a esta alma descarriada –le dijo Moraga- Yo he realizado ya mi obra de buena fe...ahora, cumple tú con la parte comprometida....*
- *Así será, hermano Ronaldo –respondió el pastor- Mi iglesia trasladará a este pecador arrepentido a un lugar de reposo cerca de Puerto*

Varas....allá, junto a la bondad infinita del Señor y a los cuidados de las hermanas que construyen los caminos adecuados para aquellos que aprendieron a luchar contra Satanás, tu amigo podrá sanar sus heridas y recomponer su existencia...

- *Perfecto. Yo hablaré con el cura Castaño para que la iglesia católica también solicite al tribunal, al igual que lo harán tus superiores, que Jesús Labraña se mantenga bajo los cuidados de ustedes en la casa de reposo de Puerto Varas hasta que los médicos y la justicia estimen que este hombre ha sanado de sus males y ha pagado su deuda con la sociedad.*
- *¡Aleluya, hermano!*
- *Recemos ambos para que nos vaya bien. y no olvides que el sigilo resulta ser el mejor consejero....el sigilo y el secreto. ¡aleluya!*

Otros hombres aparecieron desde el interior del templo de madera, abrazando al enfermo recién llegado e insuflándole ánimo con variadas citas bíblicas. Uno de ellos alzó la voz para tranquilizar a Moraga.

- *Vaya con Dios, hermano. Apenas amanezca trasladaremos a su amigo hacia la cordillera que mira a Puerto Varas.*

Ronaldo sonrió con un dejo de amargura y fijó su atención en el station wagon japonés que serviría de eficaz transporte para esconder a un fracasado y doliente Labraña de las iras que su propia mano sembró durante años en la tierra de sus amores.

Al menos, la nueva cárcel a la que se le condenaba poseía barrotes y estructura creados por la mano del Señor, enclavada en parajes de inigualable belleza donde el trinar de las aves y la pureza del aire, además de los cuidados amorosos de las hermanas y hermanos, podrían devolverle el raciocinio que perdió durante su alocada trayectoria de hombre público.

Por último, si la justicia humana no le concedía la posibilidad de rehacer su estado mental a través de las solícitas atenciones que aquellos evangélicos dispensaban a sus enfermos en las alturas de Ensenada, Jesús Labraña podría pasar el resto de su vida dedicado a la meditación, oculto entre araucarias, ulmos y alerces.

Lo dicho. Nunca una historia tiene final absoluto. Tampoco importa mucho cuánto tiempo ha pasado para que el nuevo relato conozca la luz. De una u otra forma, el inextinguible espacio existente entra ambos extremos logra enlazarlos para dar inicio a un nuevo comienzo.

En Las Calandrias muchas cosas habían cambiado... pero, muchas otras continuaban siendo las mismas de ayer.

CAPÍTULO PRIMERO

VEINTIDÓS AÑOS DESPUÉS... Comuna de Las Calandrias

“¡Recuperemos nuestra dignidad de vecinos e hijos nobles de Las Calandrias!” Esa había sido la frase con la cual Rebeca Cantallopts decidió terminar su alocución -aquel fin de año académico- ante el numeroso grupo de apoderados de la escuela municipalizada “Héroes de la Patria”, provocando un nutrido aplauso de toda la comunidad estudiantil del establecimiento, incluyendo a los 312 alumnos y al equipo de asistentes de la educación.

Había sido elegida como la mejor charlista en “La Semana del Conocimiento”, actividad creada por la dirección de la escuela a la que se invitó a profesionales de distintas áreas para exponer ante la comunidad educativa. Y debido a que fue electa “mejor charlista” le correspondió hablar en el acto oficial de cierre.

No pasaron tres horas y a la oficina del alcalde la información llegó con polvos de crecimiento espontáneo, ya que el portador del tradicional “correvedile” que ilustra a muchos lugares del país, entregó la noticia abundando en expresiones y detalles que transformaban el cuenteo en algo mucho más grave de lo que realmente había sido.

Rebeca lo sabía, y no le incomodaba. Por el contrario, sagaz como era, tenía claro que su discurso llegaría a los oídos del jefe comunal transformado

casi en una arenga de declaración de guerra. “Bien, pues, se dijo a sí misma, eso es lo que deseo”. Durante años se había mantenido en silencio, alejada de los avatares de la política local, entregada por completo a la administración del taller y local comercial <“Paraíso de los ‘tuercas’>, donde arribaban los propietarios de vehículos motorizados y de maquinarias agrícolas cuando sus ‘cacharros’ necesitaban reparaciones o repuestos de piezas.

- Doce años aguantando las imbecilidades de este dictadorzuelo es demasiado tiempo. He callado estúpidamente, pero esta vez pasó la raya de lo soportable. Acá en Las Calandrias todos le temen, es un mafioso y siempre cobra venganza. Pero yo no le temo, y si se le ocurre meterse contigo, hermanita, se va a topar con ‘flor’ de mocha. Desde hace tiempo que tengo ganas de darle una buena pateadura.

Rebeca rió de buena gana. Abrazó con ternura a su hermano menor depositando un cálido beso en su mejilla. Retrocedió un par de pasos para contemplarlo acuciosamente, siempre sonriendo, y luego sacudió con fuerza su sedosa cabellera negra. Era aquel un gesto característico suyo, el que embelesaba a muchos varones de la comuna quienes, gustosos, habrían sido novios o parejas de la muchacha, pero ella, dueña de una belleza indómita y carácter fuerte como las rocas cordilleranas, tenía prioridades más relevantes que un amorío pasajero.

- Sigues siendo un chiquillo soñador. No eres hombre duro ni apto para la violencia, pero agradezco tu interés en defenderme
- ¿Cómo es eso que no soy apto para la violencia? ¿Te parece poco ejemplo el que cada fin de semana me juegue el pellejo montando mi moto en un rally? Hay que tener huevos grandes y huesos duros para eso.
- Admiro y aplaudo tu loca pasión, Pablito de mi alma, pero no te veo en una pelea a puñetazos contra tipos mafiosos como el alcalde. Para eso, primero tendrías que estar habituado a concurrir a...

En ese punto de su frase, Rebeca se detuvo, había cometido el error y Pablo se percató de ello. La mujer miró a su hermano con ojos de arrepentimiento, pero ya era tarde.

- ¿Concurrir a las fiestas populares y a las discotecas, como lo hace Chelo, y terminar siempre enfrascado en una mocha donde vuelan sillas, mesas, botellas y patadas? ¿A eso te refieres? ¿Solamente se puede ser ‘macho’ si se concurre a sitios como los que mencioné y estar acompañado por una manga de amigotes carreteros y buenos para nada como los que tiene Chelito?
- Tu hermano se llama Marcelo, y no ‘Chelito’, por último dile ‘Chelo’, tal cual lo llaman sus amigos. ¿Por qué te molesta que él vaya a carretear los fines de semana si sabes que es el mejor mecánico automotriz de esta zona, y nuestro principal técnico en el taller, por lo tanto, bien merece fines de semana a su regalado gusto?
- Me molesta que me considere débil y me llame ‘peque’. Y parece que a ti también te agrada considerarme del mismo modo.

Pablo respiró profundo y miró con cierta ironía a su hermana. La adoraba, era casi como su madre, pues su progenitora falleció a los pocos días de haberlo parido. Rebeca se encargó de criarlo, a pesar que ella tenía entonces solamente 13 años de edad, mientras el padre de ambos continuaba batallando para sacar adelante el modesto garaje donde realizaba reparaciones menores de algunas maquinarias agrícolas y uno que otro camión. Desde temprana edad, su hermano Marcelo -dos años mayor que ella- ayudó al ‘viejo’ en el garaje, optando por dedicarse de lleno a esa actividad mediante el uso y abuso de la práctica. Fue precisamente el padre de los muchachos quien, años más tarde, obligó a Marcelo a estudiar mecánica automotriz en un instituto profesional en Talca, al año siguiente que Rebeca terminara su enseñanza media egresando con honores del Instituto Comercial donde obtuvo el diploma que la certificaba como Contadora Profesional. Una vez titulado, Marcelo destacó con luces propias en su profesión, y más rápido de lo esperado el garaje se transformó en taller. El padre de los chicos hubo de contratar a dos ayudantes para responder a la demanda de los clientes. Ese fue el comienzo. Abruptamente, la cadena pareció cortarse cuando la señora Muerte visitó la casa de los Cantallopts nuevamente. Un ataque cardíaco y la lenta reacción del Consultorio de Salud local, dejaron huérfanos a los hermanos. Rebeca tomó las riendas del taller y en pocas semanas demostró que era un genio en asuntos comerciales. Antes de cumplirse el segundo año de la administración

femenina, el taller había crecido ocupando el amplio patio de la casona familiar, y esta se transformó en un local de venta de repuestos automotrices. Los hermanos instalaron la residencia en el segundo piso del inmueble, desde donde podían controlar el quehacer de su boliche y del taller, el que ya contaba con cinco operarios que obedecían técnicamente las órdenes de Marcelo.

¿Y Pablito? A sus frescos y jóvenes 20 años de edad las motos se habían convertido en su gran afición. Tenía tres. Dos de ellas las usaba en las competencias pertinentes, y la otra estaba destinada para su uso personal...aunque a veces también la explotaba en algunas competiciones de velocidad. Era un buen piloto, sin duda. Admirado y seguido fielmente por muchos motoqueros de Las Calandrias y sus alrededores. Pero, no todo podía ser diversión. Rebeca le conminó a aprender electricidad automotriz, y en eso estaba en una sede de un conocido instituto profesional situado, como casi todo lo que se requería pero no había en Las Calandrias, en la ciudad del Piduco, Talca.

.- Perdona, Pablito; es que eres casi como un hijo para mi...después de todo, yo te crié y eso me da algún derecho a sentirme tu protectora.

Pablo movió la cabeza y quiso agregar algo, pero su intención fue interrumpida bruscamente con la llegada de Marcelo, quien apareció como transportado por una ventolera.

- Soy portador de una pésima noticia. Hace un par de horas nada más, falleció el Lolo Cruchaga... arréglense para la triste ocasión de acompañar sus restos al cementerio.
- Ve al local de doña Albertina y pídele que prepare un buen arreglo floral, ojalá el mejor de todos. Yo se lo pagaré después –la orden de Rebeca contenía acento perentorio, más aún al agregar:- Esta noche tú y yo tenemos una charla importante.
- ¿Conmigo? -preguntó Marcelo con un dejo de asombro y confusión.
- Contigo...¿con quién más?
- Estupendo, porque también tengo algo que debes aclararnos, hermanita, y es importante.
- ¿Se puede saber qué es tan importante?

- Claro que se puede saber –rezongó Marcelo mirándola de reojo- Hay todo un comidillo en el pueblo debido a las arengas que lanzaste esta mañana en la escuela ‘Héroes de la Patria’. Y ni te digo cómo está el ambiente en la municipalidad. El alcalde pide tu cabeza y también la de doña Estercita, la directora de la escuela.
- Creo que esta noche tendremos una larga reunión familiar. Es hora de tomar decisiones. Pero, ahora, en lo inmediato, vayamos a despedir a un viejo y querido amigo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Renán Becerra Alvear no era nativo de Las Calandrias. Hijo de padre lacero y leñador, y madre analfabeta, encargada de los quehaceres del hogar, de las aves de corral y de la cuelga de hijos (Renán era el mayor de ocho hermanos), nació en la localidad rural de Potrero Grande, a 30 kilómetros de Curicó, ciudad en la cual se asentó para trabajar como dependiente atendiendo público en varios locales comerciales, mientras cursaba la enseñanza media en un liceo nocturno. A los 22 años de edad decidió engrosar las filas del socialismo y a pesar de haber escalado en el partido la nada misma, intentó convertirse en precandidato a la alcaldía de esa ciudad, pero los dirigentes nacionales le bajaron las pretensiones recordándole que para tal cargo en una capital de provincia era recomendable contar con cursos post media, vale decir, disponer de un título técnico o profesional. “Tal vez una comuna rural pequeña, no muy conocida por la prensa, podría ser buena opción para usted, compañero”. Difícilmente podría conseguir que algún parlamentario de la zona quisiera encargarse de su protección. No era conocido en el partido ni en la ciudad. La prensa local no tenía la más remota idea respecto de quién era Renán Becerra, y como negro colofón tampoco contaba con suficiente dinero para financiar una campaña electoral por corta y pequeña que fuese. Era un miembro casi invisible en la comunidad socialista.

Sin embargo, sus sueños continuaban creciendo superando ampliamente su capacidad para cumplirlos. Hasta que un azaroso incidente jugó a su favor...y supo aprovecharlo. El diputado Juan Saulo Leculñir, alto dirigente en la tienda socialista local, abrió en pleno centro de la ciudad de Talca una oficina de corretaje de propiedades, y en el segundo piso de la casona instaló un estudio de abogados (“bufete” le llamaba pomposamente), en sociedad con otros dos abogados, uno de los cuales – Celso Bórquez San Juan- tenía un hijo atrabiliario que era amigo y compinche de varios delincuentes comunes, con quienes jugaba billar y salía de parrandas en las que más de una vez terminó con sus huesos en la comisaría de carabineros, detenido por participar en grescas callejeras. Leculñir contrató a Becerra –a quien había conocido en Curicó en algunas reuniones del partido- y lo llevó al ‘bufete’ como asistente administrativo, aunque en honor a la verdad era un empleado que debía realizar variados quehaceres propios de esa oficina. Ir a los tribunales para entregar y retirar documentación, era uno de ellos. En ese trabajo, Renán vegetó durante una década, pero sus sueños de grandeza se mantenían incólumes.

En las periódicas idas y venidas a tribunales – tenía ya 40 años- notó que una de las nuevas funcionarias que laboraban en el lugar, recién trasladada desde Linares, le miraba con un claro dejo de coquetería, y siempre le ayudaba a buscar los documentos requeridos, evitándole esperas tediosas y pérdida de tiempo... él no se interesó inmediatamente en la dama, pues ella se acercaba sin disimulo al medio siglo de vida. Romina era su nombre. Romina Ballesteros. Mujer sin hijos, separada de su última pareja, un hombre burdo, alcohólico y lejano, sintió el llamado del sexo no bien conoció a Becerra, un solitario sin ataduras ni compromisos –como ella-, por lo que tomó la decisión, firme y sólida, de llevarlo a su cama.

A Renán no le agradaba el coqueteo de Romina, pero tampoco lo rechazaba; se sentía más ‘macho’ de lo que realmente era, gracias a saber que una mujer lo pretendía. En un par de ocasiones estuvieron a punto de besarse dentro de una oficina repleta de archivadores y carpetas, pero los ruidos de pasos acercándose al lugar lo impidieron. Una noche en la que disfrutaba de un asado junto al hijo del abogado Bórquez San Juan y varios de sus compinches, se fue de lengua relatando el interés que la secretaria

del tribunal tenía por sus ‘dotes amatorias’. Javier, el hijo del abogado, lanzó una rápida mirada a su más cercano acompañante, el que replicó con una sonrisa cómplice que permitió abrir un nuevo tema de conversación con una simple interrogante: “¿Se atreverá?”, fue el comentario hecho pregunta, mirando de soslayo a Renán.

- ¿Atreverme a qué?
 - A ayudar a un muy buen amigo que te pagaría ese favor con oro puro – contestó el compinche.
 - Pero se requiere tener las bolas bien puestas –agregó Javier.
 - ¿Podís meterte a ‘sapear’ expedientes en la oficina de la minita que quiere conocer tu pene? –el compinche fue directo al meollo del asunto.
 - Es que son tres oficinas en las que hay cientos de expedientes – Becerra intuyó de inmediato que se trataba de algo gordo.
 - Nos interesa un expediente por tráfico de drogas y recepción de automóviles robados.
 - Pero, esas son dos causas.
 - No hay problema, el tribunal las unió en una sola, en un mismo expediente.
 - ¿Saben cómo está caratulado?
 - No tenemos el título aquí pero podemos conseguirlo en un abrir y cerrar de ojos.
 - ¿Quién es el acusado?

Hubo un silencio corto, apenas tres o cuatro segundos que sirvieron para enrarecer el ambiente y que todo el lugar empezara a girar en un tiovivo de peligrosas confianzas. Javier rompió la quietud susurrando el nombre de la persona involucrada en ilícitos.

- Julián Uribe...
- ¿Quién? –Becerra lanzó la pregunta en voz alta y todos le miraron en actitud que impetraba silencio y complicidad.
- Ya, no te *hagai* el sorprendido... escuchaste bien lo que te dije. Se trata del ‘Huacho’ Uribe. Por primera vez siente que está a metros de la cárcel. Cinco testigos lo crucificaron. Su abogado es una mierda y no

tiene escapatoria. Su única posibilidad de salir bien parado es que ‘se pierda’ el expediente. Y en esa cuestión *entrai* tú, poh.

- Meh... pero el ‘Huacho’ es uno de los mecenas de mi jefe. Siempre le financia sus campañas. Don Juan Saulo podría ayudarlo mejor que cualquiera de nosotros –fue el postrer intento de Becerra por evadir el ‘trabajito’ que deseaban endilgarle.
- Ni lo sueñes. El diputado se está candidateando para el senado y no va a arriesgar esa posibilidad cometiendo algún error que le cueste la carrera política -Javier remató su comentario con una frase que quedó colgada en el ambicioso corazón de Becerra- Además, el diputado te agradecería enormemente si lograras ‘perder’ ese expediente. Y cuando digo ‘enormemente’, te estoy diciendo E-NOR-ME-MEN-TE. ¿Te quedó claro?
- Como el agua.

Renán intuyó que aquel trabajito le acarrearía ganancias significativas y sus sueños podrían recibir un empujón importante. Durante las dos semanas siguientes se dedicó a enamorar a la funcionaria, prometiéndole formar un nidito en el cual vivirían el resto de sus existencias brindándose cuidados y cariños. Una noche de jueves compartió el lecho de Romina y las acrobacias del amor hicieron su juego obnubilando a la mujer. Al día siguiente, sin problemas de ningún tipo, siguiendo las instrucciones entregadas por Javier, Renán Becerra ingresó a la oficina donde estaba el expediente que la propia Romina se había encargado de buscar y separar del resto de documentos; lo guardó en su maletín y viajó con él hasta el bufete. Allí leyó con detenimiento las setecientas ochenta y tres páginas enterándose que el ‘Huacho’ Uribe era el más hábil de los narcotraficantes locales y no sólo un avezado delincuente como él había supuesto, seguramente súper millonario ya a esas alturas. “Con razón le financia las campañas a Leculñir, y ni se arruga cuando el diputado le pide socorro estirando la poruña para recibir un chequecito”.

Informó a Javier que había cumplido la misión, pero se negó a entregarle el expediente. “Quiero conversar personalmente con el ‘Huacho’ –dijo con serena firmeza.

**

**

**

- Claro que puedo ayudarte para que te conviertas en alcalde de alguna comuna pequeña, querido amigo Renán. Te debo mi libertad y eso no tiene precio. Sin embargo, hay algo que no puedo dejar de decirte. Tu ‘minita’ -¿Romina se llama, verdad?-, en cualquier momento podría irse de lengua y con ello permitir al tribunal abrir un nuevo y peliagudo caso en mi contra...y en la tuya también, por ello entonces hay algo que, sí o sí, tienes que hacer, y pronto, para ponerle la rosa a este paquetito que me regalas –el ‘Huacho’ hablaba con acento sureño y claridad nortina mientras hojeaba el expediente que Becerra le había entregado

- ¿De qué se trata, señor Uribe? Si está en mis manos hacerlo, cuente con ello.

- Tendrías que casarte con tu muchacha...bueno, tengo entendido que es algo viejita, pero da lo mismo. Sólo el matrimonio podría mantenerla callada, ya que debería serte muy leal y unir su vida a la tuya. No te estoy pidiendo que la ames, ni que seas eternamente fiel...sólo te pido que firmes un papel que legalmente certifique que están casados. ¿Es mucho lo que te solicito? Piensa que con ello tu camino a la alcaldía iría viento en popa.

Renán ni siquiera gastó parte de su tiempo meditando respecto de lo solicitado por Uribe. Sus ansias de lograr figuración política sobrepasaban cualquier entelequia relativa a la moral, la decencia y la honestidad. Sabía que sus carencias académicas le jugaban en contra, pero la ayuda del ‘Huacho’, financista y mecenas del avispa senador Leculñir, era el pasaje hacia la gloria. No dudó en aceptar la solicitud del narcotraficante, pues aquel resultaba ser el mejor camino para concretar su sueño.

- Cuente con ello, señor Uribe. Me casaré con Romina apenas usted me asegure instalarme en alguna municipalidad como alcalde; además, ella me acompañará como primera dama comunal cuando eso ocurra.

Uribe sonrió a la vez que daba una larga pitada a su cigarrillo. Le caía bien ese Becerra. Un tipo que no trepidaba en poner en segundo o tercer lugar sus afectos con tal de ganar putos en la lucha por concretar sus esperanzas, merecía su ayuda y su reconocimiento.

- Eres vivaracho y práctico, Becerra, eso me gusta. Mientras yo cuente contigo, tú puedes contar conmigo. ¿Me entiendes, verdad?

- Cuando yo sea alcalde de una comuna, señor Uribe, esa comuna será su castillo, su mejor mesa de negocios, su defensa y su hogar de privilegio. Se lo doy firmado.

El ‘Huacho’ tenía suficiente experiencia en negociaciones y podía catar a un individuo a los pocos minutos de intercambiar con él algunas palabras. “Los hombres son como el vino -solía decir- basta un sorbo para darse cuenta de la calidad que tienen, y muy en especial me refiero a los ambiciosos, a los que desean apoderarse del mundo sin haberse preparado ni sacrificado para ello, pero esos son los que mejor y más bien me sirven, ya que el temor a mi venganza y el amor a mi apoyo les provoca una necesidad transformada en dependencia enfermiza”.

En efecto, Becerra Alvear era el mejor ejemplo de lo que Uribe aseguraba cada vez que conversaba, de hombre a hombre, con algunos especímenes de sus huestes delictuales, y con mayor énfasis lo afirmaba al hablar con su joven hijo, Juan Martín, a quien deseaba capacitar en las actividades que él mismo realizaba a diario. Juanito, como le llamaba con el más sincero afecto de padre, era su único y verdadero amor. El muchacho recién se empinaba por los dieciséis años de edad, y el ‘Huacho’ procuraba construir piedra sobre piedra un imperio para heredárselo.

- ¿Ha pensado en la comuna donde podría instalarme después que me case con Romina? –Becerra no perdía tiempo,

- Ya lo conversamos con el diputado... sería en Las Calandrias. Me gusta ese lugar, en los faldeos de la cordillera, rural, agrícola, algo olvidado por las metrópolis y la política centrina, con gente tranquila, buena, pacífica... el sitio ideal para instalar mi base de acción regional.

Dos años después de esa conversación, Renán Becerra se convirtió en alcalde de la comuna de Las Calandrias. Juan Saulo Leculñir, que ya había logrado un escaño en el Senado, siguiendo las instrucciones de su mecenas Uribe, lo impuso como candidato único del partido socialista y de la izquierda en general. El desgaste experimentado por los ediles derechistas que habían administrado la comuna durante veinte años, conjuntamente con una campaña electoral basada en promesas grandiosas y en onerosos eventos musicales populares (gratuitos para los espectadores), ayudaron al triunfo del ambicioso Becerra.

A poco andar, algunos vecinos de Las Calandrias –los menos, en realidad- se percataron que habían elegido al hombre equivocado. Terminada la campaña y ya electo como jefe comunal, el ex dependiente de boliches comerciales mostró su verdadera faz. En tan sólo dos semanas protagonizó varios escandalillos donde el alcohol y la irresponsabilidad llevaban el panderero. Uno de ellos, el más sonado y que incluso fue destacado por alguna prensa regional, ocurrió en las cercanías de la casa habitación del senador Leculñir, lugar al que Becerra concurrió para participar en un bien regado asado de congratulaciones que el parlamentario brindaba a varios de sus protegidos luego de los comicios municipales. Becerra abandonó el domicilio del senador y subió a su automóvil dispuesto a conducir desde la capital regional hasta su nuevo ‘feudo’, Las Calandrias. Iba completamente ebrio. No bien avanzó dificultosamente un par de cuadras estrelló su coche contra otro automóvil, y el propio senador hubo de salir en su defensa logrando que carabineros no detuviera al novel alcalde calandrino. Fue el primero de los ilícitos que Becerra cometió en una larga cadena de eventos criticables.

Días más tarde, dos de sus asesores hubieron de llevarlo en brazos para sacarlo hipando y borracho desde una sede vecinal en las alturas del lado norte de la comuna, cuyos vecinos quisieron agasajarlo con un modesto refrigerio donde, obviamente, lo que abundó fue el alcohol.

A la tercera semana de su gobierno, un columnista de un medio de prensa electrónica lo entrevistó para publicar una nota respecto del programa que el nuevo alcalde deseaba desarrollar en la tranquila y rural

comuna de Las Calandrias. Para los viejos izquierdistas ello resultó vergonzoso. Renán Becerra no era capaz de hilar dos ideas ni desarrollarlas con mediana claridad, además de mentirle groseramente al columnista asegurándole que traería mucho trabajo bien remunerado a la comuna, ya que era un hecho que una gran empresa se instalaría allí.

¿Puede dar el nombre de esa empresa, señor alcalde?, preguntó el columnista. “Claro que sí...traeré a la Coca Cola a Las Calandrias”. Fue en ese preciso momento que los más honestos seguidores de la izquierda tradicional se percataron que Leculñir les había instalado en el sillón edilicio a un tipo inculto, mal hablado, libidinoso, alcohólico y sectario, que tempranamente y sin ninguna vergüenza mostró sus colmillos ufandándose del apoyo que recibía por parte del senador y del propio narcotraficante ‘Huacho’ Uribe.

Becerra fue construyendo un equipo de asesores conformado por malandrines venidos de otras comunas, específicamente por aquellos recomendados por el senador y que habían sido expulsados de algunos municipios de la región, o que estaban a punto de ser sancionados por la Contraloría Regional debido a sus malabares en municipalidades variopintas. Formaban parte de la pandilla de Leculñir y, por lógica consecuencia, de la nómina de Uribe.

El primero en percatarse de la mala calidad política y administrativa del novel alcalde, fue el viejo Jacinto Neira, esposo de doña Estercita, directora de la escuela municipalizada ‘Héroes de la Patria’, periodista, locutor y director propietario de la única radioemisora existente en la comuna.

Neira –o ‘don Jaci’, como le llamaba mucha gente- tenía un bien ganado prestigio merced a los veinte años de trabajo en la radioemisora de su propiedad, la cual contaba con una alta sintonía no sólo en Las Calandrias sino, también, en buena parte de la provincia, sintonía que alcanzaba un alto *rating* en dos de sus programas: aquel en el cual sonaba la música ranchera y mexicana, con la conducción del afamado ‘Charro Calandrino’, y el espacio donde el propio Jacinto –a veces con uno o dos invitados- desmenuzaba el quehacer comunal. Ese programa lo bautizó con un extraño nombre: “Hora de Trifulca”. Y vaya si no armó camorras y enredos con el programita. Incluso el

Intendente regional había salido chamuscado en una entrevista que terminó abruptamente al decidir la autoridad abandonar de manera intempestiva la radioemisora, ya que no soportó la andanada de preguntas directas y argumentos mordaces que Jacinto esgrimió en aquella oportunidad, lo cual, a decir verdad, era su especialidad.

Defensor irrestricto de la justicia social y adicto a llamar pan al pan y vino al vino, Jacinto arrastraba una particular historia personal. Había sido periodista en varios medios de prensa en la capital y en el puerto de Valparaíso durante los duros años de dictadura. El retorno de la democracia no lo trató bien... como a muchos que entregaron sus mejores esfuerzos para terminar con el totalitarismo. Los gobiernos democráticos negaron a la prensa independiente la sal y el agua. Los diarios no manejados por la nueva sociedad de intereses mutuos conformada por los viejos dictadores y por aquellos demócratas reconvertidos a la fe neoliberal, quebraron, y finalmente desaparecieron gracias a esa inefable ‘libertad de prensa’ que de libertad nada tenía. Jacinto quedó cesante y sin expectativas laborales en las grandes ciudades. Doña Melania, una anciana hermana de su desaparecida madre, le invitó a descansar un tiempo en su casa de Las Calandrias aprovechando que la esposa de Jacinto, Estercita Salvatierra, había ganado el concurso público para asumir el cargo de directora en la escuela ‘Héroes de la Patria’.

Jacinto llegó al pueblo en el preciso momento que el entonces alcalde Anselmo Piña trataba de instalar una radioemisora en la comuna. Piña se enteró de la existencia de Jacinto y más rápido que un pensamiento mordaz, la idea cobró vida. Hubo una diferencia sustancial con el proyecto del alcalde. La radioemisora no sería comunitaria, sino particular. Anselmo consiguió que Carmencita Incháustegui, poderosa agricultora amiga suya, proporcionara a Jacinto un préstamo millonario para que el periodista comprara los derechos, y la frecuencia respectiva en el dial, a una emisora talquina venida a menos que estaba al borde de la quiebra y con sus dueños muy cerca de la prisión. Así fue como nació Radio Las Calandrias. Jacinto resultó ser un espléndido administrador, ya que en un período no superior a cinco años devolvió a la poderosa agricultora el monto recibido en calidad de préstamo, y posicionó a la emisora como una de las más respetables de la provincia, aunque siempre soñaba con liderar el ranking regional. El éxito de la radioemisora llegó tarde

para Anselmo Piña, pues no logró evitar que la alcaldía cayera en manos de Renán Becerra, quien estaba financiado no sólo por Julián ‘el Huacho’ Uribe, sino también por el diputado Juan Saulo Leculñir, precisamente uno de los viejos socialistas reconvertidos a la religión neoliberal, y como todo converso, fanático del capitalismo que alguna vez había considerado enemigo del pueblo y de las raíces históricas del viejo partido.

Becerra, a instancias de Leculñir, intentó presionarlo a objeto de obtener publicidad política gratuita mediante comentarios favorables a su gestión alcaldicia. No lo consiguió. El viejo Jacinto jamás mordería la mano amiga que se extendió solícita para socorrerle en el momento más amargo de su vida salvándole de la desesperanza. Entonces, con una persistencia enfermiza, el alcalde quiso obligarlo a entregarle un espacio semanal –gratuito, obviamente- de una hora de duración, en el cual sus acólitos que fungían como ‘autoridades’ municipales hablarían maravillas de su gobierno comunal. Tampoco lo consiguió, pues el viejo periodista le respondió con certera claridad: “la verdadera prensa, escrita o hablada, representa y defiende a la gente, no a las autoridades”. Y como corolario de lo anterior, le envió una nota donde se estipulaba el valor de la publicidad –un precio extremadamente alto- dependiendo del horario a escoger. La guerra interna comenzó desplegando alas de soberbia, vanidad y veleidades varias. Cual réplica insulsa, Becerra contrató una hora semanal en una emisora talquina. Desde allí pontificaba maravillas respecto a su gobierno, atacando con verdades a medias y falacias completas a quienes criticaran o denunciaran sus maniobras.

No obstante, poco avanzaba, ya que ante el micrófono se expresaba mal, torpemente, con voz estropajosa. Tenía el poder, pero no la razón, la verdad ni la calidad comunicacional. Su poder se sustentaba únicamente en una armazón de mentiras y prepotencias de sus asesores directos, de su ‘gente de confianza’. Era consciente de ello. Y le molestaba a morir que en ‘Hora de Trifulca’ Jacinto se lo hiciera ver sin ambages. Además, doña Estercita administraba su escuela con una eficiencia digna del mejor de los aplausos, ya que en los últimos años las autoridades regionales y nacionales destacaban a ‘Héroes de la Patria’ como un modelo a seguir para todas las escuelas municipalizadas de la región, lo que encorajinaba a Becerra y le hacía fustigar a su inoperante jefe de Daem –Director de Administración de

Educación Municipal- Fernando Dacaret, prohijado por Leculñir, conocido en el partido socialista de Talca como el ‘Flojo Nano’, una especie de inmóvil flor de loto en el estanque de los izquierdistas regionales...algo que flotaba pero no daba réditos ni aroma alguno. Y el viejo Jacinto, zorro como el que más, sacaba partido de ello en su emisora.

Sin embargo, esta historia no se asfixiaba allí. El protegido por delincuentes tenía aspiraciones de grandeza. Deseaba apoderarse no sólo de Las Calandrias como municipio, sino también del futuro de la comuna. En varias oportunidades, discursando con su voz estropajosa y mala dicción, intentó manifestar que Las Calandrias habían nacido al mundo actual prácticamente cuando él llegó a hacerse cargo de la alcaldía, escondiendo interesadamente la rica Historia comunal que se remontaba a la presencia mapuche de ochocientos años de antigüedad, a la conquista española del siglo dieciséis y a los movidos doscientos años republicanos del Chile independiente.

Empero, luego de una década de gobierno comunal travestido en mini dictadura, Becerra era enfrentado por vez primera por una oposición juvenil audaz y sólida que según el senador Leculñir no tenía cuerpo ni liderazgo unitario. Creyente absoluto de esa opinión, el alcalde continuó haciendo negociados para interés propio, seguro de que la Contraloría Regional jamás le provocaría problemas. En ello no se equivocaba, pues el ‘Huacho’ Uribe se encargaba de mediatizar cualquier intento investigativo que esa institución del estado pretendía realizar en ese aislado y desconocido terruño rural.

Transcurrió una década en la que Renán Becerra hizo y deshizo a su amaño beneficiando su cuenta bancaria, y las de sus principales asesores, mediante el manejo amañado de muchos proyectos financiados con dineros fiscales que, en importante medida, iban a parar a las faltriqueras de don Renán, el nuevo *<capo di tutti capi>* de la región maulina.

También, avanzados los años de administración vertical y adquisición de poder omnímodo, Renán liberó su libido que estaba atornillada a las consideraciones cristianas y anticuadas de Romina, quien perseveraba en una actitud serena y digna en su calidad de ‘primera dama comunal’. Ella no era amada por su cónyuge, ni tampoco respetada en su condición de mujer. En el

último quinquenio, Renán había desatado sin ambages su espíritu de conquistador llevando a la cama a muchas mujeres desesperadas que esperaban alguna ayuda, un aporte pecuniario, o el nombramiento oficial en actividades o cargos donde el municipio era la única autoridad competente para su aprobación oficial.

Conjuntamente con aquello, Becerra sacaba maquila de todo proyecto emanado del estado, del fisco, aumentando su peculio transformándolo en significativa fortuna. No le temía a ninguna institución estatal, incluyendo al Ministerio Público, sabedor que poderosos agentes le defenderían, como era el caso del senador Leculñir y de algunos inspectores de la Contraloría Regional, a quienes ofreció cargos con mejor remuneración en el municipio a cambio de sus apoyos irrestrictos en las investigaciones pertinentes. Un corrupto corrompiendo a corruptos mayores; ese era su triunfo como primera autoridad de Las Calandrias. Sentíase en la gloria misma, creyéndose dueño absoluto de la comuna y de los devenires de sus habitantes, basando tal confianza en la quietud silente de estos, la cual confundió con aceptación y alabanza de sus tropelías, lo que le hizo cometer nuevos desaguisados, como colocar en cargos municipales, sin llamar a concursos públicos como establecía la ley, a algunas de sus amantes. Romina lo sabía, y poco a poco fue acumulando ira y despecho contra su marido.

A su vez, los socialistas locales mostraban cada vez mayor inquietud con tantos estropicios y vergüenzas alcaldicias. Becerra no les prestaba atención. Aún más, les demostraba desprecio y ni siquiera les escuchaba. Era tal el ninguneo oficial que tampoco autorizó a su secretaria agendar entrevistas con ninguno de ellos. Llegó el momento que ni siquiera el senador Leculñir pudo conseguir audiencia con el alcalde. “Se cree señor feudal, y hasta exige derecho a pernada a muchas de las damas que postulan a un cargo en cualquier dependencia del municipio”, aseguraban varios vecinos de Las Calandrias que decían haber escuchado esa frase de labios del mismo senador.

Fue entonces que algunos dirigentes del partido obrero socialista pensaron en el “Lenguado”, un viejo compañero de históricas batallas políticas, respetado y admirado también por las bases juveniles. Quizás, y sólo quizás, él

podría solucionar los entuertos que llevaban al partido directamente al fracaso en las elecciones del año entrante.

CAPITULO TERCERO

“Y dirigiéndose a sus apóstoles, Jesús les dijo: Tomad y comed todos de él, este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Del mismo modo, tomó el cáliz y se lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.

El suave tintinear de una campanilla siguió a las palabras del sacerdote que mantenía en alto un cáliz de brillante dorado, mientras los feligreses permanecían arrodillados en respeto de las palabras que Cristo había dedicado a sus apóstoles aquella noche de la cena de pan y vino, pocas horas antes de su sacrificio. La eucaristía continuó con la comunión de decenas de fieles que formaron una larga fila para recibir la hostia o Forma Consagrada. El sacerdote hizo un alto en su tarea y caminó hacia el lugar donde estaban las primeras bancas.

Allí se encontraba el alcalde de Las Calandrias en actitud contrita esperando recibir el sagrado sacramento, pero separado del resto de la feligresía, obligando al cura a rendirle especial tributo yendo hacia él.

Rodeado de cirios y flores, casi en medio del pasillo frente al altar, el ataúd y su morador pasaban a segundo plano, pues el alcalde insistía en ser el centro de atención y de relevancia en aquella localidad rural, a cuyos habitantes exigía incondicionalidad total y respeto obsecuente.

Anselmo apretó con fuerza la mano de Maruquita, su esposa, y gruñó a media voz, en una sordina que sin embargo más de alguien escuchó en las bancas cercanas.

- Este desgraciado, infame de mil demonios, no respeta siquiera nuestros sentimientos por la muerte de Lolo.

- Ni se te ocurra pararte y ponerte a despotricar en este lugar; ya habrá tiempo para ello en otro sitio más adecuado que la Casa del Señor –susurró quedamente la mujer

Lolo Cruchaga había fallecido el viernes a media tarde. Con él se iban también mil anécdotas y gran parte de la historia última de Las Calandrias. Ya no era el pueblo rural de antaño, quieto, apacible, bucólico, aunque seguía siendo portador de veleidades humanas y encontronazos violentos tal como en décadas anteriores. La modernidad le había alcanzado en la mitad de su madurez cívica, pero incompleta como si se tratase de un adolescente que se niega a tomar sus responsabilidades de adulto. Convivían en su seno rural las tradiciones del campo chileno y las nuevas modas que llegaban desde Europa, Asia y Estados Unidos, vía Santiago y Talca.

La homilía del sacerdote fue escuchada con perfecta atención por los presentes, cuyo número era tan alto que hubieron de instalar parlantes en el exterior de la iglesia para que el centenar de personas ubicadas en la acera, y en la plazoleta que miraba hacia el campanario, pudiesen participar del último adiós que el pueblo tributaba a uno de sus más queridos personajes. Pero Becerra fingía atención, pues su interés lo dirigía a la banca contigua donde estaba la “chica Pelusita”, el nuevo cuerpo femenino, joven y curvilíneo, que su insaciable libido exigía como alimento.

Sentada junto al alcalde, su esposa, doña Romina, miraba de reojo la conducta del edil. Sabía que era engañada casi a diario, que su cónyuge siempre había sido un absoluto irresponsable con inclinación al alcoholismo y con una irredenta tendencia a apropiarse de lo que no le pertenecía. Sabía también, y ello era lo peor del asunto, que muchos vecinos de Las Calandrias conocían estas actitudes de su esposo. Le dolía y le avergonzaba ser la tonta del pueblo, la pobrecita mujer cornuda que la primera autoridad comunal usaba solamente cual amuleto político para ganar un prestigio social basado en engaños.

Pero, el momento en que el rubor y la rabia le invadían con mayor intensidad se producía cuando Basilio Gerardo, el sempiterno y omnipresente ‘locutor oficial’ que su esposo utilizaba en todas y cada una de los eventos y fiestas administradas por el municipio, desde el escenario, micrófono en mano, lenguajeaba a todo pulmón ante el público presente la frase que los

habitantes de Las Calandrias se sabían de memoria: “y en esta ocasión, con mucho agrado podemos informarles a ustedes, queridos amigos y amigas, que también nos acompaña nuestra ‘primera dama’, la señora Romina Ballesteros, para quien solicitamos un fuerte y caluroso aplauso”. Entonces, el muy cínico Renán le depositaba un beso en la mejilla, y ella lo aceptaba a regañadientes, ya que prefería aquella humillación a tener que facilitarle sus labios para un ósculo de esos que acostumbran darse marido y mujer. Un circo completo; una repetida escena digna de alguna obra de Ionesco. Así era su vida en aquel apacible y bucólico lugar campesino poblado por gente buena, aunque ingenua y fácil de engatusar debido al profundo nivel de desinformación que la caracterizaba.

La caravana de automóviles se dirigió luego al cementerio municipal acompañando a Lolo en su último viaje. Anselmo, su mejor amigo, y que había sido alcalde de esa comuna veinte años atrás cuando se produjeron hechos de connotación internacional, como aquel grave accidente sufrido por el avión presidencial en la precordillera de la comuna, fue el primero en despedir al occiso con palabras sentidas que daban fe de un cariño verdadero y de un dolor que debería decrecer con el paso del tiempo. Mientras hablaba a la muchedumbre presente en el camposanto, distinguió en las primeras filas a viejos conocidos, personajes que habían tenido acción junto a él en momentos difíciles, mortales en realidad, hacía ya dos décadas, con ocasión del atentado terrorista perpetrado contra el avión presidencial que capotó fatalmente en las hondonadas cordilleranas donde terminaba el fundo “La Moraleda”, perteneciente a Carmencita Incháustegui, quien trasladó sus bártulos y su propia alma a una ciudad española cercana a Bilbao. “Los vascos somos vascos para siempre y donde quiera, no sólo ocasionalmente”, le dijo al momento de la despedida. El fundo, con sus animales, sus maquinarias, bodegas, aserradero, galpones, corrales, viviendas de los inquilinos y la hermosa casa patronal, lo entregó en arriendo a una de sus distinguidas amigas, la señora Inalda Ruiz-Olalde, enriquecida viuda de quien fuera un magnate vitivinícola, fallecido tempranamente a la edad de 64 años, don Melchor Concha-Cazote.

Inalda se jactaba de ser la viuda de un verdadero ícono de la historia nacional, y no ahorraba comentarios cada vez que se refería al fastuoso baile de disfraces, el primero en la Historia de Chile, realizado por los bisabuelos de

su fallecido esposo en el Palacio de los Concha-Cazote en Santiago, en el mes de octubre de 1912. Por cierto, omitía un detalle importante; el palacio ya no pertenecía a la familia de su difunto marido, pues lo habían demolido en 1933 para dar paso –junto a su extenso parque- al actual barrio Concha y Toro, en pleno casco histórico de la capital del país.

Al salir del camposanto, un hombre apuró el paso para emparejar su marcha con la de Anselmo Piña, Una vez llegado a la vera del ex alcalde, le susurró confidencias.

- Don Anselmo... esto ya no da para más. Tenemos que hacer algo antes que se derrumbe nuestro pueblo y vuelva a quedar en manos de este engendro que es una mala copia de tirano.
- Tú votaste por él, ‘Lenguado’, y ayudaste a reelegirlo.
- Reconozco mi error, don Anselmo; pero ya nadie puede pararlo, tampoco le hace caso al senador Leculñir.
- ¿Y crees que Becerra me va a escuchar a mí, un hombre de derecha y además retirado de las pistas políticas? Sólo hay una persona a la cual podría, repito, podría escuchar, y tú sabes a quien me refiero. Esa persona desapareció hace veinte años y nadie tiene certeza respecto a dónde diablos estará ahora, ni tampoco se sabe siquiera si está vivo, muerto, enloquecido o cuerdo.
- Yo sé...
- ¿Tú sabes? –Anselmo enarcó las cejas en gesto de duda- ¿Y cómo lo sabes?
- Lo sé porque yo fui quien lo sacó de Las Calandrias cuando las papas quemaban... y como yo lo sé, yo *mesmito* puedo ir a buscarlo y traerlo hasta acá. Si usted me agencia unos pesos pal viaje y pa’ echarle algo al buche, el próximo fin de semana podríamos tener novedades de las buenas.

Al momento de abandonar el cementerio, Ronaldo Moraga, el ‘Lenguado’, comprometió su palabra y con ello regresaba a las andadas. Las Calandrias lo merecía. Miró al cielo donde deambulaban leves nubes algodonosas, y rogó al Creador pidiéndole suerte. No podía fallar. No debía fallar. Se persignó con un rápido movimiento de su mano derecha y echó a andar rumbo a su casa, en las cercanías del río.

- Pero no soy yo el que va a viajar hasta el sur aprovechando los billetes que me entregó don Anselmo –soliloquió- Voy a mandar a quien mejor

manejó siempre al viejo Labraña. Te salió viaje, querido ‘Pellizco’, y si fallas, bueno, si fallas, entonces me tocaría a mi endilgármelas pal sur.

Ensenada, comuna de Puerto Varas, Región de Los Lagos

Hacia frío esa nublada mañana junto a aquella humedad pegajosa que parece adherirse a la piel cual si fuese mermelada de lluvia, obligándole a cubrir su cuello con una gruesa bufanda. A la distancia lograba apreciar el contorno del lago, y más lejos, en lontananza, la cordillera mostraba las alturas nevadas de los volcanes Osorno y Calbuco.

Sábado, día de oración. La construcción de ladrillos, madera y zinc alzaba su figura en el recodo del viejo camino rural que se empinaba sobre el verdor circundante en el sector conocido como Rinconada del Mercedario. Algunas personas deambulaban frente al acceso del templo. Le miraron con ojos de interrogación y esperanzas. El rumor que comenzó a circular la noche del miércoles era ya una realidad indesmentible.

- Don Jeremías, ¿ha sabido algo de nuestro querido hermano?
- Es un verdadero calvario todo esto. No hemos podido averiguar nada. Ayer recorrimos una y otra vez Puerto Varas, incluso fuimos a Puerto Montt, pero nadie tiene noticia alguna respecto de nuestro amado pastor Jesús Labraña.
- ¿No cree que es conveniente ir a carabineros y estampar una constancia por presunta desgracia para que la policía inicie también su búsqueda?

El viejo Jeremías guardó silencio y dio un resoplido exhalando su impotencia. ¿Avisar a carabineros? Imposible. Los pecados de Labraña, aunque antiguos, bien podían continuar presentes en los boletines policiales. Pensó en el famoso tango que en una de sus estrofas aseguraba que “veinte años no es nada, que febril la mirada, errante en las sombras te busca y te nombra”. Sí... hacia ya veinte años que el ahora desaparecido pastor fue traído a hurtadillas desde la lejana y rural comuna de Las Calandrias hasta este templo para salvarle el pellejo y, en lo posible, curarlo de sus locuras que le habían llevado a cometer graves ilícitos en aquellas tierras del centro del país.

Aquí se refugió y lentamente comenzó a recuperar la cordura gracias a los consejos de los pastores de entonces, y a la fe, obviamente a la fe que Jesús agradece y premia. En un tiempo posterior, Labraña se convirtió en el pastor principal del lugar, amado y respetado por los hermanos. Así vivió tranquilo durante veinte años, escondido de la justicia y aislado del mundo político que una vez le condujo al desquiciamiento, hasta que el pasado miércoles, sin explicación alguna, desapareció cual se lo hubiese tragado la tierra.

¿Avisar a carabineros? Por ningún motivo. ¿Dónde estará el pastor, dónde, Jesús amado?, repetía para sí el viejo Jeremías. Una seguidilla de gruesos goterones anunció la llegada de la lluvia.

Cancha del Búho. Entrada sur de Las Calandrias

Gianina siempre fue una buena puta. No en el sentido físico ni comercial, sino en el humano. Cobraba por sus servicios de acuerdo a la capacidad económica del cliente según las necesidades, y el bolsillo, de quien requería las atenciones sexuales de una dama dispuesta a satisfacerlo. Era limpia, exigía el uso de preservativos y no pedía pago extra si el cliente resultaba ser eyaculador precoz...le daba una segunda oportunidad luego de fumarse un cigarrillo. Todo por el mismo precio, condones incluidos.

Era la estrella en “El tejado de vidrio”, el único prostíbulo con aires de boite y cabaret existente en Las Calandrias. Se le respetaba y admiraba en aquel sitio, ya que su experticia como prostituta poseía un plausible currículum que incluía no sólo una estadía en el burdel del “Chico Lucho” –en la santiaguina calle San Camilo- sino también en un recodo de la Panamericana en Buenos Aires, cuando ella recién se empinaba sobre la mayoría de edad.

A sus 55 años era toda una leyenda. Además, había sido testigo de los momentos más conflictivos y violentos vividos en aquella comuna rural, los que solamente algunos viejos del pueblo recordaban, ya que las nuevas generaciones ni siquiera mostraban interés en la conflictiva historia de ese terruño aislado y alejado de las grandes metrópolis.

Alguna vez la “Madame”, la cabrona dueña del local y fanática admiradora de quien fuera sempiterno candidato a alcalde, Jesús de los Carmelos Labraña –un socialista que arrancó del pueblo cuando los militares tomaron el poder el año 1973- les había contado malamente, y con muchas imprecisiones según se pudo averiguar años más tarde, lo acontecido en aquella comuna cuando el avión presidencial se vino ‘guarda abajo’ -debido a un atentado terrorista- cayendo en la cordillera cercana al fundo “La Moraleda”. Ello ya estaba cubierto por el polvo del olvido.

Como también lo estaban las andanzas del vejestorio Lolo Cruchaga, las que formaban parte del anecdotario del latrocinio de la “Madame”. Historia antigua. El tal Lolo había fallecido una semana atrás, y el resto de los personajes de aquellas aventuras de balazos y enfrentamientos formaban parte de una leyenda que pocos vecinos de Las Calandrias habían conocido presencialmente.

Pero, ella sí recordaba los hechos acaecidos hacía ya dos décadas. Por eso le sorprendió ver entrar al burdel a aquel hombre viejo, encorvado por el peso de los años y con la mirada torva. Dudó unos instantes mientras el inefable cliente se apoltronaba en el desvencijado sofá que se encontraba cercano al antiguo piano de teclas amarillas. Escrutó ese rostro sin disimulo alguno, y en pocos segundos la luz del entendimiento le aclaró la memoria.

- ¿Labraña? ¿eres tú? –preguntó quedamente, con un dejo de desagrado que no pudo evitar.

El anciano clavó sus ojos oscuros en el rostro agraciado de la prostituta a la vez que chasqueó la lengua en abierto gesto de desenfado. También él había reconocido a esa hembra que en años mozos llamó “blanca palomita”.

- Sí, mujer, soy yo; el mismo que viste y calza.
- ¿Y para qué has vuelto a Las Calandrias luego de veinte años de alejamiento? ¿Te sientes muy enfermo y quieres que te sepultemos aquí?

No había el más mínimo dejo de sorna en las palabras de Gianina. El vejete levantó la cabeza y tosió un par de veces. De un segundo a otro, su expresión cambió adoptando cierto aire de superioridad.

- Tengo excelente salud... mi interés es evitarle a esta comuna ciertos estropicios provocados por algunas autoridades, y llevarla a los niveles de desarrollo y modernidad que las distintas administraciones edilicias le han negado.
- ¿Te vas a presentar como candidato a alcalde? –la hembra esbozó una sonrisilla irónica que no pasó desapercibida para su interlocutor.
- Lo sabrás a su debido tiempo –la respuesta fue corta y dura- ¿Está visible la ‘Madame’? Necesito conversar con ella un par de cositas que podrían beneficiarnos a ambos.
- No, a esta hora ella está en su motel. Aparece por acá después de la medianoche.
¿Es dueña de un motel? ¿Hay un motel en este pueblo? –el viejo parecía realmente sorprendido- Cuando me fui de aquí, con suerte había luz eléctrica.
- ¿Te das cuenta, Labraña? No han sido tan malas las administraciones edilicias como tú supones.
- ¿Cómo se llama el motel, y dónde está ubicado? No dispongo de mucho tiempo para socializar, además los negocios apuran.
- ¿El motel? Se llama “Bésame Mucho”...como ese famoso bolero que cantaba...
- Ya, ya... sí lo sé, es como el bolero. Pero, ¿dónde está ubicado? Labraña apuraba la conversación moviendo nerviosamente sus hombros.

Esa noche, el pastor cristiano recorrió a paso veloz algunas calles de su comuna natal. Había muchos cambios en ella. Aquel aire pueblerino que la distinguió por décadas no estaba presente en ningún rincón; la modernidad, o un símil de ella, ocupaba el lugar que perteneció una vez, y durante largo tiempo, a la esencia misma de los campos del Chile central. Al cruzar frente al callejón donde décadas atrás estuvo instalado su hogar, un nudo de emoción y nostalgia le apretó la garganta. Ni siquiera los hermosos boldos que alimentaban sus raíces en la pequeña acequia lograron sobrevivir a la vertiginosidad de los cambios. La acequia tampoco pudo hacerlo. Se detuvo frente a ese panorama que le desataba la nostalgia trayéndole imágenes de tiempos pasados que, no obstante, nunca fueron suficientemente buenos para él. Pese a ello, observó con mirada dulce el caminito sinuoso de un callejón

ahora asfaltado y con postes que transportaban cables para dotar de servicio de electricidad a las casas del lugar.

Perdió la noción del tiempo detenido en aquella esquina, fija la vista hacia la nada misma, tratando de horadar la bruma de la noche en procura de algún elemento de su pasado que tal vez extravió tempranamente en el desarrollo de su acción como concejal de la comuna...veintidós años atrás.

Los nombres de viejos contertulios y antiguos adversarios se agolparon súbitamente en su memoria. Anselmo Piña, Perico Villanueva, ‘Lolo’ Cruchaga, el ‘Chumbarata’, Carmencita Incháustegui, Salustio Radrigán, Martín Calderón, Mariquita Bahamondes... “¿Qué será de ellos?”, musitó el anciano pastor evangélico, sacudiendo con fuerza su cabeza para desprenderse de una buena vez de pensamientos que le acongojaban el alma. Dio media vuelta y reinició su camino hacia el lado norte del pueblo, donde Gianina le había dicho que se encontraba el motel “Bésame Mucho”. No bien avanzó algunos metros, un coro de perros ladró su concierto nocturno. Eso no había cambiado en Las Calandrias. Apuró el paso.

CAPITULO CUARTO

La campanilla del teléfono sonó cual batería de banda rockera haciendo dar brincos a las alertas mentales. Se desperezó con prontitud, pues un telefonazo a esa hora de la noche, un día viernes, significaba que el alcalde requería prontamente de sus servicios. Antes de tomar el aparato telefónico hizo un rápido y somero recuento de lo que el edil le había solicitado aquella mañana. Todo lo cumplió a cabalidad... incluyendo el ‘consejo’ que le dio a la nueva funcionaria, recién contratada, respecto a acompañar al jefe en su visita a la junta de vecinos de la población “Gonzalo Gallegos”, a sabiendas que después de aquello, con varios tragos en el buche, el edil la invitaría al “Bésame Mucho” para saciar la sed sexual de su inextinguible libido. Pero, se equivocó, al otro lado de la línea la voz de Gianina la regresó de un solo golpe a la realidad.

- No lo vas a crear, huevona.... ¿sabes quién estuvo acá? ¡Muérete!, ni más ni menos que Jesús de los Carmelos Labraña, el ídolo de tu jefe. El gurú de ustedes, los socialistas, regresó del pasado y se hizo presente en carne y hueso.

Ermelinda Cáceres dio un respingo y lanzó sus sábanas al destino del cubre pisos. Se sentó en la cama tratando de despejar su mente de la somnolencia que tempranamente la había invadido. Obligó a Gianina a relatarle con lujo de detalles lo acontecido en el burdel. Satisfecha su curiosidad, dio un codazo a Raulito, su esposo, que ya estaba sentado casi sobre la almohada esperando, como de costumbre, las instrucciones de su mujer.

- Vístete, tenemos que ir a avisarle al jefe –su voz era una orden perentoria que Raulito ni siquiera osó cuestionar, pues saltó del lecho como impulsado por un resorte y comenzó a vestirse con la presteza de un boy scout.
- ¿No le podemos avisar telefónicamente?- protestó de manera tibia.
- ¿Llamarlo al ‘Bésame Mucho’? ¿Tú crees que la Madame le va a pasar el llamado telefónico a la cabaña donde a esta hora debe estar dándole guaraca a la chica nueva que le mandé, la curvilínea hija del relojero que vive en la población Presidente Andere?
- Ah... no me digas que el jefe se está comiendo la vagina de la “Pelusita”.
- Está, poh... yo misma se la entregué en bandeja.
- Uhhh... lo que a Becerra le falta en neuronas, le sobra en semen. ¿Por qué hiciste esa barbaridad, Ermelinda?
- Soy la Directora de Desarrollo Comunitario gracias a que mi jefe así lo quiere. Si no cumplo con lo que él desea cada día, cada minuto, cada segundo... me llegaría un puntapié que nos dejará, a mí y a ti, en la más absoluta de las cesantías.

Mientras luchaba por calzar sus botas forradas en chiporro, sentada al borde de la cama, murmuró con desgano la frase que a Raúl le dejó en claro el nivel al que había llegado su cónyuge por conservar el cargo de jefatura.

- A don Renán, apenas la vio se le hizo agua la boca. Vaya si no lo conozco. Es tan caliente que de seguro plancha su ropa con la mano. Durante una semana me mangoneó para que la Pelusita estuviera siempre presente en las reuniones con las jefaturas.
- Pero ella no es jefa de nada –protestó Raulito.
 - Claro que no. Y por eso mismo entendí que me estaba enviando un recado urgente. Y yo lo cumplí.
 - ¿Engañaste a la Pelusita ordenándole acompañar a don Renán a alguna reunión? ¿Y una reunión a estas horas de la noche en día viernes?
 - Ya, hombre... no seas tan metiche en lo que no te incumbe
 - Aunque el papá de Pelusita es bastante ingenuo y tranquilino, ella sin embargo es sobrina de don Recaredo quien, como sabes, es muy católico y enemigo de esos asuntos escandalosos.

Ermelinda soltó una risilla burlesca a la vez que se ponía por fin de pie pisando fuerte sobre la alfombra para que las botas se acomodaran adecuadamente. ¿Conque Recaredo, el machote compadre del alcalde, era enemigo de los ‘asuntos escandalosos? Si Raulito supiera....ah... si Raulito supiera. Pero, no, pues, no debía saberlo ni ahora ni nunca.

- Despierta cariño mío, la Pelusita se hace la mosquita muerta y tiene muy claro que con ese cuerpo, con ese *tambembe* y esos senos, puede conquistar el mundo. Para ella, que está recién egresada del Comercial y considerando que este es su primer trabajo, el mundo se apellida Becerra. Te aseguro que el lunes será designada como jefa de organizaciones comunitarias.
- ¿Y doña Raquel?
- No sé... quizás la mande a hacerse cargo de alguna nueva oficina que se le haya ocurrido inventar.
- Pobre señora Raquel –suspiro Raulito- Primero salió volando de la Dideco cuando te nombró a ti hace varios años, y ahora la sacan de Comunitaria como si fuera trasto viejo. ¿No se da cuenta que día a día pierde prestigio y va ganando enemigos innecesariamente?
- Ese es mi trabajo. Evitar que pierda adherentes y obtenerle nuevos seguidores.

- Hum... así como va, a tu jefe le quedarán pocos varones dispuestos a votar por él si sus esposas, hermanas e hijas son acosadas por esa especie de Trauco local que hace y deshace a su antojo en la comuna. Si no fuera por los asesores que le endilgó el senador Leculñir, este municipio ya se habría venido al suelo.
- ¡Nos seas hocicón! ¡No es para tanto! Eres muy mal agradecido...él también es tu jefe, y además no olvides que si conseguiste trabajo en el departamento de Aseo y Ornato fue porque le revolví la cabeza hasta que decidió contratarte. De lo contrario, seguirías siendo un cesante.

Enfurrñado y molesto, el esposo musitó una última frase en voz baja y casi para su propio capote. Aunque su mujer alcanzó a escuchar ese último comentario: “Además, es alcohólico el huevón”, ella optó por no responder, ya que sabía a ciencia cierta que Raulito tenía razón, pues el alcalde era realmente un ebrio y, además, un libidinoso enfermizo que no se distinguía precisamente por alguna prosapia intelectual, pues en realidad era bastante burdo en cuanto a conocimientos y entendederas, y con suerte podía leer sin equivocarse –ni tartamudear- dos líneas seguidas, aunque sólo entendiera la mitad de ellas. Gracias a eso, Ermelinda, que tampoco era una lumbrera en lo profesional, podía moverse con éxito en aquellos terrenos pantanosos logrando que el alcalde comiera del alpiste que le proporcionaba.

En su total desnudez intelectual, el edil tragaba aquel alimento a gusto, sin percatarse que el verdadero poder estaba precisamente en manos de la Directora de Desarrollo Comunitario, quien lo disputaba a brazo partido con Basilio González, el locutor preferido de Becerra para todos los actos oficiales y que, además, fungía en el municipio como relacionador público. De todo ello, el jefe comunal nada sospechaba, nada sabía ni tampoco le inquietaba.

Pero, quién sí lo sabía era Jesús de los Carmelos Labraña. Y le inquietaba.

CAPITULO QUINTO

Se le conocía como “la Madame”. Nadie en Las Calandrias recordaba su verdadero nombre, ni nadie lograba acertar con su edad exacta. Lo que sí sabían todos era el cariño, a nivel de fanatismo, que la doña le profesaba al edil Renán Becerra Alvear. Por ello la apodaban con el mote de “la becerrina”.

Dos o tres décadas atrás, su candidato favorito en todas las elecciones municipales había sido Labraña, una especie de ícono político para mucha gente en la comuna, en especial para aquellos que simpatizaban con ideas progresistas y de izquierda. A decir verdad, en esos años no existía otro candidato que pudiera representar a ese amplio espectro del electorado. Fue así que Jesús de los Carmelos se alzó con las preferencias de aquel sector, aunque nunca alcanzó el sillón edilicio y hubo de contentarse con una concejalía, desde la cual puso en práctica cuanta acción mañosa le fue posible para entabrar el gobierno del alcalde de turno. Entre esos actos hubo varios ilícitos e inmorales. Se le fue la vida en ello, llegando a usar múltiples tropelías que le llevaron de fracaso en fracaso, perdiendo finalmente no sólo el voto y el respeto de la gente sino, también, su sanidad mental.

Sin embargo, luego de dos décadas sumido en oraciones y en el culto del templo evangélico cercano a Puerto Varas, lugar al que lo llevó clandestinamente una fría mañana el ‘Lenguado’ –viejo amigo- salvándolo no sólo de las garras policiales sino, también, de una larga estadía en la cárcel, Jesús Labraña recuperó la cordura y tuvo conciencia de los malos actos realizados en tiempos ya idos. Amaba su comuna. Nació allí y en ese lugar deseaba que sus huesos reposaran para siempre. En ello había acertado Gianina. Le pesaba en el alma sospechar siquiera que no sería recordado como una persona que entregó su existencia en beneficio de los habitantes de su pueblo. Por el contrario, barruntaba que a su funeral asistirían escasos vecinos, y aquel viejo sueño de contar con alguna calle de Las Calandrias que llevara su nombre, era ya una utopía sin destino.

Le restaban pocos años de vida. Eso era un hecho. Con más de ochenta calendarios auestas poco puede esperar un ser humano respecto de su propio futuro. Quería resarcir a su gente de tantos estropicios y decepciones. Las Calandrias seguirían respirando y creciendo luego de su muerte. No aceptaba que toda la historia de su pueblo fuera ninguneada por un edil forastero, un alcalde que no vivió en ella y que apareció sólo cuando el senador Leculñir lo impuso como candidato del sector más popular en las elecciones hacía ya once años. Que también pertenecía al partido socialista, le dijo el Pellizco el día que fue a visitarlo secretamente a Ensenada para contarle los malabares e inmoralidades del jefe comunal. Becerra había cumplido dos gobiernos a cargo de la alcaldía y se empinaba ahora sobre el último año de su tercer mandato. “Pertenece al partido –le secreteó el Pellizco- pero no es socialista... es un vivaracho solamente”. ¿Un vende humo? le preguntó Jesús.

- No sé qué es eso. Sólo puedo decirte que es un bandido de siete suelas y tiene a Las Calandrias agarrada del cogote. Tanto así, que incluso socialistas de verdad, de tomo y lomo, como Ronaldo Moraga, están arrepentidos de que te hayan traído a este lugar.
- ¿Ronaldo Moraga?
- El Lenguado poh, Jecho, el Lenguado... ¿o ya lo olvidaste?
- ¿Me estás pidiendo que viaje a Las Calandrias y ponga orden en el partido local?
- Mira, Jecho, jamás me imaginé que iba a decir esto, pero, sí, es verdad, te necesitamos con urgencia antes que se produzca la hecatombe y tengamos gobiernos comunales de derecha durante los próximos veinte años. Sabes muy bien que cuando la derecha agarra un sillón alcaldicio, no lo suelta tan rápido. Pégate una vueltecita por nuestra comuna. Sólo tú podrías lograr algo positivo con ese mequetrefe de alcalde que tenemos, y conseguir que otro de nuestros candidatos pueda tener posibilidades en las próximas elecciones. La cuestión es sacarle del mate la tozuda idea de postular nuevamente, y que suelte el poder para que podamos levantar alguna figura joven.

Conversaron sin pausa a lo largo de esa jornada en la que el visitante abordó en detalles todos los temas inherentes al actuar del alcalde Becerra. El ‘Pellizco’ no era precisamente el interlocutor que hubiese elegido Labraña para enterarse de asuntos políticos y administrativos, pero fue el único

habitante de Las Calandrias que lo visitó un par de veces durante su largo exilio. Además, tenía claro que formaba parte de la exigua legión de socialistas a la antigua, aquellos de verdad, esos que no transaron sus ideales con la llegada del neoliberalismo rampante y optaron por quedarse al margen de los acontecimientos y del desarrollo socioeconómico que condujo a los países hacia el consumismo y el individualismo. El ‘Pellizco’ y el ‘Lenguado’ eran un símil de lo que él mismo había sido durante toda su existencia, sólidos soldados del socialismo histórico, y precisamente debido a ello –haberse mantenido en las vacías trincheras de la desaparecida guerra fría- se transformaron en una especie de antigüedades que los tiempos actuales desechaban de un solo manotazo.

La ‘Madame’ recibió a Jesús Labraña con una sonrisa que señalaba satisfacción más que estupor. Luego de un largo minuto durante el cual abrazó con ternura a ese viejo conocido, lo examinó prolijamente como si se tratase de algún mueble que deseaba adquirir. Tomaron asiento en el único sofá existente en el lobby del motel, mirando hacia la puerta de ingreso y dando la espalda a una pequeña centralita telefónica que permitía comunicarse con diferentes habitaciones. Labraña manifestó su preocupación respecto a estar en el sitio por donde ingresarían clientes que no mostrarían agrado de ser vistos por extraños cuando, muy por el contrario, lo que esperaban era intimidad y ser invisibles para el resto de los mortales. “El pecado carcome el alma y no desea ser reconocido por otros”, dijo el vejete con plena convicción. La Madame sonrió aparatosamente pero trocó su semblante en una mueca burlona. “Los clientes llegan en automóvil, ingresan por el costado del motel. Nadie viene a pie, Jesús, esos moteluchos de antes ya no existen. Además, no tenemos piezas, o cuartos...tenemos cabañas, quince cabañas bien equipadas con frigo bar, baño privado, televisión por cable, en fin, lo mejor de lo mejor”.

- Veo que te ha sentado a las mil maravillas el neoliberalismo.
- Aplico la vieja máxima que dice “si no puedes derrotarlo, únete a él”, y eso hice. El capitalismo y yo tenemos una sociedad de intereses mutuos bastante tranquila y exitosa. En los viejos tiempos administrar el puterío dejaba escasa ganancia líquida. No olvides que aún me debes dinero. Por ahí tengo guardado el viejo cuaderno de hojas verducas con anotaciones

de tus débitos. Si aplicara el interés legal estarías endeudado hasta el fin de tus días.

- El cual está bastante cerca, mujer... así que no te ilusiones con pago alguno. Soy ahora un siervo del Señor y con su ayuda nada me falta, ni a nadie temo. No requiero manejar dinero porque Él siempre provee.

La mujer aplaudió con sonora fuerza la acotación bíblica del vejete en el mismo momento que, salida de la nada, apareció una chiquilla no mayor de veinte años dispuesta a atender las órdenes de su patrona. Labraña se sintió extraño, incómodo en una situación que deseaba terminar mediante las preguntas cuyas respuestas requería con premura.

- ¿Quieres un trago, Jecho? ¿Piscola, whisky, roncola, vodka? ¿O prefieres un capuchino, o un cortado?
- Hace mucho tiempo que no disfruto de un buen café. Tal vez un capuchino me sentaría de maravillas a esta hora. ¿No tienes ningún sándwich que puedas ofrecerme? No he probado bocado desde el mediodía.

Conversaron largamente y el reloj marcaba las tres de la madrugada cuando la Madame preguntó al viejo pastor si tenía reservada habitación en la única residencial del pueblo, en la esquina de la plaza, frente a la municipalidad, al lado del Correo. Pregunta inútil, ella sabía la respuesta. Como siempre, cual si los años no hubiesen pasado, Labraña seguía siendo un desalmado, aunque ahora sus tropelías las hiciera en nombre de Dios. No tenía reserva de habitación, ni tampoco contaba con dinero para pagar una pensión, ni siquiera para cancelar un sándwich de jamón y queso como el que se había servido (y repetido) en el motel. “No te preocupes, puedes ocupar la cabaña número 15, la última, la del fondo...estará reservada para ti estos próximos tres días, ¿te parece bien? Espero que no te de vergüenza alojarte en un sitio pecaminoso”. Por supuesto que no le daba vergüenza. Además, se caía de sueño y requería descansar, conjuntamente con hacer un recuento de la información recibida desde la tarde aquella en que el Pellizco lo visitó en las alturas de Ensenada, donde estaban su templo y lugar de aislamiento.

Amanecía. Labraña abrió su pequeño maletín y sacó la Biblia que le acompañaba desde el comienzo de su conversión. Antes de entregarse a los

brazos de Morfeo leyó con absoluta fe el salmo 91. << El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré. Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro>>.

Eran las cuatro de la mañana cuando el pastor que una vez fuera concejal e ícono histórico de las huestes socialistas de Las Calandrias, cayó vencido por el sueño reparador.

**

**

**

Quien no lograba descansar era la Madame. Apenas Labraña abandonó el lobby del motel rumbo a la cabaña que le había asignado, dos personas llegaron de sopetón a plantearle cuestiones que le incomodaban como regenta del negocio.

Ermelinda y su esposo Raulito parecían poseídos por un extraño mal, ya que deseaban informarle urgentemente un asunto de enorme importancia al alcalde Becerra, que ocupaba la cabaña número uno desde las once de la noche. No le agradaba Ermelinda; era una especie de víbora cascabel, melosa, sinuosa, doble estándar, que fungía de dama cumplida, pero en la estricta verdad no poseía más afabilidad y moral que cualquiera de las piedras que decoraban el entorno del motel. Tal vez podría haber sido una excelente cabrona en el prostíbulo, aunque allí las muchachas no se andaban con remilgos a la hora de darle una zurra a quien las tratase con despotismo y desprecio. O a quien las traicionase. Y ahí estaba el punto negro de la Cáceres. En el municipio traicionaba a todos, sin excepciones, para complacer los deseos de un edil que se caracterizaba por la egolatría pretendiendo manejar a su antojo las vidas de los vecinos de Las Calandrias...y los negocios también.

- Por ningún motivo, olvídale Ermelinda. No molestaré a don Renán en su intimidad. No debo ni puedo hacerlo. Es política de este motel no perturbar a sus clientes. ¿Por qué no lo llamas a su celular?

- Porque no contesta. Lo tiene apagado. Necesito hablarle ya, ahora mismo, es muy importante.
- Lo siento, pero aunque se esté viniendo el mundo abajo, no lo molestaré. Deberás esperar hasta mañana para visitarlo en su casa o en el municipio y darle la información que traes.
- Me parece pésima política la suya, estimada Madame. Mala, muy mala. Yo he ordenado muchas veces al Inspector Municipal no molestarla en este negocio ni en el otro, ese que está a la salida sur del pueblo, y usted no me entrega siquiera un minuto para hablar con mi jefe.

Amoscada con esa última frase de la Dideco, la Madame largó el chorro de una ira controlada, sin importarle que Raulito estuviera escuchando su perorata.

- Yo también he ordenado a mi gente negarle al viejo Jacinto, el director de la radioemisora local, la información respecto a cuáles son los funcionarios municipales que vienen a ocupar cabañas con sus amantes durante las horas de trabajo. Con ello estamos a mano, señora Cáceres.

Ermelinda sintió que un nudo amargo y denso se posaba en su garganta, a la vez que el corazón tamborileaba con fuerza desatada dentro del pecho. Maldita cabrona esa Madame. Se las pagaría, claro que se las pagaría. Esa Madame estaba enterada de sus escapadas sentimentales con el ‘macho’ Recaredo, el compadre del alcalde que posaba públicamente como devoto católico y amante de su familia, con quien se encontraba furtivamente cada tres semanas al atardecer, exactamente en la hora y momento que su esposo, Raulito, la creía trabajando en asesorar a alguna junta de vecinos de aquellas alejadas de la cabecera comunal. Con un mohín de desprecio y disgusto, la Dideco giró sobre sus talones y se retiró del motel. Raulito la siguió mientras emitía una pregunta que le carcomía el alma. “¿Qué funcionarios son los que vienen a follar en horas de trabajo? ¿Sabes quiénes son? Yo no he sabido nunca de alguno que haga estas cosas”.

- Por Dios, no preguntes huevadas. Mañana iré a la casa del jefe a contarle lo de Labraña y el mal trato que me ha dado la Madame.

Raulito subió al automóvil y guardó silencio durante el tiempo que condujo el vehículo, mientras su mente trabajaba infructuosamente tratando de descubrir cuál era el funcionario que según la Madame ocupaba los servicios del motel en horas de trabajo, ¿O sería una funcionaria? Con aquella duda viajó de regreso al hogar, acompañado por el silencio de su esposa. Respecto de ese tema conversaría después con sus colegas, especialmente con aquellos que trabajaban en la Dirección de Obras, ya que eran quienes recorrían la comuna de punta a cabo. No obstante, esa conversación podría ser sólo dentro de dos días, pues debía viajar a la ciudad de Talca para asistir a un seminario cuyo tema no recordaba ni le interesaba, pero órdenes eran órdenes y había que cumplirlas.

Ermelinda, a su vez, pensando en el viaje de su esposo, determinó que era la oportunidad para hablar con Recaredo respecto a las amenazas de la Madame. ¿Lo citaría donde siempre, en las cercanías del motel? No tenían otro sitio para encontrarse, a menos, claro, que decidieran juntarse en la precordillera del fundo La Moraleda, allí en la cabaña donde alguna vez hubo un tiroteo entre terroristas y funcionarios municipales. O tal vez, temprano, a medio día, en su propia casa...total, Raulito estaría lejos, en Talca.

-

A la misma hora que Ermelinda y su esposo abandonaban el motel, cinco camionetas aparecieron raudas estacionando frente al portón de salida de vehículos, mientras una de ellas aparcaba ante la puerta principal del establecimiento. En breves segundos, la Madame intuyó el lio que se avecinaba. Venían por Becerra. ¿Por qué? ¿Cuál era el motivo? ¿La chica Pelusita? De los vehículos descendieron cuatro sujetos, tres de ellos estaban premunidos de cámaras fotográficas y filmadoras, el cuarto se dirigió sin titubeos a la oficina central donde la Madame observaba nerviosamente el desarrollo de los acontecimientos.

Pese a la chaqueta con cuello subido y al sombrero de ala texana encasquetado hasta las cejas, le fue fácil reconocer al concejal Ramón 'Momo' Salaberry, adversario del alcalde y enemigo de todo aquello que oliera a

izquierdismo, quien entró al lobby del motel con paso rápido, dirigiéndose con voz calma a la Madame. “Sabemos que el alcalde sigue aquí, ¿está como siempre en la cabaña número uno?” La ‘becerrina’ intuyó que el lío era gordo, aunque todavía le resultaba imposible precisar la causa del mismo. Demoró varios segundos en responder. Los aprovechó para dar un vertiginoso repaso a lo que había visto esa noche desde el arribo de Becerra, el cual estaba registrado por las cámaras instaladas en los ingresos al motel. El alcalde también había llegado a bordo de una camioneta; su acompañante parecía ser una muchacha joven que la Madame creyó reconocer; tal vez la hija del relojero... tal vez. ¿Cuál era el problema? La chiquilla era mayor de edad, soltera, sin compromisos sentimentales... no había drama entonces.

- Becerra está usando un vehículo fiscal, municipal, y eso se encuentra penado por la ley con graves sanciones; vamos a filmar y fotografiar su salida del motel, y lo haremos aunque debamos esperar horas y horas como santos huevones.

El concejal Salaberry hablaba con los dientes apretados y el corazón encendido. La Madame le solicitó que todo aquello lo hiciese fuera del motel, en la vía pública. No quería que le estropeará el negocio, pues aún a esa hora de la madrugada era posible que arribaran clientes.

Salaberry era un verdadero caballero, aunque en su calidad de político y de concejal había demostrado ser inútil y pelmazo. Aceptó mansamente salir del lobby, dejando a la Madame libre de manos para llamar por teléfono interno al alcalde y prevenirle del lío en que estaba metido. La respuesta del edil le aclaró definitivamente cuál era el problema. Becerra estaba en el motel con una funcionaria municipal (lo que a la ley le importaba un carajo ya que ella era mayor de edad), pero usando como transporte un vehículo fiscal, en este caso, una de las camionetas del municipio... y eso ameritaba sumario y despedida.

Con el corazón en la boca, sin tener soluciones a la vista, desesperada por observar que su amigo podría deslizarse por la hondonada del desprestigio y ser sacado legalmente de su cargo mediante un sumario incoado por la propia Contraloría Regional, decidió comunicarse con la cabaña número quince.

**

**

**

Pese al cansancio y al sueño que no lo soltaba, Labraña entró en acción poniendo en ejercicio su larga experticia en cuestiones de política sucia. “Telefoneen urgentemente al asesor directo del alcalde”, bramó el vejete. Fue así que Basilio Gerardo apareció en escena recomendando dar curso inmediato al ‘consejo’ del pastor evangélico, el que exigía un sacrificio... no humano, pero sí funcionario, para salvar al edil de lo que sin duda alguna originaría la expulsión de su cargo público, pues utilizar un vehículo fiscal para salir de parranda, era un hecho severamente castigado por la legislación respectiva.

A través del teléfono, mediante la coordinación efectuada por la Madame, el anciano pastor encabezó las acciones.

- Un funcionario menor debe entrar al motel por la parte trasera del local, a pie, sin llamar la atención, y dirigirse a la cabaña número uno. La dama que está con el alcalde deberá acompañar a ese funcionario que conducirá el vehículo fiscal saliendo lentamente por el portón respectivo, dando tiempo a que los imbéciles derechistas que se encuentran apostados en la calle logren fotografiarlos a placer.
- Eso le significaría a ese funcionario un sumario administrativo y su expulsión del sistema municipal –rezongó Basilio.
- Por supuesto que sería expulsado del sistema –barboto Labraña en tono perentorio- pero salvaría al alcalde, al partido y a todos ustedes que tienen pega gracias a que el compañero Becerra sigue en la alcaldía. Después, a ese funcionario, tendrían que conseguirle un buen trabajo en alguna empresa privada, o en un local comercial. ¿Pueden hacerlo?

El sol despuntaba sus primeras luces sobre los picachos andinos cuando un estrafalario muchacho -a medio afeitado, luciendo un par de aretes metálicos en sus orejas y un *piercing* en el labio inferior- apareció conduciendo lentamente el vehículo fiscal en el que Becerra había ingresado la noche anterior. A su lado viajaba muy compungida una joven

dama que todos reconocieron de inmediato, concluyendo que era punto menos que imposible aceptar la existencia de un apasionado romance entre ellos, por pasajero que fuese. Salaberry y sus acompañantes bramaron de ira. Una vez más el edil les había engañado, y la ‘chica Pelusita’ se prestó para el truco poniendo en entredicho su propia dignidad.

- Dile al alcalde Becerra que venga de inmediato a mi cabaña –ordenó el pastor a la Madame, que ya respiraba tranquila con el feliz desenlace del caótico asunto- y tráiganme un buen desayuno. Estas emociones que tenía olvidadas me han abierto el apetito.

CAPITULO SEXTO

Labraña gastó un par de minutos escudriñando, centímetro a centímetro, la geografía física de un compungido Renán Becerra que se había parado bajo el dintel de la puerta de la cabaña, titubeando respecto de ingresar o no ingresar a ella esperando autorización de su morador.

Por un momento, breve, brevísimo en realidad, Jesús de los Carmelos creyó estar viéndose a sí mismo 30 años atrás. La cabeza abultada, con calvicie incipiente, los ojos achinados que daban al rostro un aspecto de búho, la panza prominente y las nalgas hundidas, el color ceniza de la piel... todo el conjunto le recordaba a él mismo en otra época. “Este hombre va a morir ahogado en una vagina, pensó para su capote- Tiene mal final. ¿Cómo hacérselo saber sin herir susceptibilidades ni originar un conflicto mayor? Y ello no es su mayor problema, ni con mucho. Esto será largo y difícil”, remató para sí mismo.

A su vez, Becerra no atinaba a nada. ¡Estaba frente a frente, cara a cara, con Jesús de los Carmelos Labraña, el insigne ícono socialista de esa región! La leyenda viva del partido la tenía ante sus ojos, y había sido invitado por el propio ex concejal a conversar a esa hora de la madrugada, lo que de seguro implicaría recibir algunos secretos históricos y varias informaciones de insospechada magnitud y trascendencia. Sentíase

merecidamente privilegiado, era un hecho que Labraña conocía sus logros y querría felicitarlo. De lo contrario, ¿para qué le llamó la Madame con tanta premura y emoción?

Sin embargo, apenas Jesús de los Carmelos pronunció las primeras palabras, Becerra hubo de recordar la vieja canción interpretada por el mexicano Emmanuel, aquella que en su primera estrofa recitaba: “Todo se derrumbó, dentro de mí, dentro de mí”. La química que el alcalde de Las Calandrias esperaba hallar en ese encuentro madrugador, en aquel inefable lugar y luego de haber escapado a los flashes de las cámaras fotográficas que trajo ‘Momo’ Salaberry para cazarlo in fraganti usando un vehículo fiscal, se fue de un sopetón al tacho de la basura disolviéndose en las probetas que contenían el precipitado de la decepción.

- ¿Tú eres huevón por ignorancia, o te cortaron verde?

Desde el día que asumió como primera autoridad en la comuna, nadie, nunca, le había hablado en ese tono. Ni siquiera lo había hecho Carmencita Incháustegui, la millonaria terrateniente, ni Anselmo Piña, el exalcalde que dirigía las huestes derechistas. Muy ícono del socialismo sería ese vejete, pero no le permitiría faltarle al respeto. Quiso replicar con dureza sus palabras, sin embargo Labraña se adelantó y dando un manotazo a la cama sobre la cual estaba sentado, le birló la posibilidad de retrucar.

- Un humilde funcionario se ha sacrificado en tu nombre. Tienes sangre administrativa en tus manos... tu estúpida tendencia a creerte faraón y dueño de esta comuna ha provocado ese asesinato. El muchacho sacrificó su empleo y dignidad saliendo frente a todos conduciendo la camioneta fiscal desde este sitio de amores ocultos, mientras su jefe –tú– continuaba escondido tiritando de impotencia en una cabaña de este motel. La historia no te absolverá.
- ¿Historia, cuál historia? –alcanzó a preguntar un confundido Becerra.
- ¡Y además eres ignorante! –barbotó destempladamente el viejo pastor-Fidel Castro Ruz, año 1953, en su defensa ante el tribunal que lo juzgaba por el asalto al Cuartel Moncada. Tenía razón el ‘Pellizco’, eres un badulaque.

- Oiga don Jesús, no le permito que me trate de esa manera; soy el alcalde, la primera autoridad comun....
- ¡Cierra la boca, badulaque! –gritó Labraña- ¡Estás condenando al partido y al pueblo de Las Calandrias a un abismo sin fondo! Durante dieciocho años la derecha pinochetista manejó ‘democráticamente’ esta comuna. Costó casi dos décadas derrotarla en las urnas y sacarla del municipio. Entonces llegaste tú... y en menos de lo que canta un gallo lograste que la gente, el pueblo...sí, el pueblo...comenzara a echar de menos a los derechistas que dirige el insoportable Anselmo Piña.

Becerra abrió la boca buscando aire para alimentar sus pulmones. Estaba alelado. No tenía por qué escuchar las sandeces de un viejo de mierda que había reaparecido en la comuna luego de veintidós años de ausencia, y que no era querido por todo el pueblo, según le informaron tiempo atrás sus asesores cuando hablaban de la historia de Las Calandrias. Que había enloquecido, le contaron. Que alguien lo sacó de la comuna a escondidas salvándolo de la cárcel, llevándolo a un ignoto sitio donde nunca pudieron hallarlo -ni menos aún apresarlo- los sabuesos de la policía. ¿Habría prescrito la orden de captura? Seguramente sí...veintidós años era tiempo suficiente para que la justicia olvidara y perdonara. Sin embargo, subsistía una duda primordial. ¿Quién mierda lo trajo de regreso desde su exilio? Le asignaría a Ermelinda Cáceres la tarea de averiguar el nombre del imbécil responsable de tamaño error, para cobrarle factura, por supuesto. Labraña podría ser leyenda e ícono de los socialistas locales en seminarios, convenciones y encuentros, pero él, Renán Becerra, era hoy día el rey de Las Calandrias. Hinchó el pecho y salió también al ataque

- ¿Qué mierda quiere usted, abuelo? No tengo tiempo disponible para perderlo hablando huevadas del pasado. No obstante, gastaré algunos segundos para informarle que Las Calandrias dio un salto a la época actual cuando asumí la dirección del municipio. Vuelva a su cuchitril y no joda. Yo soy el *arcarde* y aquí estamos trabajando en beneficio y defensa de los buenos y oprimidos.

Luego de su inesperada perorata, dio media vuelta buscando la salida de la cabaña en el preciso momento que Labraña lanzaba su último misil.

“Izquierdista de orilla, reconvertido a la religión neoliberal, tramposo y estulto”. Becerra no entendió un ápice respecto a lo que se refería el viejo pastor evangélico, sólo sabía que el estúpido concejal Salaberry se apersonó en el ‘Bésame Mucho’ porque alguien debió informarle que estaría allí junto a ‘chica Pelusita’. Ardía de indignación, y para colmo de males se topó con ese vejstorio reaparecido desde unas cenizas de sabrá el diablo a cuál infierno pertenecían. Olía traiciones por los cuatro costados de la comuna. “Gentuza mal agradecida”, barbotó al salir del motel y caminar hacia el centro del pueblo. Ya era de día y el sol estaba alto.

Cabizbajo, rumiando su ira, soliloquió con amargo sabor: “los huevones del partido mandan a ese trasto viejo a darme instrucciones, ¿instrucciones a mí, que soy un ganador y les he demostrado que *nadien* me collerea en esta zona? Entonces que se jodan... me retiro del partido y sanseacabó”.

**

**

**

La noche siguiente, cuando al aire sonaban ritmos mariachis del programa mexicano, Jacinto cerró la puerta de su pequeña oficina y enfrentó la mirada huidiza del recién llegado que mostraba su nerviosismo moviendo incesantemente manos y piernas, cual si estuviese incómodo en aquella silla.

- Si has venido a esta hora y cubriendo tu rostro como un asaltante de bancos, significa que algo gordo traes como primicia...o tal vez requieres un favor expresamente vital de mi parte. ¿Me equivoco, Raulito? ¿Cuál de esas alternativas es la correcta?
- Nos echó...el desgraciado nos ‘cortó’ –la voz era apenas audible, sofocada por un cuantioso cargamento de rencor.
- Cálmate...respira profundo y larga el chorro. Aquí puedes estar seguro que nadie te va a traicionar si cuentas lo que realmente ocurrió. ¿A quiénes echó? Hablaste en plural. ¿Y quién lo hizo? Aunque puedo imaginar el nombre del victimario.
- Culpó a Ermelinda por el escándalo que vivió ayer en el ‘Bésame Mucho’.... y la responsabilizó de la persecución a que le somete el

concejal Salaberry, como también a que deberá sumariar al cabro chico ese que trabaja en Obras...

- ¡Para, para, detente! –Jacinto aleteó con sus brazos exigiendo silencio y quietud; el asunto parecía ser mucho mayor de lo que le habían contado a mediodía. Ni siquiera tuvo tiempo para visitar a la Madame e interrogarla, en su calidad de periodista, obviamente. Como de costumbre, Becerra estaba metido en el cuento. Tenía que ser Becerra; ¿quién más podría ‘cortar’ del trabajo, del municipio, a Ermelinda Cáceres y a su esposo Raúl? Sólo Becerra. Preparó dos tazas con café y poca azúcar. Entregó una de ellas a Raúl y conectó la pequeña grabadora. “Esto promete”, pensó.
- Empieza a contarme desde el inicio, con calma, y sin olvidar detalles.

**

**

**

No; definitivamente no. Era imposible lanzar aquello por las ondas de la radioemisora, aunque deseos de hacerlo no le faltaban. El extenso relato de Raulito demostraba hasta qué punto el egocentrismo y la mitomanía habíanse infiltrado en la retorcida mentalidad de un alcalde que mezclaba demencialmente los conceptos de democracia y poder absoluto, cuestión que le llevó a considerarse a sí mismo un vástago político de Leónidas Trujillo o de Anastasio Somoza, puesto que emulando a Augusto Pinochet también creía que en la comuna no se movía una hoja sin que él lo supiera...o lo autorizara. Ello incluía el ‘derecho a pernada’ que gustaba ejercer como si fuese un aditivo del cargo público, haciendo la vista gorda con las acciones de su asesora Ermelinda Cáceres, quien se encargaba de llevarle a muchachas de las poblaciones y villas, cuando no a alguna nueva funcionaria del municipio, del Consultorio de Salud o del Departamento de Educación, para satisfacer su enfermiza libido.

El reciente acontecimiento en el que estaba involucrada la hija del relojero, Pelusita, pertenecía a esa saga deleznable. Ermelinda creía tener asegurado su cargo municipal con aquellos esfuerzos, sin embargo soslayó la arista totalitaria y egocéntrica de su jefe, el que no permitía falla alguna al momento de exigir acciones que necesitaba o deseaba con una fijación cercana a la demencia. Aún más, si en algunos casos el error se producía por su propia

irresponsabilidad, no trepidaba en culpar a otro y sancionarlo, insultarlo e incluso despedirlo. Esa era hoy la situación en la que se encontraban Emerlinda y Raulito.

No bien Becerra encontró a la Cáceres en la municipalidad esa mañana, sin trepidar ni detenerse por la cantidad de público presente en los pasillos, procedió a insultarla de manera soez, usando epítetos de grueso calibre para denigrarla en su calidad de mujer. No hubo grosería ni palabrota ordinaria que se exceptuó en aquella perorata. Allí fue que el alcalde mostró íntegramente sus características de político totalitario, machista, misógino y grosero. Ninguno de los presentes se atrevió a salirle al paso. Le temían. Sabían que otra de sus características era ser vengativo, revanchista, y no aceptar opiniones que contradijeran las suyas. Además, el hecho de estar respaldado y cobijado por dos poderes peligrosos, el del senador Leculñir y aquel otro del delincuente, Julián ‘el huacho’ Uribe, resultaba ser suficiente argumento para rendirle pleitesía cual si fuera un dios del Olimpo.

- Pero, ¿a qué se debió ese rosario de insultos? -preguntó Jacinto sin dejar de tomar notas en su libreta de apuntes.
- Ya se lo dije don Jacinto... culpó a mi señora porque lo pilló Salaberry en el motel. Dijo que si mi señora no hubiera ido al ‘Bésame Mucho’ a buscarlo, el concejal jamás lo habría encontrado. Don Renán jura y re jura que el concejal y su grupo nos siguieron a la Ermelinda y a mi hasta el motel.
- ¡Pero qué estupidez! ¿Entonces, el guarapo de alcalde que tenemos cree que Salaberry estuvo toda la santa noche vigilando la casa de ustedes?
- Sí, eso cree.
- ¿Y tú, qué hiciste? ¿O también bajaste el moño como todos los funcionarios del municipio?
- Fui a su oficina para reclamarle por el trato dado a mi señora, además que la echó de la pega violentamente, así no más, a la brutanteque y con palabrotas indignas de una autoridad.
- Ese huevón no es autoridad –bramó Jacinto- Es un tipo perverso, un verdadero delincuente que se apropió del municipio y cree ser el faraón de Las Calandrias. ¿Y qué le dijiste en su oficina?

- No alcancé a decirle nada –Raulito había comenzado a sollozar, tal vez por vergüenza más que por dolor del alma- Apenas me vio entrar me gritó como un enloquecido que yo también estaba despedido, y que me había tenido trabajando en la *muni* no porque mi señora se lo hubiese pedido, sino porque el amante de mi esposa, Recaredo López, su gran amigo y compadre, le insistió que me contratara.
- ¿Ah? ¿Eso dijo... el ‘amante’ de tu señora?

Jacinto dejó a un lado la libreta de apuntes, apagó la grabadora y se enfrascó en larga conversación con aquel deprimido marido engañado. Su experiencia de periodista avezado le señaló cuán necesario era aprovechar ese momento para obtener datos respecto de los oscuros negociados que *sotto voce* el pueblo le atribuía al alcalde. Sabía que una persona herida profundamente por la daga de la infidelidad siempre estaría disponible a soltar el chorro completo, no sólo por debilidad, sino también por venganza contra el mundo. Y tenía razón. Esa noche Raulito desmenuzó uno tras otros los ilícitos del alcalde.

A las dos de la madrugada, Jacinto se dio por satisfecho con la información recibida. Tenía datos y elementos para realizar una veintena de programas en “Hora de Trifulca”.

- ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Volverás a tu casa a conversar con tu esposa esta delicada situación? –preguntó al desolado exfuncionario municipal.
- Yo tenía que ir a un seminario en Talca. Los pasajes y la orden de compra municipal para el pago del hotel están en mis manos. Voy a aprovecharlos y me iré a Talca; allí me quedaré en casa de mi primo. El bus sale de Las Calandrias dentro de dos horas, a las seis de la mañana. Tomaré desayuno en el mercado haciendo tiempo.

Jacinto no escuchó lo último. Sus ojos abiertos como platos señalaban que una nueva ingrata sorpresa le había sido comunicada.

- ¿El municipio paga el hotel con órdenes de compra?
- Sí, pero sólo cuando funcionarios de la exclusiva confianza son los que viajan a un seminario, como yo... bueno... hasta esta mañana yo era también de su exclusiva confianza.

- Me parece increíble que un hotel acepte órdenes de compra como si fuera una librería, una ferretería o una barraca.
- Es que la orden de compra va dirigida a otro negocio, no al hotel –retrucó inocentemente Raulito, y como en el rostro de Jacinto observara una actitud de pregunta, añadió: esas órdenes siempre son para el bufete y la inmobiliaria del senador Leculñir, cuya esposa es socia en la propiedad del hotel, y es la administradora del mismo, y como el famoso bufete camina como las reverendas... en fin, usted se imagina el resto.
- Claro que lo imagino...pero, ¿cómo diablos hace el jefe de finanzas del municipio para ‘legalizar’ todo esto y evitar que la Contraloría Regional lo sancione?
- Ni idea, don Jacinto, en esos asuntos nunca me metí ni me dejaron meterme. La Ermelinda sabe bien cómo lo hacen.

CAPITULO SÉPTIMO

Durante un largo rato observó el contenido de su vaso coligiendo que en realidad el huesillo echaba a perder la belleza visual del mote bañado en chancaca. Sin embargo, nada dijo; simplemente bebió y comió reconociendo que el sabor era magnífico. Además, le habían invitado, por lo que sería un grueso error criticar la calidad de la comida que le regalaban. Era su segundo día en Las Calandrias y estaba en condiciones de asegurar que en lo esencial su amada comuna no había cambiado mucho pese al paso de los años. Cuánto luchó para evitar que el neoliberalismo se apoderara de su pueblo. Perdió no sólo los mejores años de su vida en esa tarea; también estragó su propia razón y enfermó al grado de transitar por la frontera de la locura.

La derrota siempre cobra un precio excesivo a los perdedores, y el ejercicio del fracaso no se paga en cuotas. El ‘Pellizco’ fue quien le habló respecto de una fuerza joven que comenzaba a emerger en la comuna con pretensiones políticas. Tal vez, veinte años antes no le habría dado importancia alguna, pero ahora, merced a todo lo vivido y, especialmente, a lo que aprendió en el templo de Ensenada, era consciente que las viejas prácticas

caminaban en línea recta hacia el baúl de los recuerdos. La Internet, la telefonía celular y la televisión por cable, cambiaron el mundo...y aunque Las Calandrias seguía presentando un rostro rural y campesino, se encontraba inmersa en ese mismo mundo virtual donde las noticias llegaban desde los cuatro rincones del planeta en menos de diez segundos, y la cantidad de informaciones existentes -y a la mano de cualquier persona- constituía un volumen difícil de precisar.

“¿Esta cabrería es de izquierda?”. Su pregunta no pudo ser respondida por el Pellizco, ya que este le miró con ojos de sorna mientras una sonrisa cínica bailoteaba en sus labios. “La izquierda hoy día es un archipiélago, Jecho. Hay como treinta movimientos y referentes que dicen ser de izquierda. Ayer te dije que la izquierda ya no existía en Chile. Además, socialistas y comunistas son también administradores del modelo neoliberal, ¿es que todavía no te *pegai* la *cachá*, vos que siempre dijiste que *erai* pillo al cubo en esas materias, y ahora *estai* desenchufado?”.

“Reconozco que la tecnología me queda grande –susurró imperceptiblemente- Pero la política es mucho más que la tecnología, y ahí nado bien”. Quiso ahogar sus pensamientos y esbozó una mueca de amargura. Tecnológicamente analfabeto, sabía que en política del siglo veintiuno cojeaba. Precisamente por ello tenía que apurar la causa y regresar exitoso de una buena vez y para siempre al templo de Ensenada. Si no lo lograba, simplemente Las Calandrias, y la política misma, pasarían por encima suyo, arrollándolo, dejándole fuera de la historia comunal.

“Son jóvenes inexpertos en el inacabado juego de las veleidades partidistas, ¿por qué podría irme mal si converso con ellos? Aprenderán conmigo, me respetarán porque les mostraré un escenario que desconocen”. Con tales reflexiones llegó ese mediodía al enorme galpón que cobijaba al taller mecánico “Cantallopts Hermanos”, cuyo gerente propietario era una mujer, Rebeca, de jóvenes 34 años, la mayor de los tres hermanos, dueña de una sagacidad comercial envidiada por sus competidores y poseedora de una cualidad que en cualquier lugar del planeta cuenta con certera admiración entre los varones; era físicamente atractiva...y soltera.

Estaba informado que ella manejaba los dineros de la sociedad comercial y dirigía el taller con gran habilidad y eficiencia, aunque la genialidad técnica

residía en la sapiencia de sus hermanos, Marcelo y Pablo, mecánicos automotrices que contaban con merecida fama en la comuna, especialmente entre los agricultores que requerían de sus servicios para tener en perfecta mantención sus maquinarias agrícolas.

Pablo, el menor del clan, participaba en un referente político cuyo nombre incitaba a la discusión, ‘Jóvenes al Poder’, grupo que había decidido presentar a Rebeca como su abanderada para competir por la alcaldía de Las Calandrias, aunque la muchacha parecía no mostrar interés ni satisfacción por tan honorífico título.

El otro hermano, Chelo, era veleidoso, algo violento, y poco dado a hablar más de la cuenta. Un mecánico de excepción –le confidenció el Pellizco- y sus únicos momentos de socialización era posible hallarlos en sus participaciones en cuanto carrete o fiestaailable había en la comuna los fines de semana. “Le aconsejo no buscarle bronca al Chelo, don Jaci, porque ese loco se la va a dar, de seguro se la va a dar”, comentó certeramente el Pellizco.

En ese local y taller estaba ahora Labraña. Fue recibido amistosamente por los tres hermanos Cantallopts, quienes incluso le convidaron un enorme vaso de mote con huesillo. Asertiva y directa como era su costumbre, luego de las insulsas presentaciones hechas por el Pellizco, Rebeca inició los fuegos del diálogo.

- No somos lo que usted cree, y tampoco somos lo que usted no cree...
- Entonces, ¿qué son? –preguntó divertido Jesús de los Carmelos.
- Somos lo que somos... en castellano simple, somos lo que usted ve que somos, y no lo que usted cree que somos.
- ¿Comerciantes, sólo eso?
- Si eso fuésemos, usted no habría venido a vernos.
- Bueno, en este juego de palabras, querida señorita, según usted, ¿qué soy yo?
- No lo conozco lo suficiente para dar una opinión acabada, pero según aquello que me contaron mis padres, y al enterarme de su llegada a la comuna, creo que usted es un viejo socialista que trata desesperadamente de rearticular su partido, el que por estos rumbos se encuentra en franco deterioro y abandono en manos del mejor exponente del triunfo del

neoliberalismo salvaje aplicado en nuestro país, el señor Becerra, tráfugo y corrupto nuevo ícono de su tienda política, señor Labraña.

- Creo que es un tanto injusta con ese comentario, pues Las Calandrias ha tenido un enorme progreso bajo el gobierno comunal del compaño Becerra –apuntó el viejo pastor sin mucha convicción- He visto calles asfaltadas, puentes sólidos, alumbrado público en casi todo el pueblo, un gimnasio remodelado, plazas en excelente estado, y una pista de baile popular en el balneario Las Trancas que ya lo quisieran alcaldes de ciudades grandes.
- Tengo entendido que usted vive hace años en Puerto Varas. ¿Me equivoco?
- No precisamente en Puerto Varas, pero sí muy cerca de esa bella ciudad, señorita Rebeca, en la localidad rural de Ensenada, a 47 kilómetros de la ciudad del lago.
- ¿Y allí ha habido también un notorio mejoramiento de la infraestructura comunal en esta última década?
- Por cierto que sí. Nadie podría negarlo, pese a que los alcaldes no han sido particularmente izquierdistas. Me refiero a izquierdistas de verdad, no a aquellos que quieren jugar por la banda izquierda pero no son zurdos, pues no son latinoamericanistas ni defensores irrestrictos en cuestiones importantes para la comunidad, como por ejemplo dar trabajo principalmente a quienes han nacido en la comuna.
- Vamos por parte, señor Labraña. Ha tocado algunos puntos que son relevantes, pero yo quisiera que siguiésemos el hilo de nuestra conversación para no perder el norte de la misma.
- Usted dirá, querida dama. Soy todo oídos.

Rebeca sonrió, al tiempo que solicitaba a su hermano Marcelo llenar una vez más el vaso del pastor, quien ya se había despachado el primer convite de mote y huesillos.

- Bien, pues... dígame entonces si esos avances de Ensenada, lugar en el cual usted reside, corresponden exclusivamente a trabajos financiados – reitero lo de ‘financiados’- por el municipio de Puerto Varas.

Un corto espacio de silencio antecedió a la respuesta del viejo socialista. Avispadita era la muchacha aquella. Y estúpido él, que con su opinión

respecto de los avances de la comuna la condujo por el sendero que menos le convenía recorrer en esa conversación. Pero ya era tarde y sólo cabía seguir avanzando, aunque en ello encontrara un par de mazazos políticos contra Becerra.

- Obviamente no.... La mayoría de ellos son producto de programas a nivel nacional de los respectivos gobiernos que el país ha tenido en los últimos 30 años. Sólo municipios de comunas ricas, como Las Condes, Vitacura, Viña del Mar, Santiago, Concepción, pueden realizar grandes obras de mejoramiento con recursos propios. Puerto Varas no está en esa categoría, pese a que es una ciudad turística excepcional.
- Ah, entiendo... y dígame por favor, ¿el alcalde de Puerto Varas se atribuye como éxito personal de su administración las obras de mejoramiento que el gobierno, a través de sus programas nacionales con dineros del presupuesto fiscal, ha realizado?

Labraña esbozó una amplia sonrisa, a la vez que carraspeó con sonoridad aprovechando el momento para acomodar su prótesis dental, la que aún siendo nueva parecía bailotear bajo su paladar.

- No, claro que no; eso sería una frescura sin límites por parte del alcalde, una mentira que le costaría muy caro políticamente. Algunas cosas sí las ha hecho el municipio con fondos propios, pero la mayoría de ellas, las grandes, las importantes, las que marcan desarrollo, obedecen a programas nacionales financiados con dineros fiscales, tanto en infraestructura como en materias de educación y salud.
- Aquí, en cambio, su compañero Becerra asegura *urbi et orbi* que él, y sólo él, o él y su ‘magnífica’ administración, han realizado todas las obras de mejoramiento. Todas, señor Labraña, sin olvidar ninguna. Una comuna rural pequeña y pobre, como la nuestra, con suerte dispone de fondos propios para regar jardines municipales y árboles que decoran la avenida principal.
- Lo siento, señorita Rebeca, pero estoy seguro que usted exagera al decir eso -Labraña se mostró incómodo y molesto con una acusación que suponía malintencionada, falsa- Becerra no es un doctorado en administración pública, tal vez apenas sepa leer de corrido, pero tampoco

creo que sea un mentiroso a nivel de mitomanía. Ello es propio de los dictadores, de los tiranos... o de los enfermos del mate.

- ¿Necesita un ejemplo de lo que he dicho? Hay muchos, pero bastaría con que usted fuera al Balneario ‘Las Trancas’, el que fue financiado con dineros fiscales en un cien por ciento, recorra sus instalaciones, sus senderos, y verá que incluso en los baños públicos hay placas señalando que se trata de una obra realizada por el alcalde Renán Becerra. ¡En los baños, señor Labraña! Y lo mismo ocurre en el puente del Encanto que conduce al cementerio local, en la plaza pública, en los asfaltos de quince calles, en el alumbrado público, en fin, en todas partes. Ah, y algo más... en la nueva población San Arcadio, una de sus calles lleva el nombre de ‘Alcalde Renán Becerra’.
- No, no... eso es imposible –barbotó desesperadamente Jesús de los Carmelos- el nombre de las calles, parques, poblaciones y avenidas debe ser aprobado por el Concejo Municipal, y no creo que..
- ¿No cree que el Concejo lo aprobara? –Rebeca estalló en una estruendosa carcajada que fue acompañada por la risa de sus hermanos- el actual Concejo Municipal está conformado por ‘chupas’, señor Labraña... ‘chupas’ del alcalde, cobardijas y corruptos que se bajan pantalones y calchunchos en menos de lo que canta un gallo. Le temen a Becerra, creen que le deben el cargo a él, y olvidan por temor o conveniencia económica que su responsabilidad es precisamente fiscalizar las acciones y decisiones del alcalde. También le temen al senador Leculñir y al narcomillonario Uribe, dos socios de la delincuencia que asfixian a Las Calandrias.
- Pero, ¿tanto así? –Labraña sentía que el nudo de su vieja corbata le asfixiaba.
- Indague, investigue, y verá que en el Balneario Las Trancas su compañero Renán Becerra pidió al fisco muchos millones de pesos para plantar tres mil árboles... ¡tres mil!... y no hay un sólo arbolito nuevo en ese lugar. ¿Y el dinero, dónde está? Imagínese dónde... Becerra lo tiene. Para qué hablar de los centenares de sacos de cemento que solicitó para levantar el estadio municipal... la mitad de ellos nunca existió en esa obra... fueron a parar en la construcción de la enorme y moderna casona que construyó

para él en la Rinconada del Mercedario, así como otros dineros birlados al fisco los destinó para comprar propiedades en lugares como Villarrica y Constitución. ¡No me crea, de acuerdo, no me crea...pero investigue y compruebe!

- Dios me alumbre y me señale el camino –espetó un iracundo Labraña- Voy a investigar a fondo todo lo que usted me ha dicho, señorita Rebeca, y si ello es así, si ello es real, no tengo otra alternativa que regresar derrotado, decepcionado y triste al lugarejo bucólico que el Señor me dio en Ensenada.
- Muy bien, señor Labraña –Rebeca se levantó de su silla con movimientos cansados- Parece ser usted un buen hombre, un hombre sabio...ya sabe que nosotros, los de “Jóvenes al Poder”, no somos de derecha ni de izquierda, tal vez seamos una mezcla binaria de ambos representando a la mayoría de los habitantes de esta comuna, pero nuestro norte no es otro que el bienestar de nuestra gente y el desarrollo armonioso del lugar que Dios nos entregó para administrar y mejorar. Ahora bien, ¿tiene usted algo más que agregar?

Labraña suspiró con ahíta emoción y estiró a todo su largo las piernas que sentía agarrotadas en esa silla. Con su mano derecha apretó la pequeña Biblia que siempre le acompañaba en sus recorridos. “El Señor es mi pastor... con Él nada me faltará”. Miró a la niña Rebeca reconociendo que ella, en esos breves minutos de diálogo libre y honesto, había descrito esencialmente la realidad de Las Calandrias. Fijó su vista directamente en las pupilas de la muchacha, alzó las cejas y al constatar que la gerenta propietaria del taller “Cantallopts Hermanos” también mantenía fija la mirada sin esquivar la vista, concluyó el momento con una frase que nada y todo decía:

- Muy bueno su mote con huesillos, muchas gracias mi querida dama.

Dicho aquello, se marchó del lugar mientras el Pellizco seguía sentado en su silla sin atinar a nada. Por su parte, Rebeca sacudió la cabeza cual quisiera deshacerse de pensamientos hostiles y regresó a sus tareas al tiempo que, señalando con su dedo índice al Pellizco, ordenó: “antes de irte, lava ese vaso y el que usó el señor Labraña, y déjalos en el mismo lugar donde los

encontraste; aquí todos los monos bailan, y todos lavan y secan lo que han usado”.

CAPITULO OCTAVO

Las honras fúnebres del ‘Huacho’ Uribe fueron fastuosas. Había pedido ser sepultado en Curicó, su ciudad natal, y el cortejo cruzó por varios conjuntos habitacionales de esa ciudad. En uno de ellos, grupos de individuos que cubrían sus rostros con pasamontañas saludaron el paso de la caravana con fuegos artificiales y disparos al aire. El personal de Carabineros no intervino, temeroso tal vez de amar un jaleo que terminaría en tiroteo poniendo en peligro la vida de gente inocente.

El ‘Huacho’ había muerto en su ley, escapando de los vehículos policiales que le perseguían después de un enfrentamiento a balazos en las proximidades de Los Andes, luego que le sorprendieran en pleno intercambio de droga y dinero en las cercanías de Putaendo, donde se reunió con el grupo de delincuentes argentinos que tenían dispuestos dos maletines repletos de dólares para efectuar el pago de la ‘mercancía’ que él transportaba. Cocaína, ‘Éxtasis’ y Pasta Base, en cantidades suficientes para que los narcotraficantes pudiesen obtener una cifra cercana a los mil millones de pesos chilenos si procedían a su venta en ciudades como Mendoza, San Juan, Rosario y Buenos Aires.

Uribe y los transandinos fueron encerrados finalmente por las patrullas de la policía de investigaciones en la carretera internacional José de San Martín. El ‘Huacho’ no se entregó y optó por trenzarse a balazos con sus perseguidores. El certero disparo que recibió en su plexo solar dio término a una existencia de ilícitos y crímenes, corrupción y drogas.

No pudo cumplir su más anhelado sueño, aquel que quizás copió al de un personaje de novela y cine llamado Michael Corleone, ‘lavar’ su imagen y su dinero para convertirse en hombre público, ya fuese como diputado o como alcalde. Por ello, dos años antes de su violenta muerte, envió gran parte de su dinero mal habido a Colombia, dejándolo en manos de un ex socio narco que

guardó para sí mismo el 40% de ese monto, y el resto lo “donó legalmente” al hijo del ‘Huacho’, Juan Martín Uribe, quien esa misma tarde en el cementerio curicano donde los restos mortales de su progenitor lograrían por fin el descanso que tanto necesitaba, decidió alentar el sueño incumplido de su padre y postular como candidato a alcalde en alguna comuna rural de la región maulina.

El nombre de Las Calandrias se fraguó en su mente cuando el rostro de Javier, hijo del diputado Bórquez San Juan, de cuerpo presente en ese camposanto, cruzó frente a sus ojos haciéndole recordar el apoyo económico que su padre le había brindado siempre a un esperpento político llamado Renán Becerra. Decidido estaba a honrar a su viejo convirtiéndose en el alcalde de aquella comuna, pues si el dinero logró llevar al sillón alcaldicio al tal Becerra, un empleadillo cualquiera que conoció fugazmente muchos años atrás cuando le vio trabajando en el bufete talquino, con mayor razón podría llevarle a él a convertirse en la primera autoridad comunal de aquel aislado territorio. Las Calandrias sería entonces el lugar de su postulación.

“Descansa en paz, papá... cumpliré tu sueño”, fueron las últimas palabras que Juan Martín dedicó a su progenitor en el preciso momento que el ataúd se deslizaba ruidosamente dentro del nicho. Catorce balazos y veinte fuegos de artificio acompañaron al ‘Huacho’ en su viaje a la eternidad, mientras su único hijo seguía pensando en Las Calandrias.

Mientras ello ocurría en el camposanto curicano, muchos kilómetros al sureste, en Las Calandrias, el alcalde iniciaba una reunión con un grupo de profesores pertenecientes a las cinco escuelas públicas que estaban bajo la férula del municipio. En los últimos cuatro años, Becerra había sostenido soterrada lucha con doña Estercita Salvatierra, directora de la escuela “Héroes de la Patria” debido a que nunca se sometió a los dictámenes ególatras del edil. “Soy leal al sistema educacional municipal, cuente siempre con ello, pero no soy incondicional de nadie”, le aseguró la dama en varias oportunidades. Era un hueso duro de roer que, además, contaba con el aprecio y apoyo de centenares de personas, amén del alumnado que la adoraba. Para colmo de males, en detrimento del alcalde, doña Estercita contaba con varios premios a nivel regional y nacional en su calidad de docente. Aún más, era autora de

textos escolares que usaban muchos colegios en el país. Él la odiaba, pero por sobre todo la respetaba y le temía. Su único deseo objetivo consistía en quietarle la dirección de la escuela y recluirla en algún lugar donde no tuviera apoyo popular para levantarle un escenario electoralmente desfavorable. No podía dejar de lado tampoco que ella era la esposa del propietario de la radioemisora, el insoportable Jacinto Neira

Los comicios estaban a la vuelta de la esquina, en un año más, y por cierto trataba de minimizar riesgos y alentar a los suyos a objeto de conquistar un cuarto período alcaldicio. Doña Estercita era un estorbo que creyó menor, sin embargo la situación se encorajinó en el mes de septiembre cuando ella, en su calidad de directora del establecimiento educacional, puso en escena una parada militar infantil en la que participó todo el alumnado de la escuela, y que se llevó a efecto en la cancha del Club Deportivo “Misael Escuti” ante la presencia de un público que superó el millar de asistentes. Becerra no quería que ese evento se realizara. Le escocía el hígado tener que asistir a una parada militar, aunque ella fuese infantil... trató de impedirla pero no lo consiguió; entonces ordenó a doña Estercita que los alumnos y alumnas no portaran ‘armas’ en aquel evento.

“Son juguetes, de plástico”, retrucó la directora, añadiendo que los apoderados habían hecho un enorme esfuerzo económico preparando trajes y adquiriendo tales juguetes. No, no y no.... la parada infantil debía hacerse sin “armas” porque ello recordaba los siniestros años de la dictadura militar. Ese fue el acuerdo que a pesar de su propia opinión doña Estercita respetó sin ambages.

Pero, al día siguiente, en su programa en la radio talquina, Becerra rompió los moldes. Atacó ferozmente a la directora acusándola de “incentivar la violencia en la escuela”, y luego, con una soltura de cuerpo basada en el poder absoluto que creía tener, le endilgó el epíteto de ser ella una especie de ‘terrorista’ que actuaba mañosamente en la educación pública. La directora acudió a la radio de Las Calandrias junto a la directiva del centro de padres y apoderados de su escuela para conversar con Jacinto y exponerle detalladamente el asunto. Ardió Troya.

<<Hace menos de un mes, en el jardín infantil municipal, los pequeñitos efectuaron una presentación en la que el toqui Lautaro y sus bravos guerreros mapuche enfrentaron al invasor español. Usted, señor alcalde, estuvo presente y premió a los niños. Pues bien, en tal presentación los ‘españoles’ llevaban arcabuces, de juguete obviamente, y los mapuche estaban armados con lanzas, arcos, flechas y macanas. ¿Por qué no se opuso a esas ‘armas’, pero sí lo hizo con los niños que efectuaron la brillante parada militar en el ‘Misael Escuti’? Ah...ya tengo una explicación; en el jardín infantil su directora dice ‘amén’ a todas las sandeces y bestialidades que usted lenguajea, en cambio en la escuela ‘Héroes de la Patria’ no ocurre lo mismo. Es que usted, alcalde, no quiere lealtad, usted exige incondicionalidad, lo que es típico de todo dictadorzuelo de pacotilla”>>

Las palabras de Jacinto Neira ante los micrófonos de la radioemisora durante el programa “Hora de Trifulca” calaron hondo en el ego del edil. Faltaban cuatro días para su asistencia al programa que rentaba en la radio de Talca, por lo que le pareció necesario reunir a los profesores de todas las escuelas de la comuna y retrucar a Jacinto y a doña Estercita.

En el gimnasio municipal, ante la asistencia de ciento treinta profesoras y profesores, como también frente a cuarenta asistentes de la educación, trató de defender su endeble posición. Habló latamente respecto de mil cuestiones, muchas de las cuales -la mayoría en realidad- no guardaban relación con la docencia. Y sin esperar opinión, pues odiaba que se le interrumpiera cuando discursaba, muy suelto de cuerpo y sin reparar siquiera que sin pena ni gloria había terminado su educación media, manifestó a los docentes que le escuchaban: “las políticas de educación que “*tinimos*” en las escuelas de esta ‘*municipalidad*’ las pongo yo, y a mí *nadien* me viene con ‘*huevadas*’ porque soy la primera autoridad comunal”, lo cual estuvo a punto de provocar un torrente de carcajadas en el auditorio, pues para todos resultaba conocido que él leía mal, no entendía lo que leía, escribía pésimo y cuando decidía hablar en público desataba la vergüenza de sus propios lacayos. Además, como bien era sabido, tales políticas las colocaba única y exclusivamente el estado docente, vale decir, el Ministerio de Educación, a nivel nacional.

- Este esperpento jura que la comuna de Las Calandrias nació cuando él llegó –la frase del profesor Osvaldo Fontecilla quedó flotando en el ambiente cual nube tóxica.

Sin embargo, Becerra abandonó el gimnasio municipal creyendo a pie juntillas que su perorata había sido un éxito y que él era, realmente, el rey de la comuna. Ello le pareció ser corroborado por la presencia llorosa de Ermelinda Cáceres, quien desde hacía horas le esperaba frente al ingreso de la oficina alcaldicia con actitud compungida. Venía a implorarle ser contratada nuevamente. Ofrecía a cambio una incondicionalidad perruna, enfermiza, detestable. Para desgracia de ambos, Jacinto Neira había seguido a Becerra desde el gimnasio municipal, pues deseaba sacarle declaraciones que usaría luego como antecedentes válidos para sus acusaciones; por ello se encontraba cerca del lugar, y logró escuchar la imploración de la ex Dideco. El viejo periodista sólo tomó nota, y sonrió. Sabía que tarde o temprano lo que recién había observado le sería de gran ayuda. Con Becerra se requería andar con pies de plomo, pues el tipo se distinguía por sus cualidades de felón, mentiroso y vengativo. Además, la Cáceres era una verdadera víbora, y como tal, una yanacona ante quienes tenían cierto poder. En su libreta de apuntes, Jacinto subrayó la frase que ella le susurró al alcalde: “le seré fiel hasta las últimas consecuencias y le seré también leal como un doberman”.

- Bueno, retoma tu cargo en la Dideco, pero tu marido se va cagando de la muni... a él no lo quiero ver ni en pintura, no me sirve pa “niuna” *huevía*.

La decisión del alcalde provocó una pueril sonrisa en la mujercita. Jacinto barruntó que esa cara de satisfacción obedecía a que Raulito ya estaba en Talca, lo que en el lecho de la dama quedaba disponible el espacio que deseaba reservar para otro hombre.

- Además de mentir y engañar, ambos predicán moral –murmuró ácidamente el periodista cerrando su libreta y escabulléndose del lugar con su cuerpo pegado a la muralla.

Camino a la radioemisora pensó que tal vez era el momento de pasarle la factura a ese par de víboras corruptas que tenían subsumida la libertad de expresión y la democracia en la comuna. Por ello, decidió preparar un

programa especial para relatar a través de los micrófonos en ‘Hora de Trifulca’ algunas verdades que los habitantes de Las Calandrias no conocían, y además, ni siquiera imaginaban posibles de existir.

Al día siguiente, el periodista lanzó al aire aquel programa especial. No escatimó detalles. Fue así que las tan voceadas y auto publicitadas imágenes personales de la asesora, Ermelinda Cáceres, y del edil, Renán Becerra, se fueron al tacho de la basura a los pocos minutos de haber terminado “Hora de Trifulca”.

El escándalo explotó en el municipio, y la misma comunidad de Las Calandrias barruntó que los personajes involucrados en la saga de inmoralidades y corruptelas la habían tenido engañada durante años. Ya se los había advertido el sagaz Labraña, hijo de acciones políticas similares en las que nunca salió bien parado; pero Becerra resultó ser más tozudo y estúpido de lo que podía sospecharse. Y doña Ermelinda, ni hablar... pobre mujer que creyó ganarse el cielo político con su incondicional fervor por su jefe, un edil cuyas características fundamentales era creer que el eje del mundo pasaba por su ombligo y que la gente de Las Calandrias nadaba en la ingenuidad, la desinformación y el analfabetismo.

Los hechos se sucedieron lentamente, amasando una recocida tortilla de celos políticos y ataques a mansalva paridos por el egocentrismo de la primera autoridad comunal. Renán Becerra siempre impetró a Jacinto contar con un programa especial en la radio para destacar lo que él llamaba “la perfecta conducta del bienhechor alcalde que sacó a Las Calandrias de su retraso decimonónico”, cuestión que por cierto distaba absolutamente de la realidad, y que el periodista se negó una y otra vez de llevar a cabo.

Entonces, de golpe y porrazo, Becerra comenzó a ningunear públicamente a don Jacinto... y como Ermelinda creía que la incondicionalidad era el mejor soporte de una acción profesional en cuanto a su calidad de funcionaria ‘de confianza’ del edil, se sumó a los ditirambos del alcalde e inició también soterrados ataques al viejo locutor, pese a que ni siquiera había sostenido con él conversación alguna.

La cuestión pasó a mayores cuando el edil acusó a doña Estercita de ser una especie de ‘terrorista amante de la violencia’ porque ella había realizado en el mes de septiembre una exitosa brillante actividad patriótica y festiva con sus alumnos de enseñanza básica. De inmediato Ermelinda se metió gratuitamente al baile y procedió a insultar a doña Estercita frente a los padres y apoderados de esa escuela, quienes cerraron filas junto a la docente, lo que el periodista mencionó en uno de sus programas.

Disgustada a rabiar por tal situación en la que su jefe salía mal parado, Ermelinda aumentó sus histerias atacando de lleno a don Jacinto, a quien calificó de ‘ocioso’, ‘viejo de mierda’, ‘locutor de tercera’, “escritor de cabaret”, según contaron algunos funcionarios municipales que habían escuchado a la asesora despotricar contra el vejete de la locución.

Todo ello adquirió tonos mayores el día que Ermelinda, en un arranque de soberbia escudada en su cargo público (cargo tan endeble como una hoja sacudida por el ventarrón ya que dependía exclusivamente de la voluntad y del humor del edil), manifestó ante un grupo de incondicionales al alcalde que sería estupendo que “alguien bien hombre le pueda dar una buena paliza a ese vejestorio que se cree articulista”. Por cierto, en menos de dos horas el periodista-locutor fue informado de aquello.

Volvió a arder la pradera. Jacinto perdió la paciencia y en su programa radial aseguró que no temía a las amenazas públicas expresadas por Emerlina Cáceres, “una mujercita cercana a la nada misma, vulgar yanacona del edil que bailaba al ritmo que este le imponía”. No contento con ello, transcribió lo anterior en las redes sociales.

Herida por un sable sin remache, Ermelinda acusó al viejo Jacinto de ser un misógino, un abusador, un tipejo que barría el suelo con la imagen de una mujer que “había entregado su vida al servicio público”. Obviamente, los siempre desavisados seguidores de Becerra hicieron causa común con las histerias de la asesora, desplumando a Jacinto sin siquiera escuchar la versión que él podía entregarles sobre ese asunto.

- Esto se va a poner muy feo, lo puedo dar firmado –dijo el Chumbarata sorbiendo de un solo golpe el aguardiente que el sempiterno mesonero,

Javierito, le había puesto sobre la barra del bar “Tres Esquinas”- Conozco bien a Jacinto y sé que ahora se va tirar a la piscina sin traje de baño.

- Si don Jaci decidió dar la mocha, seguramente debe tener datos sabrosos, de otra manera nunca se habría metido a responderle a Becerra y a la ‘llorona’ Cáceres –argumentó el ‘Pellizco’, esperando el invite a degustar otro vasito de licor de parte de su ‘corril’ porque le avivaba la cueca.

Y así fue. En un programa especial –muy esperado por los auditores de Las Calandrias- Jacinto se tiró al agua sin salvavidas. En ese programa de la radio local, el viejo locutor desnudó lo que pocos sabían, pero que ahora les cambiaba radicalmente la opinión primigenia sobre lo sucedido. Quienes sintonizaron la emisora aquel día, escucharon y supieron la dura opinión del viejo periodista, emanada de sus propios labios.

Otro de los ‘históricos’ socialistas del pueblo, el ‘Cáchame esta muela’, junto al mismo Becerra, grabó el programa radial “Hora de Trifulca”. Todo lo dicho allí por el viejo Jacinto corrió como reguero de pólvora a lo largo y ancho de la comuna. Quien quisiera escuchar la grabación se enteraba entonces de lo siguiente:

<< Las redes sociales son de gran utilidad para realizar investigaciones respecto de variados temas. Uno de ellos es el de la Memoria Colectiva, cuya hipótesis plantea que esa Memoria es similar a la apreciación de un encuentro de boxeo, donde generalmente gran parte del público queda con la impresión de lo observado en el último round y olvida o soslaya lo sucedido en los anteriores.

<<Lo que yo comenté respecto de doña Ermelinda Cáceres en mi cuenta personal de Facebook, obtuvo de inmediato una saga de comentarios cuestionando duramente mi actuar, lo que me parece absolutamente correcto, pero ello permitió comprobar que la Memoria Colectiva es débil y de corto plazo, pues lo que manifesté en ese sentido es parecido (aunque de tono muy menor) a lo que la señora Cáceres experimentó cuando el alcalde Renán Becerra la reprendió a viva voz -y ante terceras personas- con palabras soeces e insultantes, groseras, inaceptables, culpándola de haber permitido que el concejal ‘Momo’ Salaberry lo hubiese seguido hasta el conocido motel ‘Bésame Mucho’, donde el señor Becerra disfrutaba de la compañía de una

joven funcionaria del municipio. Además, alguien cuyo nombre desconocemos, avisó de estos líos a la esposa del alcalde, quien se apersonó en las puertas del motel para encarar a su marido habiéndole sorprendido junto a una de sus amantes.

<<Al regresar a Las Calandrias, Becerra insultó violenta y groseramente a doña Ermelinda, y la desvinculó laboralmente del municipio, aunque tiempo después volvió a contratarla, cuando ella regresó dispuesta humillarse, sin decoro alguno, ante el libidinoso y corrupto edil para lograr ser reincorporada a la municipalidad.

<<El asunto es que en ese durísimo altercado, Ermelinda Cáceres nada dijo, guardó silencio y ni siquiera protestó porque su calidad de mujer había sido arrastrada por el suelo, pisoteada y basureada. Tampoco protestaron quienes supieron del asunto ni quienes estuvieron presentes en el altercado. Todos agacharon la cabeza aceptando cobardemente la violenta, dictatorial y grosera reprimenda que el alcalde le dio a una mujer. Además, los propios funcionarios municipales adictos a Becerra guardaron cómplice silencio y no defendieron la dignidad de una de sus compañeras de trabajo, la cual había recibido una andanada de groserías e insultos machistas de grueso calibre por parte del edil.

<<Lo dicho, la Memoria Colectiva es de corto plazo, y es débil. La epidermis de doña Ermelinda es blandengue ante las opiniones y comentarios de personas sin poder político local, pero es gruesa cual piel de cocodrilo ante los insultos y *puteadas* que le endilga Becerra, su amado jefecito>>

Labraña escuchó el programa radial esa mañana en el emparrado patio trasero de “La Guindalera”, y sólo arrugó el ceño, bajando la cabeza mientras permanecía en silencio largos minutos. Abrió su pequeña Biblia y fijó la vista en una de sus páginas. Pareció leer algo durante algunos interminables segundos; luego, cerró el sagrado libro y suspiró con fuerza lanzando una bocanada de aire que señalaba cansancio, hastío, pero sobre todo, desesperanza.

- La situación de la ‘llorona’ es complicada... creo que lo mejor será conversar con el porfiado Jacinto para que llegue a un buen acuerdo, un

acuerdo de caballeros, con Becerra, un acuerdo que deje tranquilas y contentas a ambas partes –susurró casi para sí.

- El Renán queda más mal parado que la cresta –arguyó el ‘Pellizco’, siempre dispuesto a ganar un trago cuando intervenía en conversaciones ajenas- Es machista a cagarse el huevón... y es más bruto que un mulo ‘acalorao’.
- Es peor que eso, compañero... ha comenzado a correrse la voz asegurando que tiene serias limitaciones... y que algunos de sus asesores, como la “llorona” Cáceres, le hacen más daño que beneficio. Esto se pone muy re contra feo, y sólo ayuda a nuestros adversarios políticos.
- Pero, cresta... políticamente hablando don Jacinto es uno de los nuestros -terció el Chumbarata.
- Claro que lo es, pero en esta pasada, el alcalde y la tontorrón de la Cáceres hicieron lo imposible para que este escándalo juegue en contra nuestra. Y vaya uno a saber qué otras cosas peores y más graves conoce Jacinto del edil... nunca debemos olvidar que ese viejo cuenta con el ‘correvedile’ que le soplan algunos de los propios asesores de Becerra aburridos de su tiranía. Además, tiene conexiones directas con periodistas de Talca y de Santiago... ya lo dije, esta huevada se pone cada vez más fea para el partido. La torpe Ermelinda despertó a un gigante dormido. Ahora tenemos que apretarnos el cinturón y los cachetes.
- ¿Usted va a ir a una nueva conversa con el alcalde?
- No, Chumbarata... iré a Valparaíso, al Congreso Nacional, a conversar con el senador Juan Saulo Leculñir. Mi querido amigo, el exalcalde derechista Anselmo Piña financiará gustosamente ese viaje, estoy seguro.
- ¿Y después va a venir a corregirle la plana al alcalde?
- No, amigo y compañero...después regreso a Puerto Varas. No quiero estar presente cuando en mi pueblo natal comiencen los coscachos y las peleas a navajazos. Regresaré a mi templo sureño en Ensenada donde pediré a Jesucristo que ilumine a los calandrinios. Sólo él puede salvarles.

CAPITULO NOVENO

La misma tarde que Jesús Labraña emprendió viaje hacia la ciudad de Valparaíso, en el popular restaurante “La Guindalera”, hacía su entrada un trío de individuos que resultaron desconocidos para la mayoría de los *habitués* del lugar. Mas, no así para el Pellizco y el Lenguado que disfrutaban de un botellón litrero de vino tinto junto a una tabla de quesos, pickles y salame en la mesa más alejada de la puerta de ingreso de la taberna. Ronaldo Moraga –el Lenguado- fue quien reconoció a uno de los recién llegados, y dándole a su compadre Pellizco un leve golpe en el brazo le señaló con una mueca mirar hacia la entrada del restaurante. “¿Sabís quién es?”, preguntó a su acompañante.

- Meh...claro que sé, poh. El hijo del finado 'Huacho' Uribe...¿cómo es que se llama?
- Juan Martín...
- ¿Qué no vive en Santiago?
- En Molina.
- ¿Qué quiere por estos pagos, en qué movida anda?
- En nada bueno, de eso no tengo dudas. Y cáchate la pintita de sus acompañantes. No me gustaría toparme con ellos en una noche oscura...
- Yo encuentro que tienen buena pinta...andan bien 'terneados', y con corbatas.
- P'tas...despierte compadre Pellizco. Esos *gilcunecos* son patos malos. Estoy seguro que andan con fierros por muy *terneados* que estén.
- ¿Con fierros? Los deben haber dejado afuera, porque no los veo.
- Fierros, compipa...fierros...revólveres, pistolas. ¿En qué mundo *vivís* Pellizco por Dios?
- Chuata...entonces son del lote de narcos de las pandillas que manejaba el 'Huacho'.
- Son...seguro que son.

Los tres recién llegados tomaron asiento junto a la mesa más cercana a los servicios higiénicos. Uno de los mozos del restaurante se acercó para atender el pedido correspondiente. El Lenguado miraba la escena con ojos de halcón, pero el oído de zorzal del Pellizco descifró el asunto. “Café, cerveza, agua mineral y tres chacareros...eso pidieron”. A Ronaldo Moraga le agradó poco lo que su amigo transmitió, y sin titubeos comenzó a levantarse de su silla.

- Pa’onde vai, Ronnie? –el Pellizco sabía a dónde quería ir su acompañante, y por ello sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral- Ten cuidado con esos gallos, no son de fiar.
- Calmado, compadre, voy a saludar a Juan Martín y a darle la bienvenida.
- ¿Pero, vos lo conocís?
- Sí, poh...trabajé pal ‘Huacho’ hace más de 10 años; una pega ocasional no más, de construcción, estucando y pintando unas paredes en su casa de Talca...bueno, en Molina realmente. Ahí estaba este cabro Juan Martín.

Durante más de cuarenta minutos el Pellizco debió armarse de paciencia frente a una vacía botella de vino esperando el regreso de Ronaldo Moraga, quien conversaba animadamente con los tres individuos que estaban en la mesa cercana a los baños. Les vio reírse y dar manotazos de amistad como si hubiesen sido viejos camaradas. “¿De qué estarán hablando tan animados?”, se preguntaba, preocupado no sólo por la suerte que podía correr su amigo del alma, sino también porque esa botella de vino seguiría vacía mientras él no regresara a la mesa. En esos casos, que se repetían una y otra vez en su vida, era cuestión habitual que la boca se le resecara, a la vez que algo indescifrable rasguñaba el vientre –y el alma- implorando por un buen trago. “Maldita sed, y uno sin ni cobre”, refunfuñaba. Además, la llegada de aquellos sujetos constituía una buena información que alguien agradecería. Dio un pequeño brinco sobre su silla y abriendo los ojos pareció despabilarse, al tiempo que murmuraba tan complacido cual si hubiese descubierto la fuente de la juventud. “Eso, poh...la noticia la tengo yo y puedo ser el primero en darla a conocer a quien esté dispuesto a escucharla...y a retribuirme con un buen botellón”.

Sin pensarlo dos veces, abandonó el local tomando rápido rumbo al centro del pueblo. Ya tenía claro quién iba a ser su primer auditor. Adivinaba un pack de cervezas en su futuro inmediato. Apuró el paso. En ese mismo momento, el sector de Lo Marchant quedaba sin suministro de agua, cuestión que acarrearía a la comuna nuevas y delicadas circunstancias.

El Lenguado vio salir a su amigo y no hizo intento de detenerlo. Supuso que se había aburrido de esperarle y optó por regresar al centro del pueblo. Además, su conversación con Juan Martín había llegado a un punto que resultaba imposible obviar. Miró con ojos recelosos a sus interlocutores e inhaló suficiente aire para llenar sus pulmones en aquel lugar donde el humo de los cigarrillos oscurecía el ambiente.

- ¿Estás hablando en serio?
- ¿Alguna vez he bromeado con las cuestiones importantes?
- No, claro que no...al menos yo no recuerdo haberte visto chacoteando. Siempre fuiste un cabro serio. Incluso tu taita –que en paz descanse- nos decía allá en Molina que *estabai* estudiando pa' ser Dios. Pero esta es una sorpresa mayúscula, poh, gancho. Yo no sé cuál es tu plan de campaña, pero supongo que *tenís* claro que por estos rumbos careces completamente de redes.
- Soy el hijo de Julián Uribe, y eso es suficiente información para una campaña. ¿O me vas a decir que estoy equivocado?

El Lenguado demoró su respuesta. ¡Claro que estaba equivocado! No basta ser hijo de un conocido narcotraficante para obtener el sufragio mayoritario de la población en unos comicios. Juan Martín se percató de las dudas que circulaban por la mente de Ronaldo Moraga y trató de despejarlas con un nuevo argumento.

- Además, cuento con el apoyo irrestricto del senador Leculñir y de quien fuera amigo personal de mi padre, el diputado Manuel Munita. Ambos patrocinan mi postulación a la alcaldía de Las Calandrias. Y si no estoy equivocado, en la última elección el diputado Munita fue primera mayoría en este distrito.

El Lenguado dio un nuevo respingo sobre su silla abriendo los ojos y mostrando en su mirada una sorpresa que escondía incredulidad. El rictus de su cara adquirió visos de comicidad provocando una espontánea sonrisa en los acompañantes de Juan Martín, quien mantenía seriedad dándole a sus palabras una pretendida fuerza.

- Pero, ellos, senador y diputado, son socialistas –tartamudeó el Lenguado.
- ¿Tienes algo en contra de los socialistas, amigo Ronaldo?
- No, por supuesto que no; yo también soy socialista, no de partido, pero sí de hecho. La cuestión es que el actual alcalde, Renán Becerra, pertenece a ese mismo partido, y al igual que tú cuenta con el apoyo del senador. Entonces, no entiendo mucho esta situación.

Cuarenta minutos después, Ronaldo Moraga caminaba sin mayor prisa rumbo a su hogar. Le habría apetecido fumar un cigarrillo en ese momento, pero había abandonado el vicio quince años atrás. Tal vez el tabaco hubiera podido ahogarle sentimientos de dolor. Negros pensamientos revoloteaban en su cabeza, pues barruntaba malos tiempos para su querida comuna. Pero, no tenía tabaco, ni tampoco soluciones para los gordos líos que comenzarían a asfixiar a los habitantes de Las Calandrias. “Mañana contrataré en la radio local tres horas a la semana para hacer campaña, y convencer a los ‘calandrinios’ cuán importante y beneficioso será para ellos y para la comuna votar por mí en las próximas elecciones”. ¡Votar por el hijo de un narcotraficante que, bien era sabido, heredó a plena voluntad los negocios ilícitos de su padre! ¿Ese delincuente podría ser el reemplazante del corrupto Becerra? “Zafarse de un ladrón para caer en manos de un narcotraficante”- soliloqueó- “Lindo panorama”. ¿Es que no había nadie mejor en Las Calandrias para tomar el bastón de mando comunal, y se verían obligados a elegir entre dos alternativas igualmente despreciables?

Sabía que el viejo pastor, Jesús de los Carmelos Labraña, poco y nada avanzaba en sus intentos por convencer al tozudo alcalde de tener un cambio drástico en su comportamiento y en sus ambiciones. “Renán se ha hecho millonario sentado en el sillón de la alcaldía, y no ha sido de manera legal; por eso mismo está amarrado a ese cargo los próximos cuatro años, ya que debe ‘lavar’ el dinero que durante más de una década ha conseguido de

manera turbia e ilegal”. Las palabras de su amigo Anselmo Piña, ex edil de la comuna, le machacaban la mente como si fueran emitidas a través de un megáfono. Y no era broma ni despropósito. Anselmo no hablaba por boca de ganso. Sabía lo que decía, ya que conocía detalladamente la forma en que debía administrarse un municipio. Bacerra era un ladrón de siete suelas.

El Parque Comunal ‘Las Trancas’, el puente “El Encanto”, que conducía al cementerio local, el estadio Municipal, la construcción de viviendas en el sector de San Arcadio, donde la escandalera era grande porque el alcalde decidió adquirir los terrenos para esas casas –con dineros fiscales vía Ministerio de la Vivienda-, cuyo propietario era uno de sus incondicionales compañeros de tropelías económicas, quien lo vendió –al fisco, por supuesto, a través del visto bueno municipal- en una cantidad que era cuatro o cinco veces superior al valor comercial. Se decía a viva voz en el pueblo que en ese negociado inmoral –perjudicando abiertamente a dos comités de vivienda que se deslomaron trabajando durante cinco años para obtener la ansiada casa propia- Becerra se agenció un buen porcentaje del dinero fiscal... además, los futuros propietarios de los inmuebles se quejaban porque estos se ubicarían en un lugar muy alejado del centro de la cabecera comunal, pese a que el finado Lolo Cruchaga había ofrecido al alcalde un enorme terreno de su propiedad, cercano al mismo edificio municipal, a menor precio y con enorme plusvalía. Becerra dijo ‘no’ a tal oferta, ya que con ella no ganaba un solo peso para engordar su cuenta personal.

Y lo peor de todo, lo que comenzó a herir el orgullo de los calandrineros, fueron las declaraciones manifestadas por Becerra a través de las ondas de la radioemisora talquina diciendo que, prácticamente, “él había sacado a Las Calandrias del atraso llevándola a la edad moderna”, negando de una plumada la rica historia de la comuna, quemando además sus raíces folclóricas.

Después vino todo aquello de la locura erótica del edil, quien sin reparar en las consecuencias de su actuar, practicaba el doble juego de la oferta de trabajo a cambio de actividad sexual, lo que le permitió llevar a su cama a muchas mujeres mediante el ofrecimiento de ubicarlas laboralmente en alguna de las dependencias municipales. “Está enfermo del mate” –dijo en su momento el doctor Lavalle, jefe del Consultorio de Salud. Y los hechos

parecían darle la razón, asunto que irritaba al Director del Departamento Municipal de Salud, Calixto Celis, amigo del alcalde quien fue instalado en ese cargo por el edil porque este sabía que podía contar con su incondicionalidad perruna. Así era Renán Becerra; exigía lealtad más allá de la misma lealtad, y castigaba con inmediato desempleo a quienes no respetaran ni cumplieran tamaña exigencia...aún si se tratase de algunas damas con las cuales había yacido en las camas del “Bésame Mucho”.

Mascullando negros pensamientos, el Lenguado arribó finalmente al único lugar donde creyó poder sentirse tranquilo para vaciar sus amarguras y pedir consejos sin experimentar arrepentimientos posteriores, ni tener que soportar dolor en su alma de izquierdista en serio. Rebeca lo recibió con gesto de extrañeza, pero amablemente.

- Vaya qué sorpresa...Ronaldo Moraga...algo está pasando en este pueblo...ayer vino el Pellizco acompañando a esa historia viviente del socialismo local, don Jesús Labraña, y ahora aparecen tú. Y lo hacen por separado. ¿Qué está ocurriendo en este macondo olvidado por la mano de Dios? ¡No me digas que esa amistad se terminó!
- No se burle Rebequita, no están los ánimos para chacotear. Mis desgastados huesos preconizan malos momentos. Necesito discutir algunas verdades con usted. No se preocupe, se trata de verdades referentes al pueblo.
- ¿Por qué conmigo, Ronaldo? –Rebeca le miraba de soslayo enarcando las cejas al tiempo que le invitó a ingresar a la oficina del taller- Podría haber ido a casa de don Anselmo Piña, él tiene más ‘electricidad’ con usted para las cosas que supongo desea plantear.

El Lenguado esbozó una tímida sonrisa plena de cansancio espiritual, y una vez que estuvo al interior de la oficina, exhaló aire ruidosamente mientras movía su cabeza cana en actitud de negación.

- Mis amigos tienen el mismo pensamiento mío en los temas que deseo conversar con usted; además, son tan viejos como yo, pero nuestro número va decreciendo dramáticamente. Ahora las esperanzas de muchos calandrineros están puestas en ustedes, los jóvenes, que son

mayoría y tienen la fuerza necesaria para un mejor futuro de nuestra comuna.

Apenas había terminado de hablar y apareció desde las proximidades de la cocina el viejo Jacinto con dos enormes vasos repletos de mote con huesillos. Ofreció uno al Lenguado y tomó asiento a su vera, al mismo momento que Rebeca preguntaba:

- ¿No te molesta que nuestro querido amigo esté con nosotros, o es demasiado íntimo y personal lo que vienes a conversarme?

¿Qué hacía el periodista allí? Buena pregunta, pero, en fin, mejor era contar con su presencia, pues lo que deseaba discutir bien valía más orejas y más cerebros que un simple par. Levantó su vaso de mote y huesillos emitiendo una sonrisa de aceptación.

CAPÍTULO DÉCIMO

Una comuna requiere de una administración. Eso es innegable. Un municipio es la aguja que borda, cose y zurce el paño comunal. A su vez, esa aguja requiere hilo para hacer su trabajo. Y el hilo es el alcalde. En el pueblo se sabía que Rebeca lanzaría su candidatura oponiéndola a la del edil, y que este haría las de quico y caco para impedir que la campaña de la joven pudiese prosperar. Sin embargo, el Lenguado traía en sus manos otra historia, la cual ponía nuevos aderezos al asunto. .

- Pero, parece que ya tenemos tres hilos para una aguja –sentenció Ronaldo Moraga, logrando que Jacinto enarcara las cejas en inequívoco gesto de sorpresa. Y así lo hizo ver.
- ¿Tres hilos? Hasta ahora eran sólo dos. Rebequita y Corcuera.
- Mish...¿hay un tercero en discordia? –preguntó la jefa del taller con aire divertido.

Quince minutos demoró Moraga en relatar lo acontecido en ‘La Guindalera’ esa tarde. De inmediato, una atmósfera de preocupación se instaló

en la salita donde conversaban los tres amigos. Rebeca fue quien abrió la ronda de preguntas.

- ¿Y al hijo del ‘Huacho’ Uribe lo apoya algún partido político?
- Sí, el senador Leculñir y el diputado Munita –respondió el Lenguado.
- La transversalidad de la mafia política en acción...y acá en Las Calandrias, para colmo de males –se quejó Jacinto, agregando de inmediato- : no quiero imaginar el listado de inútiles que llevarán como acompañantes, es decir, como candidatos al Concejo Municipal. Dios santo...¡un narcotraficante podría convertirse en nuestro alcalde, y con la venia de dos importantes partidos políticos! Queremos zafarnos de un corrupto y tirano, para caer en las fauces de un delincuente. Este país está jodido.
- Es que la corrupción tiente más que una cucharada de miel –apuntó el Lenguado, aunque en su mente aquello de ‘cucharada de miel’ podía significar también “copa de buen vino”.
- Supe que el viejo pastor evangélico, Labraña, viajó a Valparaíso para conversar con el senador. No creo que esté al tanto de esta nueva candidatura, la de Juan Martín Uribe. Me parece que ese viaje es una pérdida de tiempo.
- Así creo yo también, don Jacinto –Rebeca se apresuró en contestar- Leculñir está jugando sobre seguro. Apuesta a Becerra y a Uribe. Sea cual sea quien triunfe, él seguirá teniendo en sus manos a Las Calandrias.
- Tú eres nuestra alternativa, y por ello me parece oportuno comenzar a revelar estas cuestiones en mi programa. Prepararé una hojita y mañana, en el horario del medio día, la leeré para que no sólo en Las Calandrias lo escuchen, sino especialmente para que en Talca los cabrones de esas dos tiendas partidistas comiencen a tomar caldo de cabeza.
- Váyase despacito por las piedras, don Jaci –dijo el Lenguado con evidente preocupación- Ya tiene como enemigo al alcalde, que es arrogante, vengativo y traidor...y ahora le va arrastrar el poncho a un huevón que dispara antes de preguntar. Cuidado con el Juan Martín, lo conozco desde que era potrillo, y siempre fue quisquilloso, soberbio y

matón. Pa'peor, anda con dos gorilas que de seguro tienen en su cuenta personal a más de alguien enviado "a la otra orilla".

- Amigo Moraga, la prensa no calla porque a alguien le disguste lo que debe decir. Para eso está. Para decir la verdad, para informar y para alertar.
- Si usted lo dice poh, don Jaci, así no más ha de ser. De todas maneras, si le parece bien, puedo comunicarme con mi primo, el Tulio, y pedirle que se venga a arrancar unos días en mi casa para protegerlo a usted. Él me debe muchazos favores, y si lo llamo, fijo que llega en menos de tres tiempos. Usted dirá...

El periodista dio un respingo al escuchar el nombre del primo del Lenguado. Se esforzó por no pronunciar palabras que pudiesen resultar hirientes a su contertulio, sin embargo pudo más su perenne actitud de llamar pan al pan y vino al vino. Era su naturaleza.

- ¿Tu primo Tulio 'de las torcazas'? ¿Qué no estaba 'precioso' en la cárcel de alta seguridad de Santiago por homicidio?
- Chante la moto don Jaci, no le ponga tanto cilantro al tomate. Al Tulio lo agarraron los 'ratis' porque se trenzó a lo que es cuchilla con el "Loco Morsa"...fue una pelea digna, de machos, de igual a igual. Y no lo mató, sino que le dibujó un mapa en el pecho. Le dieron dos años y está con libertad vigilada, pero igual no más puede venir p'acá si lo llamo.

Intempestivamente, Rebeca se puso de pie adoptando un aire de patrona de fundo, segura de sí misma, con mirada centelleante y voz firme.

- Ronaldo, trae a tu primo...lo vamos a necesitar. Al menos, su sola presencia le mojará los pañales a Becerra y hará dudar a Uribe de sus posibles planes, aunque hay una duda que me molesta...
- ¿Y cuál sería, por saber no más, *sita* Rebeca?
- Mis hermanos, Pablo y Marcelo. En fin, ese es un problema que yo y sólo yo debo resolver –fijó su mirada en Jacinto, luego en Moraga-Ronaldo...tráelo, pero que no intervenga en nada, absolutamente en nada.

Tal como lo había prometido la tarde anterior en la salita del taller de los hermanos Cantallopts, el viejo Jacinto hizo diana, punto y triunfo ese mediodía con su programa ‘Trifulca’, pues se lanzó al océano de la contienda política con la certeza de provocar un verdadero sismo con sus palabras. Además, era precisamente lo que deseaba.

Con voz engolada por la ironía, embadurnó el micrófono con la lectura de una hojilla que había preparado concienzudamente la noche anterior. A través de las ondas radiales, las palabras del periodista remecieron el ambiente. En la Escuela ‘Héroes de la Patria’, Estercita, su señora, había sintonizado la emisora, y subiéndole el volumen al aparato de radio permitió que toda la comunidad educativa escuchara lo que su esposo tenía que decir. También escuchaban atentamente en el Motel ‘Bésame Mucho’, la Madame y la propia Gianina. Ni hablar de cuántos estaban atentos en el Consultorio de Salud y en la municipalidad, donde siempre sintonizaban “Hora de Trifulca”. En la soledad de la oficina del alcalde, la voz de Jacinto sonaba estruendosa, a pesar del bajo volumen conque Becerra le escuchaba diariamente. Lo mismo ocurría en un pequeño dormitorio de una casona en Talca, donde Raulito mordía sus penas y escuchaba al viejo periodista.

<<Amables y queridos auditores de Las Calandrias y de Talca, ya es hora de desnudar a los politicastos que falazmente dicen ayudar al pueblo, porque cada día la situación empeora y es más delicada en la mayoría de los 345 municipios existentes en el país, y de manera muy especial en aquellos que pertenecen a comunas pequeñas y rurales.

<<¿En qué momento de nuestro proceso de desarrollo se produjo el lamentable cambio que llevó a ignorantes y vivarachos a postular al cargo de jefe comunal? No sólo postular, sino también triunfar en las elecciones, lo que constituyó y sigue constituyendo una ofensa a la inteligencia y a la dignidad de millones de chilenos que se han esforzado por superar sus destinos, estudiando, aprendiendo, trabajando honestamente. La pregunta, quizá, debería tener otro formato, ¿cuál fue la coyuntura histórica que impulsó a las tiendas políticas a menoscabar a los gobiernos comunales, amparando y proponiendo como candidatos “del partido” a guarapos de dudosa catadura?

<<No olvidemos que hasta hace pocos años la exigencia legal académica para ocupar un sillón alcaldicio, o un puesto en el cuerpo colegiado del Concejo Municipal, señalaba solamente saber “leer y escribir”. ¡Exigencias inconcebibles por lo mínimas! Al menos, ahora los alcaldes deben contar con su enseñanza media completa, lo que tampoco es una gran exigencia ya que algunos ediles se han esforzado en conseguir –fraudulentamente por cierto- la licencia de educación media a través de favores partidistas otorgados por ‘colegas’ en otros municipios.

<<Ejemplos sobran. Basta dar una mirada a cualquiera de las comunas pequeñas y rurales del país para comprobar que allí también hay uno o varios de estos deleznable ejemplares. Por cierto, la desidia de las ‘instituciones que funcionan’, como la Contraloría General de la República y sus órganos regionales, permite que algunos alcaldes y concejos municipales hagan y deshagan a su regalado gusto en todo aquello que se les frunza, saltándose y amañando a su antojo el Estatuto Administrativo, e interpretando según sus conveniencias particulares la Ley N° 18.695, Orgánica Constitucional de Municipalidades.

<<¿Por qué los partidos políticos –con sus cuarteles generales situados en las capitales regionales- hacen vista gorda y permiten (e incluso propician) que el desarrollo y la dignidad sean eventos vedados para la mayoría de las comunas pequeñas, y protegen e impulsan candidaturas, y también reelecciones, de personas que son conocidamente corruptas, otras son ignorantes y sectarias, e incluso algunas resultan ser miembros de pandillas del narcotráfico?

<<Nuestra comuna sabe de ello, y muy pronto asistirá a un capítulo más de esta infame obra de mal teatro, creada e impuesta por un par de cofradías políticas que tienen a Las Calandrias como terreno apto para otorgarles trabajo con excelente remuneración a algunos de sus afiliados.

<<Estaremos atentos a los acontecimientos que sucedan de ahora en adelante, y por supuesto que les iremos informando de ello oportunamente. De todas maneras, ustedes, amables auditores de Radio las Calandrias, también deben estar alertas y vigilantes. Nuestra comuna merece y necesita de todo el

apoyo posible, de toda la ayuda y de nuestra participación valiente y decidida>>.

Lo primero que hizo Renán luego de escuchar el programa, fue llamar telefónicamente al senador Leculñir a su oficina en el Congreso, en Valparaíso. No hubo respuesta. Deseaba conseguir la anuencia del parlamentario para que el partido presentara un proyecto de ley prohibiendo la existencia de radios particulares en comunas con menos de treinta mil habitantes. Estaba seguro que muchos diputados derechistas se sumarían a esa iniciativa. Tampoco obtuvo respuesta. Culpó de ese fracaso a su locutor oficial, Basilio Gerardo y, cómo no, a Ermelinda Cáceres. Por primera vez en los doce años de gobierno municipal, Becerra se sintió solo y aislado. La paranoia comenzó a hacer efectos desastrosos en su ánimo. Para colmo de males, Romina, su esposa, le abandonó yéndose a casa de sus padres en otra región; se había hartado de tanta ignominia e infidelidades. La noticia de la separación matrimonial corrió por el pueblo cual salida de río. Durante un mes, al alcalde se le vio sin ‘primera dama’ en algunos actos oficiales.

Finalmente, los ataques de radio Las Calandrias, las críticas de algunos concejales a su gestión administrativa (como por ejemplo, ‘Momo’ Salaberry que esparció *urbi et orbi* los detalles de la persecución en el motel Bésame Mucho), la aparición intempestiva y exitosa del grupo “Jóvenes al Poder”, la filtración de sus planes –al parecer provocada por alguien de su entorno cercano-, la llegada del viejo ícono del socialismo local, Jesús de los Carmelos Labraña, interpeándolo y arrastrando a gran parte de la masa izquierdista calandrina, y ahora el abandono de su esposa, le provocaban temblores en las piernas y una muy alta conciencia respecto de estar políticamente en caída libre.

Todo ello pasó a mayores cuando fue informado que Juan Martín Uribe había decidido presentarse como candidato a la alcaldía. ¡Y el infame senador Leculñir no contestaba sus llamadas telefónicas! Furioso como el que más, se fue de lengua en su programa en la radio de Talca asegurando que el senador era corrupto, y que por ello nunca más se reuniría con él ni lo invitaría a Las Calandrias. Por cierto, el senador respondió esos ataques, aunque su

comentario fue más bien caballeroso, aunque no menos duro: “¡el alcalde Becerra se ha transformado en un ‘mañoso’!” , fueron sus palabras.

El revuelo traspasó las fronteras comunales y llegó a la capital regional. Un periódico de esa ciudad envió a un reportero a Las Calandrias para recoger opiniones del pueblo respecto de los dichos del alcalde. Quiso el destino que el primer entrevistado fuese Rebeca Cantallopts, quien luego de escuchar la pregunta del reportero chasqueó la lengua, mientras un rictus de amarga ironía se dibujaba en sus labios. Pero, no se amilanó y respondió la inquietud del periodista talquino a la vez que golpeaba el suelo barroso con el taco de su bota.

- ¿Sabe, amigo?, cuando un alcalde anda asustado, se nota. Cuando un alcalde se asusta, comienza a hacer estupideces y a hablar imbecilidades, especialmente a través de una radioemisora. Cuando un alcalde comprueba que va cuesta abajo y que políticamente le salió gente al camino, comienza a bravuconear diciendo -por radio, claro está- “conmigo no se metan”, pero ese mismo alcalde a la hora de enfrentar a sus oponentes, cara a cara y en público, se encoge como babosa cubierta de sal y se esconde tras las sombras de sus lacayos. Alcaldes como ese, son solamente saltos y gemidos. Generalmente resultan ser también incultos, ignorantes, borrachines, sectarios y cobardes...sobre todo cobardes. ¿Usted conoce a alguien así? Yo sí, y lo conozco bien. Anda por aquí cerca.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Luego de su breve charla con el diputado Leculñir, quien lo recibió en el edificio del Congreso Nacional “con tiempo sólo para conversar una tacita de café”, Jesús de los Carmelos Labraña sintió que su corto periplo de visita a Las Calandrias estaba marcado por un exclusivo sentimiento: desilusión. Incluso, en un momento de profunda reflexión, llegó a asegurar que los izquierdistas encabezados por Renán Becerra estaban traicionando los valores del socialismo histórico que él creyó irreductibles. ¡Ya no había elementos realmente socialistas en el Chile siglo veintiuno! Todos los nuevos dirigentes del partido, sin excepción, habían renegado de la doctrina histórica reconvirtiéndose a la fe neoliberal, a la doctrina del salvajismo del mercado y a la eucaristía de la corrupción.

Tal vez, su tiempo había pasado y eran otras personas, más jóvenes, las dueñas de la época. Era un impositivo de la vida misma. Cambia, todo cambia, cantó una vez la ‘negra’ Sosa el tema del chileno Julio Numhauser, y en política aquello era un aserto certero. Sin embargo, no quería dar por perdida la batalla, su batalla...tendría que realizar un postrer acto de reconocimiento a su propio tiempo que sirviese a la vez como consejo a la juventud. Volvería a Ensenada; ya no regresaría a Las Calandrias nunca más, aún si su alma llorase imploraciones por retornar para comer pejerreyes de los esteros cordilleranos y acariciar verdes boldos. El senador Leculñir derribó los últimos preceptos que seguían apuntalando sus convicciones al afirmar que “ya no hay enemigos en política, y tal vez ni siquiera haya adversarios, pues hora somos socios en un desempeño que iguala nuestros objetivos por el desarrollo económico y tecnológico del país”.

Desencantado, poco antes de partir hacia la región de los lagos, se apersonó casi secretamente en radio Las Calandrias y le pidió a Jacinto un exclusivo favor. “Grabe lo que voy a decir, por favor grábelo...y después haga con esa grabación lo que se le antoje”. El viejo periodista captó de inmediato que el pastor estaba despidiéndose de la comuna. No preguntó el por qué ni qué haría ni a qué lugar dirigiría sus pasos. Solamente cumplió lo solicitado por el otrora ícono del socialismo local, y grabó.

<<Renán Becerra, alcalde de Las Calandrias, escucha lo que este viejo y auténtico socialista, Jesús de los Carmelos Labraña, tiene que decirte. Toma nota y reflexiona. Eres el ‘Nicolás Maduro’ de la región porque durante 12 años implantaste el miedo a criticarte, el miedo a decirte ‘no’ en cuestiones sucias y nada transparentes, el miedo a que denunciaran tus groseras mentiras, el miedo a recibir tu venganza y tus soeces insultos por no estar de acuerdo contigo, el miedo a denunciar tus malabares y maquinaciones, el miedo a tener que soportar la ira de tus ‘chupas’ que instalaste en el municipio, el miedo a detener tus ambiciones por apoderarte completamente de la comuna como si ella fuera tu propiedad privada. ¡¡Eso se acabó!! Este pueblo ha despertado y comenzó a ponerse de pie para sacarte del tronito feudal que construiste.

<<En tu fuero íntimo ya sabes que políticamente tu fin se aproxima a pasos agigantados.

<<¡¡Gran parte del pueblo se cansó de tus artimañas, de tus corruptelas y de tu pequeña dictadura!!!

<<No eres ni nunca has sido socialista de verdad, perteneces a esa patota de bandidos aprovechadores que engañan al pueblo con un discurso izquierdista, pero tus acciones desnudan tu talante de predador y corrupto, de tiranuelo y Mefisto político>>.

Jacinto detuvo la grabación y miro a Labraña con ojos de positivo asombro. Ambos pestañearon un par de veces esperando que el otro iniciara algún diálogo a objeto de explicar lo que estaba sucediendo. Cuatro o cinco segundos de incómodo silencio fueron deshilachados por la voz de Labraña.

- ¿Por qué detuvo la grabación, señor Neira? No he terminado de exponer todo lo que quiero decir. ¿O usted, un periodista avezado y con vasta trayectoria en la capital se ha asustado?
- Supongo que es consciente de estar declarándole la guerra a Becerra con este discurso.
- Declaro la guerra no sólo al pelmazo de alcalde que hay por estos lados, sino a toda la cofradía política de esta nueva falsa y traidora izquierda, amigo Neira. Encienda su grabadora y escuche lo que me parece una obligación manifestar. Ya se lo dije, si quiere puede usarla, si no quiere darle uso puede tirarla al tacho de la basura, pero yo me iré en paz con

mi conciencia. Jehová es mi testigo, y Jesús mi aval. Ya, vamos, enciéndala y sigamos.

<<Es momento de preguntarse ¿cuál es la izquierda?, ¿dónde está?, ¿quiénes la conforman? Se ha dicho de mil formas, soterradas o abiertas, que la ‘izquierda oficial’, la proveniente de partidos y referentes históricos como el PC, el PS e incluso el MIR, destiñeron a la primera hora del retorno de la democracia, o aún antes, cuando sus dirigentes cobijados en el exilio europeo fueron untados con la miel y el aceite fenicio suministrados por los patrocinadores, primero los del golpe de estado de 1973, y luego por los cocheros de una transición acomodaticia y venal.

<< Lo que más duele es la propia estupidez, es nuestro exceso de confianza en quienes nunca lo merecieron. ¿Cómo no lo vimos venir? ¿Cómo no nos dimos cuenta que las viejas tiendas partidistas, las históricas, las populares, estaban moviendo sus timones para conducir las naves hacia puertos administrados y pertenecientes a los antiguos enemigos, a nuestros adversarios por antonomasia?

<<La traición la comete el amigo, no el enemigo. Si la vieja izquierda, la que forma parte del duopolio y tiene curules en el Parlamento, ya no es nuestra defensora, y si, por el contrario, se convirtió en nuestra enemiga..¿qué hacer?

<< Duele hundir la uña en la corteza de la memoria para encontrarse con desilusiones que agobian. ¿Dónde están, qué hacen, a quiénes representan aquellos hoy oscuros personajes que una vez consideramos ‘socialistas? Camilo Escalona, Sergio Bitar, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Isabel Allende Bussi, Juan Pablo Letelier, Carolina Tohá, Juan Saulo Leculñir...y el propio Renán Becerra, bicho muy menor frente a esos grandes desalmados, pero igualmente corrupto, delincuente y traidor.

<<Será necesario parir una nueva izquierda; no un simple nuevo partido socialista, sino una izquierda global, amplia, competente, unificada y consecuente. ¿Y quién la dirigirá?

<<Es posible que los viejos socialistas, sí, los viejos, y no los transeúntes venales de hoy, sino los de los años 60 y 70, tengan que salir al escenario nuevamente para mostrar el camino que permite derrotar a la entelequia ya

gastada del “libre mercado salvaje” que todo lo pudre. Y sancionar, además, de manera dura y eficaz a los vivarachos y ladronzuelos, tiranillos e ignorantes, que han aprovechado este doloroso y largo paréntesis del socialismo chileno para beneficio personal, como es el caso del infumable delincuente apellidado Becerra.

<<Soy Jesús de los Carmelos Labraña, y me hago responsable único y legal de los dichos que ustedes han escuchado. Ruego a Dios que otorgue a los habitantes de mi amada comuna una larga vida... y sensatez para vivirla>>

Jacinto quedó estupefacto, de una pieza. Hacía muchos años que no escuchaba una perorata política con tanta emotividad y contenido. Podría discrepar de algunos puntos, pero en lo esencial concordaba con lo expuesto valientemente por Labraña. Los viejos dirigentes, los ‘históricos’ como los llamó el pastor evangélico, habían transformado a la izquierda en un verdadero archipiélago de grupos, referentes y partidos, sin liderazgo único y con tal multiplicidad de propuestas que muchas de ellas eran adversarias de las otras. “Todos esos grupos tienen muy claro qué es lo que no quieren, pero a la hora de decidir lo que sí quieren, se fragmentan, se atomizan y se asfixian. Para la verdadera izquierda, el futuro no es halagüeño”, apuntó Labraña con una seguridad absoluta en sus propios dichos.

Se despidieron con un abrazo, sin más palabras que el adiós habitual, el de rutina. Labraña salió a la calle enfundado en su chaquetón con piel de oveja como forro interior. Se detuvo un instante para otear hacia el sur, horadando con su mirada la penumbra nocturna, buscando tal vez aquel rinconcito de paz y verdor donde, mil kilómetros hacia el sur, se alzaba su querido templo que le otorgaba paz y le servía no sólo como lugar de oración sino, también, de hogar y fuente de esperanza. Metió las manos en los bolsillos e inició la marcha.

El desagradable silbido del teléfono celular regresó a Jacinto Neira a la realidad. Era Estercita, su esposa. Le transmitía una importante noticia local, delicada, impensada, con la cual le obligaba a centrar su atención nuevamente en el quehacer rutinario de la comuna, dejando momentáneamente de lado los requiebros ideológicos emanados de la boca de Labraña. “¿Qué ocurre,

Ester?”, preguntó casi mecánicamente. No esperaba escuchar lo que su esposa tenía que decirle.

- El alcalde sacó a Ermelinda Cáceres del cargo de DIDECO y la pasó a un cargo de jefatura, pero aún no sabemos a cuál específicamente.
- Vaya, vaya; hace pocos días nada más, Renán la había regresado a la *muni* luego del altercado en el Bésame Mucho y de los groseros insultos propinados públicamente. Parece que la lealtad perruna ofrecida por la Cáceres sirvieron poco. ¿Y quién quedará en el cargo de DIDECO? No requiere llamar a concurso público, pues se trata de un cargo de confianza.
- ¿No eres tan ‘alertado’, Jacinto por Dios? Piensa, piensa...¿quién crees que puede haber sido nominado... bueno, nominada en verdad? –doña Ester se solazaba específicamente porque tenía sobre ascuas a su esposo con la información.
- Supongo que vuelve a la DIDECO la señora Raquel Basáez.
- Frío, frío como el agua del río, Jaci.
- Ester, no estoy en condiciones de jugar a las adivinanzas, hace un rato nada más me visitó Jesús Labraña –acaba de irse- y dejó una especie de testamento que...
- La ‘Pelusita’, Jaci, la Pelusita. Ella es la nueva DIDECO. Nuestro Trauco local privilegia a quienes se meten su cama. Esto va cada vez más mal. Pobre chiquilla, se cocinó solita. Es muy joven y el resto de su existencia tendrá que vivirla con el estigma de haber sido la amante ocasional de ese viejo verde para ostentar temporalmente un alto cargo en el municipio.

El periodista recordó de inmediato las palabras del pastor Labraña: “larga vida, y sensatez para vivirla”. Pelusita era contadora. Carecía de títulos que el cargo de Dideco necesitaba e impetraba, como Trabajadora Social, Psicóloga, Socióloga, Abogada o Administradora Pública. Su nominación era puramente pasional, sexual, una calentura más del dictatorial Becerra. La voz de Labraña seguía repicando en sus oídos. “Y sancionar, además, de manera dura y eficaz a los vivarachos y ladronzuelos, tiranillos e ignorantes, que han

aprovechado este doloroso y largo paréntesis del socialismo chileno para beneficio personal”.

- Si la Cáceres fue sacada de la DIDECO y puesta en un cargo de jefatura, significa que Becerra llamará a concurso público para proveer esos cargos, y a ella debe haberle prometido dejarla instalada en la planta municipal para *secula seculorum*, previendo así una posible derrota en las próximas elecciones ¿Has sabido algo de don Recaredo y de Raulito?
- Ay, Jaci de mi alma, ¿sigues pensando que Ermelinda y Recaredo...?
- Sigo.
- Bueno, trataré de averiguar algo al respecto. ¿A qué hora estarás acá en casa? Parece que va a llover y no quiero que te mojes como zorzal. Ya no eres un jovenzuelo... además, son las nueve de la noche y hace frío.
- Mujer, por Dios, me movilizo en mi automóvil. No me esperes temprano; puedes cenar y meterte a la cama para ver tus telenovelas turcas. Iré a dar una vuelta por ‘La Guindalera’. Necesito conversar allí con mis cuates Pellizco y Chumbarata, si es que los pillo sobrios.
- Me contaron que apareció por ese local Juan Martín, el hijo del ‘Huacho’ Uribe, acompañado de dos especies de gorilas guardaespaldas...
- Te contaron bien. Así es. Por eso mismo voy a ‘La Guindalera’. Si compruebo la historia que me han transmitido, podré venderla a radios grandes de Santiago. A eso voy.
- Cuídese, ¿ya? Esa gente es tanto o más mala que el insoportable Becerra.
- * No te preocupes... ni te imaginas quién me acompañará a ‘La Guindalera’ esta noche.
- * ¿¿??
- Es un aporte del Lenguado y de Rebequita Cantallopts.
- Ya pues, suelte la pepa mi amor.
- Tulio...el de ‘las torcazas’
- ¿El primo de Ronaldo Moraga? Ufa... ¿está en Las Calandrias?

- Llegó este mediodía. Almorcé junto a él y a Rebeca, y a Ronaldo por cierto. Le pusimos al día respecto de lo que ocurría en la comuna...y adivina buena adivinadora.
- No tengo idea, pues Jacinto. Tú siempre recurriendo a tus acertijos de periodista, usándolos con gente que tiene poca información, como yo.
- Perdona, amor, perdona. Tulio conoce a los dos gorilas que le cuidan las espaldas a Juan Martín Uribe. Esto se pone cada vez más bueno.
- ¿Cómo puedes decir eso, Jacinto por Cristo santo? –Estercita casi gritó a través del celular.
- Lo digo periodísticamente, mi amor,...sólo eso. Llegaré tarde, ya lo sabes.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Llovía condenadamente. Hacía meses que no caía tanta agua en Las Calandrias como aquella noche de viernes. El popular restaurante “La Guindalera”, para no variar, estaba colmado de clientes. Comenzaba el fin de semana, por lo que Javierito –chef propietario- y sus muchachos se esmeraban a más no poder dando atención rápida y eficiente a su numerosa clientela. La música sonaba estridente en el amplio local, y algunas parejas bailaban en la pista moviendo caderas y piernas para satisfacer los requiebros de cumbias, salsa y corridos. Cuando Jacinto y Tulio ingresaron al local, sonaba maravillosamente espléndido el tema “Voy a pedir tu mano”, interpretado por Juan Luis Guerra.

El Pellizco y el Chumbarata, acompañados por su ‘corril’ el Cáchamestamuela, manotearon desde un rincón del salón para que se acercaran a la mesa que ocupaban. Habían reservado un par de sillas y ya estaban provistos de dos botellas de pisco y varias bebidas, además de una tabla con quesos, pickles y embutidos varios. Una botella de whisky Sandy McDonald sobresalía del resto. “La ordenamos hace rato pa’usted, don Jaci, y lleva como media hora haciéndome guiños de maraca...ya estoy que me la

embucho”, barbotó el ‘Cáchamestamuela’ semi atragantado con queso y pickles.

- Parece que eres de cocimiento rápido – respondió el periodista, con una sonrisa franca y buen talante- ¿Conocen a mi amigo Tulio? Es primo de Ronaldo Moraga.

El Chumbarata achinó sus viejos ojos tratando de atrapar en una sola mirada el continente del recién llegado. ¡Claro que sabía quién era!, pero nunca lo había visto en persona. Se sacó el jockey de la ‘Garra Blanca’ y moviendo su mano en acción de invitación ofreció al recién llegado el asiento a su vera. Jacinto Neira pasó a ocupar un segundo lugar, transformándose en algo similar a Doc Holliday frente a Wyatt Earp. ¡Pero, qué coño podrían saber el Pellizco, el Chumbarata y el Cáchamestamuela de los históricos pacificadores de Tumbstone! Estaba frente a gente sencilla, noble y de acción directa, desconocedora de la Historia y de los rebotes de la misma en tiempos actuales.

- ¿Qué novedades me tienen, muchachos? –preguntó el periodista, tratando de iniciar una conversación favorable a sus intereses, luego que Tulio hubo saludado de mano a los tres ocupantes de la mesa.

El ‘Cáchamestamuela’ habló de inmediato, despreocupado absolutamente del ‘qué dirán’, acostumbrado también a tirarse al agua sin trajebaño ni flotador. “Los años y el trago, sueltan la lengua”, barruntó para sí Jacinto Neira.

Tulio, en tanto, fijó la vista en una mesa cercana a los servicios higiénicos, donde entraban y salían mujeres y hombres a las apuradas, respondiendo al llamado de sus vejigas y esfínteres. Le pareció reconocer a alguien. Vaso en mano, dejó su silla y avanzó hacia una de las mesas ubicadas en el rincón opuesto al suyo, donde dos hombres parecían charlar de cosas importantes ya que lo hacían en voz baja y con sus cabezas muy próximas. Uno de ellos, dueño de una barba incipiente y gafas oscuras, pareció adivinar que alguien se acercaba. Estiró el cuello y fijó su vista en quien caminaba en su dirección. Con gesto de sorpresa, entreabriendo los labios y quitándose las gafas,

reconoció al recién llegado. Separó un tanto la silla de su ubicación en la mesa, dispuesto a enfrentarlo. Su saludo fue poco cortés.

- ¿Y vos no *estabai* enjaulado en Colina? No me *digai* que te dieron la dominical.
- Hoy es jueves...y si alguien está fuera de lugar en este pueblo, no soy yo. ¿Qué *andai* haciendo por estos rumbos, ‘Tijereta’?
- Trabajando para don Juan Martín Uribe...
- ¿El hijo del ‘Huacho’? ¿Ese pollo que quiere ser alcalde?

Unos interminables segundos de silencio en los que ambos mantuvieron sus miradas en los ojos del contertulio parecieron señalar que esa noche en ‘La Guindalera’ habría un duelo a puñetazos, o tal vez a navajazos. Sin embargo, el ‘Tijereta’ rompió el hielo emitiendo una corta carcajada. Los clientes de las mesas cercanas no se percataron del momento vivido y continuaron disfrutando sus tragos.

- Como siempre, ‘Tortolita’, buscando mocha. No quiero agarrarme a trompadas con vos ni dejar esta mesa en la que me serviré un buen plato. Afuera está lloviendo y acá el ambiente es flor de canela. Además, la cuestión es que trabajamos para patrones distintos, y eso es todo. ¿Acaso tu jefe actual es enemigo del mío?
- Jefa...
- No cacho...¿jefa?...¿*trabajai* pa’ una minoca? –el ‘Tijereta’ mantuvo su boca abierta en expresión de incredulidad.

Tulio entornó los ojos en actitud típica de quien busca calmar pasiones evitando desenlaces violentos. Incluyó el torso hasta colocar sus labios cerca de uno de los oídos de su interlocutor y susurró el mensaje que deseaba entregarle.

- Ella no es enemiga de tu jefe, así que trata de no meterte en lo que no debes, y díselo también a tu patrón. El adversario es el mismo para nosotros dos. No tengo deudas que cobrarle a Juan Martín ni a ti, y a ustedes tampoco les debo factura alguna.
- ¿Eso nada más *queriai* decirme?
- Sí, eso.

- Okay...estamos claros entonces.

. ¿Y vos *tenís* algo que decirme?

- Claro que sí...pide un pernil con papas cocidas y pebre. Está el *descueve* de bueno.

De regreso en su mesa donde le esperaban Jacinto, Chumbarata, Pellizco y Cáchamestamuela, llamó a uno de los mozos para solicitarle un pernil con papas cocidas y pebre. Luego, escanció vino tinto en su copa, apuró el trago mediante un largo sorbo, chasqueó la lengua y comentó con voz pausada: “vamos a tener problemas; lo mejor será que doña Rebeca se reúna con Juan Martín y acuerden no dañarse durante sus campañas”. Jacinto pestañó con fuerza y repetidamente antes de meterse en la conversación.

- ¿Cuál es específicamente el problema, amigo Tulio?
- ¿Específicamente? –no había signos de burla en las palabras del ‘Tortolita’.
- Sí, específicamente –insistió el periodista.
- Yo puedo cubrirle las espaldas a doña Rebeca, pero en peleas a mano limpia, en enfrentamientos con adversarios políticos en una campaña. Sin embargo, Juan Martín viene acompañado de dos huevones que trabajaron durante años con su padre en asuntos peliagudos del narco...dos *gilcunecos* que no tienen empacho en ‘faenarse’ a un cristiano, independiente del sexo o de la edad del elegido.
- No podemos aceptar que en Las Calandrias instale sus garras el narcotráfico pretendiendo transformarse en autoridad comunal – barbotó Jacinto con voz estrangulada por la ira, provocando la inmediata reacción de Tulio.
- Ni se le ocurra ventilar esta huevada a través de su radio, amigo Neira...si lo hace, le aseguro que antes que pasen dos semanas estaremos sepultándolo en el cementerio local. Y su muerte no la provocaría directamente ninguno de los gorilas de Juan Martín Uribe, sino que lo haría alguien ‘encargado’ desde Santiago o Valparaíso.

- Dios santo –mascullo el periodista, a la vez que echaba una rápida y furtiva ojeada a la mesa donde el ‘Tijereta’ y su acompañante conversaban y bebían.
- El ambiente se pone cada día más feo. No me agrada para nada lo que está sucediendo. Hablaré con mi primo Ronaldo y con la señorita Rebeca para aconsejarles que lo mejor es dar un paso al costado. La verdad es que no estoy dispuesto a morir todavía, y creo que mi presencia aquí en Las Calandrias contribuye también a enturbiar el clima.
- ¿Nos va a abandonar, amigo Tulio? –preguntó el periodista.
- No se abandona lo que no se ha tomado. Me hicieron una propuesta este mediodía y me comprometí a responder mañana. Mi decisión será regresar a Santiago. Al menos, los hombres de Juan Martín creen que estoy metido en el baile, y eso les enfriará sus pasiones con respecto a doña Rebeca. Algo es algo, y es mejor que nada.

Un ruido de sillas arrastrando sus patas sobre el embaldosado del amplio comedor y decenas de voces en sordina anunciaron que alguien importante había ingresado a ‘La Guindalera’. Jacinto y Chumbarata – que estaban de espaldas a la puerta principal- pensaron de inmediato en Juan Martín Uribe...pero se equivocaron. El Pellizco los sacó del error.

- ¿Y qué diablos viene a hacer el alcalde a este local, si jamás le habíamos visto por estos rumbos?

El periodista giró el cuerpo y miró a quienes hacían su ingreso. Renán Becerra venía acompañado de Ermelinda Cáceres y de tres sujetos que no logró identificar, barruntando que de seguro no eran calandrinos. Se abrieron paso entre las sillas de la clientela –y de las parejas que bailaban al son del conocido tema ‘Corazón de Hierro’ interpretado por Los Charros de Lumaco- hasta alcanzar un rincón donde una mesa mostraba, en un cartón blanco con letras negras, la palabra ‘Reservado’. De inmediato, don Chamo, el mozo más antiguo del local, se acercó para recibir el pedido de los nuevos comensales. Becerra estiró su cuello y oteó el comedor tratando de distinguir a alguien que pudiese interesarle. Detuvo la mirada en el viejo Jacinto Neira y en su rostro se dibujó un gesto de fastidio, mientras Ermelinda Cáceres con su

brazo estirado también señalaba, a uno de los acompañantes del alcalde, la figura del periodista.

- Definitivamente, aquí en esta comuna va a haber guerra –masculló Tulio- se están juntando precisamente los elementos necesarios para una batalla de proporciones. Esto me supera.
- ¿Tú conocís a los gallos que acompañan al alcalde? –preguntó el Cáchamestamuela.
- Sí...son los “Cabeza’e Vaca”. Tienen mala historia en Talca y en Curicó. Violentos, patoteros, dos hermanos que arriendan sus capacidades para armar grescas y enderezar curcos a palos. Son famosos en campañas políticas. Pero siempre se venden al mejor postor.

Hizo un alto algo histriónico en su perorata, lo que a Jacinto le sonó más bien a actuación teatral de barrio bravo, y concluyó con una certeza que no dejaba espacio a dudas.

- Además, nunca trabajan solos; siempre traen cinco o más matones que se encargan de los equipos necesarios para instalar lienzos, pintar propaganda en murallas, hacer el recorrido ‘casa a casa’, distribuir panfletos, y obviamente espantar –a tiros si es necesario- a los equipos de los contrincantes de su empleador. Cobran caro, de eso ni hablar.
- Pero, insisto, no podemos aceptar estas situaciones. Hay que informar a la policía –masculló Jacinto, provocando una risilla irónica del ‘Tortolita’.
- ¿Avisarle a la policía?, no sea ingenuo...ellos, los hermanos “Cabeza’e Vaca” son ‘pacos’...mejor dicho, fueron ‘pacos’ alguna vez, y mantienen excelentes relaciones con el ‘paquerío’ joven de Talca, Molina y Curicó. Esto no es Santiago, ni Valparaíso ni Concepción, donde la prensa, los políticos y las autoridades nacionales están siempre atentas a cualquier anomalía. Esto es Las Calandrias, un hoyo en la cordillera, una pequeña marca en el mapa de Chile. Si no lo hacen ustedes mismos, nadie vendrá a solucionarles el pastel.

Uno de los acompañantes del alcalde estiró el cuerpo y casi poniéndose de pie miró fijamente a Jacinto Neira respondiendo a la seña hecha por Ermelinda Cáceres.

- Parece que es con usted la cosa, don Jaci. Más mejor se echa el pollo, no vaya a ser cosa que me lo zamarreen bajo la lluvia –el Pellizco hablaba en serio, aunque también estaba dispuesto a defender al viejo periodista, a quien admiraba de corazón por su valentía y cultura.

Tulio suspiró con fuerza. Alzó la cabeza y dirigió su mirada hacia los acompañantes de Becerra. Con el dedo índice de la mano izquierda apuntó a su propio pecho señalando si era él quien interesaba a los hombres del alcalde. Estos parecieron musitar algunas palabras y el que se había puesto de pie decidió sentarse a la vez que miraba hacia cualquier parte, desentendiéndose de Neira y sus amigos.

El ‘Tijereta’ no perdió detalle de los movimientos ocurridos en esas mesas; sacó un cigarrillo y lo encendió, haciendo caso omiso a los letreros que señalaban “No Fumar”. Ermelinda Cáceres notó la presencia del matón amigo de Juan Martín decidiendo mirarlo fijamente. El ‘Tijereta’ le guiñó un ojo, y lanzando un beso al aire dio por terminado el asunto. La Cáceres bajó la vista; sintió que algo comenzaba a molestarle en sus entrañas.

Jacinto, Tulio y sus acompañantes abandonaron el local para dirigirse al centro de Las Calandrias. Pero, el ‘Cáchamestamuela’ se mantuvo tieso y firme en su mesa, pues un mozo había traído el pernil con papas cocidas y ese plato estaba pagado...por ningún motivo iba a desperdiciarlo. En el momento que Tulio y Jacinto alcanzaban la calle donde estaban estacionados sus vehículos, en ‘La Guindalera’ sonaba el tema ‘Olvídalo’, de Los Vásquez.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

Becerra estaba molesto y se le notaba en cada uno de sus gestos y movimientos, en sus palabras y en el sonido de la voz atrapada por un rencor apenas disimulado. No lograba esconder su rabia por haber aceptado el consejo de Ermelinda Cáceres para asistir a ‘La Guindalera’, creyendo a pie juntillas que en ese popular local iba a ser recibido entre aplausos y amistosas palmadas en la espalda. Nada de ello ocurrió. Prácticamente pasó inadvertida su presencia; él fue casi un fantasma en el tropel de danzantes y bebedores. Uno más en el montón. No podía aceptarlo. ¡Era la primera autoridad comunal y exigía reconocimiento y respeto absoluto a su rango! ¡Qué mierda de noche, qué asquerosidad de boliche, ni siquiera anunciaron su presencia a través de los parlantes del local!

Para colmo de males, en el lugar estaba el periodista Jacinto Neira, su más enconado enemigo, el que además nunca le mostró respeto ni le quitó el cuerpo a las discusiones verbales. “La peor de las peleas, la de más difícil pronóstico, es la verbal”, le había asegurado alguna vez el senador Leculñir, parlamentario al que ahora también odiaba sin ambages atacándolo en cada oportunidad donde había prensa presente. A su vez, el viejo Neira ocupaba el segundo lugar en su lista de adversarios, superando incluso al ex alcalde Anselmo Piña y al concejal ‘Momo’ Salaberry, derechistas recalcitrantes que contaban con poder económico y con vitales redes de apoyo en los altos niveles de la jerarquía parlamentaria y empresarial. No toleraría más faltas de respeto a la dignidad e importancia de su autoridad. Las Calandrias no existirían como comuna si él no hubiese llegado a dirigir el destino de ese territorio. ¿Es que no lo saben sus habitantes?

Nunca habían amenazado su estabilidad ni habían contravenido sus órdenes. Desde un tiempo a esa parte algunos vecinos de la comuna se estaban permitiendo no sólo dudar de sus palabras sino, más grave aún, las desmentían y lo calificaban de mitómano. ¿Que siempre le mintió a la gente asegurando que las obras principales efectuadas en el pueblo eran producto de su capacidad administrativa y económica como edil, pero en estricto honor a la verdad tales obras fueron planificadas y financiadas por los programas

nacionales del gobierno central a través de sus distintas carteras ministeriales? Sí, mintió, ¿y qué? ¿No hacían lo mismo otras autoridades, entre las cuales era posible señalar a ediles de grandes metrópolis e incluso a senadores y ministros? Además, ¿qué tan malo y grave podía ser que él se embolsicara una parte de los caudales públicos destinados a esas obras? Bien pudo haber dado un paso al costado y no ejecutar ninguna de ellas...tal vez eso les habría satisfecho a muchos de aquellos que hoy lo criticaban, pues no sería raro que esas mismas personas se contentasen con una comuna sumida en la ruralidad.

Todo tiene un precio, nada es gratis. El progreso cuesta caro. Y él es el progreso, De ello ningún calandrino podría dudar. Por otra parte, ¿por qué tendría que importarle a la gente de Las Calandrias lo que se gastaba o no se gastaba en la concreción de los programas de desarrollo? ¿Necesitaban un puente? Ahí estaba el puente. ¿Requerían un estadio municipal y un balneario popular? Bien, pues, ahí estaban ambos. ¿O tendría que informarle a la población de la comuna, peso a peso, centavo a centavo, la manera en que ocupó esos dineros fiscales, mostrar al público todas y cada una de las facturas y boletas, transparentar con exactitud enfermiza el listado de materiales requeridos para cada obra, el pago a cada trabajador, a cada ingeniero, a cada técnico? ¡Por ningún motivo! Él era la primera autoridad comunal y todos le debían no solamente respeto, sino también ciega obediencia y agradecimiento. “Me lo he ganado”, soliloquió en voz alta.

- ¿Qué te has ganado? Llevas minutos hablando solo y mirando al techo. Hace días que te veo *difariar* como los borrachos. Incluso perdiste el apetito.
- ¿La Rosita no está en la oficina? Llegas y te metes a mi despacho sin avisar ni esperar mi visto bueno.
- P'tas, huevón...soy tu primo, ¿tengo que pedirle autorización a alguien para hablar contigo?

Renán miró a David Alvear y se dejó caer pesadamente en el sillón frente a su escritorio. No le agradaba discutir asuntos de política ni cuestiones municipales con sus amigos y sus conocidos, pues siempre le pareció estar enfrentando a adversarios, a potenciales enemigos dueños de argumentos que

le restaban fuerza a sus ideas. Y menos gustaba de discutir con su primo, un contador con larga experiencia en números y cifras.

- ¿Cuándo fue la última vez que conversamos? ¿Recuerdas la fecha? Han pasado cinco años desde entonces, Renán. Vengo de pasada...voy camino a Chillán...asuntos de negocio, tú sabes... y decidí hacer un alto desviándome hacia Las Calandrias esperando que me invites a almorzar.
- ¿Qué te decidió a venir para estos lados? Vos no *dai puntá* sin hilo. Te aviso *altiro* no más que no estoy en condiciones de sacarte de ningún apuro.
- Mira... fue tu esposa Romina quien me pidió que me acercara y conversara contigo. Me dijo que estabas en problemas.

No bien escuchó el nombre de su cónyuge, Becerra se encabritó y poniéndose de pie encaró a su primo con voz enronquecida por la rabia. Manoteó un par de veces como si tratara de espantar a un enjambre de abejas, sus ojos parecieron inyectarse en sangre y la vena que surcaba su cuello de norte a sur adquirió tamaño preocupante.

- Si *querís* conversar conmigo lo único que no *tenís* que hacer es nombrarme a esa yegua de mierda que se las da de gran dama, y que me abandonó porque se decepcionó de mi forma de ser, acusándome de lacho, de mujeriego...pero lo más bien que aprovechó y gozó todos los beneficios que tuvo mientras estuvo a mi lado.

David Alvear sonrió quedamente. Alzó ambas manos en señal de rendición y apuró el asunto que le interesaba.

- Okay, Renán...conversemos ‘en buena’, pero hagámoslo fuera de aquí, en terreno neutral, ¿te parece bien invitar a almorzar al único primo que tienes? A las cinco de la tarde debo continuar viaje a Chillán. Disponemos de tres horas para acariciar la amistad y compartir secretos. Me gustaría volver a disfrutar de la comida chilena donde el Roco, lugar tranquilo, y podemos ocupar un ‘reservado’ para que nadie nos joda la pita. ¿Te parece bien?

Después de un aperitivo ‘cabezón’ –pisco sour ‘a la vena’, dijo el Roco encantado de recibir al alcalde luego de años de lejanía de aquel local- la conversación entre los primos fluyó libre a puertas cerradas. Palta reina con cama de lechuga escarola, consomé, carne al jugo con puré picante, ensalada chilena, pan amasado, pebre, vino tinto, y como postre un bello plato con macedonia de frutas de la estación bañada en crema de leche; ese fue el menú que sirvió Roco a sus comensales.

Dos horas conversaron los primos escabulléndole a los mirones de siempre y a los mismos trabajadores del pequeño restaurante que, coincidentemente, se llenó de clientes en el comedor aledaño al ‘reservado’ no bien se esparció la noticia de la presencia del alcalde y su primo en aquel lugar.

- Debo ser muy franco contigo, Renán –David abrió los fuegos apenas se despachó con tres cortos sorbos el pisco sour del aperitivo- No sólo Romina me solicitó venir a hablarte... tú sabes que le llevo la contabilidad a algunos peces gordos de la política. Uno de ellos me solicitó también lo mismo que tu esposa.
- ¿Leculñir? –barbotó Corcuera.
- No, es un diputado, un médico... cree que estás siendo atacado por fuerzas nuevas que no conoces y que podrían tumbarte políticamente.
- ¿Y qué mierda puede saber ese doctorcillo? Ya sé quién es. Pero, esta huevada no es un hospital, es un municipio. Yo sé de municipios más que cualquier hijo de puta en esta región. ¡Lo único que me faltaba! Que un matasanos frustrado quiera venir a darme clases de administración...¡a mí, que puedo enseñarles a todos los alcaldes del país cómo hay que administrar una *municipalidad*! –Becerra enrojecía de ira y golpeaba la mesa con las palmas de sus manos, haciendo saltar vasos, botellas y platos.
- Renán escúchame y después toma o deja lo que yo te diga, pero al menos escucha, cállate un par de minutos y abre tus oídos. Conversemos respecto de la forma en que administras la comuna. Supongo que eso puedes hacerlo...conversar. Te acusan de ser soberbio, vengativo, y tan totalitario como fueron muchos militares durante la dictadura pinochetista.

- ¿Totalitario? *Estai* huevón, David, Pa'que *sepai*, en mi oficina tengo una fotografía del Ché Guevara y otra de Allende.
- Sí, primo, las vi hoy. Pero debes saber que el Ché fue propietario de nada en Cuba, no tenía ni siquiera casa propia ni automóvil, vivió siempre en lugares pertenecientes al estado cubano. Y Allende, supongo que lo sabes, nunca le robó un maldito peso al fisco chileno. Los militares ordenaron tres auditorías a la familia del fallecido presidente de la Unidad Popular después de su muerte, y ninguna de ellas encontró rastros de corrupción, robos ni aprovechamiento ilícito por parte del doctor socialista.
- Ya, ¿y tú crees que yo no soy honrado ni honesto?
- Eso piensan en algunos círculos importantes, Renán. Y eso es lo que se rumora en tu propia comuna, entre gente que tiene información y que no requiere del apoyo del municipio para prosperar.

Becerra hipó un par de veces...se acomodó en la silla y pidió a David prestar atención a lo que debía decir. Confiaba en que lo conversado en ese sitio jamás saldría de tales estrechas fronteras. Estaba dispuesto a expresarle su pensamiento más íntimo, necesitaba hacerlo, desahogarse, pues algo venía mordiéndole el corazón esas últimas semanas; pero, no quería interrupciones ni correcciones academicistas por parte de su pariente. Así lo hizo saber. David aceptó. Entonces, y sólo entonces, por primera y única vez, Renán Becerra Alvear desnudó su ser íntimo sustentado en la confianza que a cualquier cristiano puede otorgarle la presencia de quien es, quizás, el único pariente, el solitario familiar, que le resta en esta vida mortal.

- Primo David, llevo muchazo tiempo guardando mi opinión verdadera y mis ideas auténticas en este pecho que tanto vale y tanto sufre. Vas a escucharme con atención y después me dirás si tengo o no razón para actuar como lo he hecho estos doce años. Espero que *entendai* finalmente que yo soy lo mejor que ha tenido Las Calandrias en su mugrienta historia. Lo que *vai* a escuchar *podís* contárselo después a tus ladronazos clientes parlamentarios, y a la tontorrona de mi esposa, bueno, de mi ex esposa en realidad, pero a ella no quiero verla ni en pintura.

- Soy todo oídos, primo –respondió David arrellanándose en su silla y apurando el resto de vino que escanció en su copa.
- Esto va a ser largo.
- Te escucho, Renán...dale no más. Suelta todo, libérate.

Desde ese séptimo piso era posible observar magníficamente el edificio de La Moneda y la esquina donde comenzaba el Banco Estado, en plena Alameda de las Delicias, en Santiago. El diputado Waldo Munita hojeaba nerviosamente el cartapacio que descansaba sobre sus rodillas, mientras el senador Juan Saulo Leculñir oteaba el paisaje que se extendía hacia el oriente veinte metros más abajo. Frente a ellos, con actitud seria y rostro de preocupación, el Contralor General de la República leía por segunda vez el documento que los parlamentarios le presentaron oficialmente. No quiso –ni podía ni debía- opinar respecto de una cuestión que a cualquier periodista le habría llamado la atención. Dos parlamentarios, de bando diametralmente opuestos, coincidían en la misma acusación contra el alcalde de una comuna poco conocida, desconocida, pequeña, pobre, rural, olvidada por los medios de prensa y por los poderes del estado. “A hole in the wall”, pensó para sí mismo el Contralor. Un hoyo en la pared...un lugar donde la autoridad y la prensa jamás llegan, un sitio donde cualquier cacique puede adueñarse de las cosas y de la gente. De eso trataba, coincidentemente, el escrito de los parlamentarios sentados frente a él, un derechista y un socialista. El dedo inquisidor de ambos legisladores apuntaba a un alcalde de apellidos Becerra Alvear. Las acusaciones eran graves, ya que incluían nombres de algunos funcionarios de la propia Contraloría Regional, de algunos profesionales designados oficialmente por los estamentos de la Alta Dirección Pública para resolver concursos, y de muchos vecinos de la comuna Las Calandrias, misma que al Contralor le resultaba absolutamente desconocida.

Una vez terminada la segunda lectura del documento de marras, el Contralor ajustó sus gafas, carraspeó suavemente y expresó la pregunta que le asfixiaba el alma y la conciencia.

- ¿Funcionarios nuestros, de esa región, cooptados y corrompidos por un edil de tono menor? ¿Están seguros de lo que acusan, señores parlamentarios? ¿Pueden comprobar todo esto?

El senador Leculñir pasó su diestra por sobre una abundante y larga cabellera cana antes de responder. Ajustó el nudo de la corbata que parecía haber abandonado la parte superior de su alba camisa, y contestó con seguridad la pregunta del importante funcionario público, mientras el diputado Munita, separaba un par de hojas del cartapacio que dormitaba sobre sus rodillas.

- Extorsión, prevaricación, nepotismo, apropiación indebida de fondos y recursos fiscales, malversación, manejo amañado de concursos públicos, uso improcedente e ilícito de bienes municipales, todo ello, señor Contralor, puede ser constatado y comprobado oficialmente sólo si usted ordena a profesionales de la Contraloría General, es decir, a esta, la que está aquí en Santiago, realizar una investigación en Las Calandrias...y de paso, en la Contraloría Regional.
- Pero, en este documento que ustedes presentan, senador, diputado, hay también acusaciones serias contra el Ministerio Público de esa región, ya que claramente intentan desnudar un asunto altamente delicado, cual es la cuestionable actuación de un fiscal en defensa del alcalde de Las Calandrias, y no en defensa del bien público. Ello es extremadamente grave.
- Lo es, señor Contralor –apuntó el diputado Munita mirando desafiante a los ojos al funcionario- y agregue usted el inaceptable escándalo comunal provocado por el alcalde y sus adláteres en un fraudulento concurso público para proveer cargos de directores de escuelas y del liceo local, lo que provocó la airada y violenta reacción de centenares de personas en esa comuna.
- Ni siquiera en plena dictadura ocurrió algo tan deleznable –terció el senador, quien agregó- tenga la bondad de escuchar, por favor, lo que leeré a continuación.
- ¿Es otro documento?

- Sí, señor...también lo ingresamos recién, oficialmente, a Contraloría. Le llegará pronto a sus manos; creo que en este momento debe estar en poder de alguno de los abogados de esta repartición. En el ínterin, escuche lo que relataré. Aceptar como 'normales' situaciones que conocerá ahora, dan cuenta del verdadero subdesarrollo mental y oficial que asfixia a nuestro país...al menos en cuestiones de gobierno interior.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

A la misma hora que los parlamentarios Leculñir y Munita conversaban con el Contralor General de la República, 240 kilómetros al sur, en una pequeña comuna rural, mediante una larga perorata, Renán Becerra fue detallando ante su primo los pensamientos y explicaciones que conformaban su verdadero ser. La explosión de relatos mal hilados dando cuenta de la saga de hechos y situaciones que componían el quehacer del ensoberbecido alcalde, permitió a David Alvear estructurar el mismo panorama que el senador Leculñir, tanto como Romina, le habían confidenciado.

“David, querido primo, esta es una zona poblada principalmente por gente pacífica, buena, pero ignorante, temporeros en su mayoría, que se satisface recibiendo remuneraciones que están por debajo del promedio de los trabajadores de empresas fabriles y mineras. Alguna vez un profesor de Historia me contó cómo era esta cuestión. Que el inquilinaje seguía estando presente en la comuna, donde el patrón del fundo es un verdadero monarca, es el cura, el juez, el policía, el amo. Yo llegué a liberarlos dándoles alegría y modernidad, y si me voy de la alcaldía la comuna volverá a ser el mismo territorio atrasado y oscuro como hace cien años”.

- El problema es que trabajas más allá de lo permitido legalmente, y cada día se van sumando más personas que se informan al respecto –terció David.
- Pfff...me importa un comino lo que piensen y digan algunos “iluminados”. Lo importante es que el pueblo, la masa electoral donde está la mayoría de los votantes, me cree, me ama y me protege.
- Pero, esa es exactamente la masa electoral que tú desdeñas tratándola de ignorante. Hay una contradicción gigantesca en lo que afirmas respecto a lo que haces.
- ¿Y qué mierda puede importar eso? –bramó Becerra- La ‘gallá’ no cacha el mote, no tiene idea de cómo se cuecen las habas, es iletrada políticamente y cree todo lo que yo le digo. ¡Eso es lo único que importa! ¡¡Que me crean!! Yo soy su salvación, yo les he traído modernidad y alegría. ¿Qué puede importarles que yo tome alguna platita proveniente del fisco? Me la he ganado bien ganada. Mis electores no están interesados en charlas sobre educación cívica, prefieren mil veces que yo les invite –gratuitamente- a pasarla bien en Las Trancas escuchando y bailando al ritmo de una banda de música tropical. ¡Así es como se ganan los votos y la voluntad del pueblo en estas comunas rurales, primito!
- Renán, debes cambiar tu actitud y tu quehacer. Algún día va a caer sobre ti la Contraloría y tendrás gravísimos problemas.
- ¿La Contraloría? –Becerra estalló en una sonora carcajada- Déjame contarte cómo manejo a esos huevones de la Contraloría. Mira, hace un par de meses esa repartición envió un inspector a Las Calandrias para investigar mi actuar financiero con las platas de los programas nacionales, que son realmente los que provocan y logran avances de importancia, aunque yo siempre le digo a la ‘gallá’ que son ideas y proyectos míos. Bueno, sucedió que ese inspector descubrió varios ilícitos y algunos ‘chanchullos’... ¿qué hice? Lo invité a una reunión en mi oficina y le ofrecí un puesto en el municipio, con un salario que es el doble de aquel que recibe en la Contraloría. El tipo aceptó, hizo un informe estupendo en mi beneficio y ahora trabaja para mí en la municipalidad. ¿Te das cuenta qué fácil es desarmar a los burócratas del

gobierno? Y no me *digai* que eso es corrupción, porque así funciona la cosa por estos lados. Tú me *conocís* y *sabís* que yo soy vivaracho...

- De nada te sirven esas características si en lo principal eres un vulgar cobarde.
- ¿Cobarde, yo? –Renán emitió socarronamente una risilla que nada demostraba, salvo su propia incomodidad.
- Sí, cobarde...¿o ya olvidaste que durante la dictadura temblabas de miedo apenas creías sospechar que había militares rondando por el barrio? Recuerda que durante semanas, tal vez meses, no te atreviste a salir de la casa de tus padres. Tus vecinos de entonces aseguran que en alguna ocasión llegaste incluso a denunciar a uno de ellos creyendo que eso sería una especie de salvaguarda.
- Si lo sabías, ¿por qué mierda vienes ahora, tantos años después, a sacármelo en cara? –a Becerra le tiritaba el labio inferior; su indignación caminaba a la par con aquella cobardía suya cada vez que debía enfrentar cara a cara a un oponente. Ello quedaba demostrado en que no deseaba punzar el orgullo de su primo David. Temía una reacción violenta, la cual le dejaría en el más absoluto ridículo frente a los comensales y curiosos que se agolpaban en las salas contiguas a ese reservado.
- Lo que no sabía es que eras una especie de dictador y delincuente. Lamento que funcionarios públicos caigan en tu juego y se vendan por unas monedas.
- ¿Por unas monedas? P'tas...le pago casi dos millones de pesos mensuales a ese gil. Pero los vale, porque me alerta de lo que la Contraloría Regional puede hacer en Las Calandrias.
- Veo que todo el sistema está podrido –suspiró David- Sinceramente, espero que no vayas a dar con tus huesos a la cárcel. Quedo tranquilo porque ya cumplí mi promesa hecha a Romima avisándote sobre lo que puede venir en contra tuya, pero me voy desilusionado ante tu corrupción, soberbia y totalitarismo.
- Avíspate, así es la política.

David lo observó con una mirada carente de expresión. Ya nada más podía hacer para salvar a su único pariente. Al abandonar el comedor soltó una dura frase a guisa de despedida.

- En política, peor que un rico que no conoce el estómago vacío, es un socialista al que se le olvidó el sabor de sus propias tripas.

Mientras, lejos de allí, en las oficinas del Contralor General en Santiago, el diputado Munita se explayaba desmenuzando asuntos que colocaban al alcalde Renán Becerra dentro del espacio ocupado por la delincuencia administrativa.

Sin embargo, desconocía el último de esos eventos, quizá el más grave de todos...pero el parlamentario no podía saber de ello ya que recién estaba saliendo a la luz en Las Calandrias. El origen del nuevo y delicado traspié edilicio se encontraba en una cuestión de antigua data, específicamente cuando la directora de la Escuela ‘Héroes de la Patria’ decidió realizar con su alumnado una especie de “Parada Militar Infantil” para celebrar las fiestas patrias, y de paso dar cumplimiento a las exigencias del Ministerio de Educación en cuanto a enseñar lúdicamente educación cívica al alumnado.

Sucedió que coetáneamente a aquello, el cargo de Dirección de esa Escuela quedaría vacante prontamente, por lo que debía llamarse a concurso público para designar al nuevo Director. Para todos los miembros de la comunidad educativa, y para el público en general, doña Estercita Salvatierra era reconocida como la persona que hizo de aquel establecimiento un verdadero lujo de escuela pública. Había ganado dos veces el concurso mediante la Alta Dirección Pública (que para muchos chilenos resultaba ser una institución seria y respetable), por lo que difícilmente podría ser derrotada por otros concursantes, ya que además de haber sacado a la Escuela de una situación de pobreza infraestructural y pedagógica, junto con lograr un aumento significativo de matriculas cada año.

Becerra deseaba fervientemente sacar a Estercita de la dirección de ese establecimiento municipalizado. Para ello, requería que la comisión pertinente

–encabezada por el jefe de DAEM, Fernando Dacaret- no la incluyera en la terna que le presentarían para su determinación final. Asunto ímprobo, ya que doña Ester en los dos concursos anteriores había obtenido la puntuación máxima, y esta vez se presentaba con más antecedentes favorables. En una de las tantas reuniones sostenidas por Becerra con su jefe DAEM, escuchó la tibia explicación con la que este trató de hacerlo desistir de su enfermizo propósito.

- Tengo los antecedentes y currículos de los concursantes aceptados por la Alta Dirección Pública, y doña Ester les pinta la cara a todos. Va a ser difícil sacarla de la terna, Renán, ¿Por qué no reconsideras tu opinión y te olvidas de esa ansiedad por eliminarla del juego?
- ¡Ni cagando! A esa huevona la quiero fuera de la escuela. No puede seguir siendo directora. Además, es la esposa de ese viejo infame del Jacinto que me tiene las bolas como platillo con sus críticas a mi persona, a mí que soy la primera autoridad comunal, y que insolentemente me saca la cresta en sus picantes programitas radiales.
- Cálmate jefe, respira profundo y baja tu rabia. Te estás buscando un problema serio con la comunidad educativa de esa escuela, específicamente con los padres y apoderados que admiran a doña Ester Salvatierra, aman a su escuela y adoran a su sector habitacional. Y no son pocos votos, como bien sabes.
- Me importa una raja todo eso. ¡¡La quiero fuera de la escuela, y punto!! *Tenís* que *cranear* una forma para no dejarla en la terna. Es la mejor forma de sacarme el pillo con la comunidad, porque si no queda en la terna, simplemente no puedo elegirla.
- La única forma de cumplir lo que solicitas es dándole un puntaje ridículamente bajo en la entrevista personal, no tenemos más alternativa que esa. Pero, se va a notar y pasaremos muy malos momentos.

Becerra aplaudió con pasión haciendo dar un brinco a Dacaret. Le gustó la fórmula. Y así lo expresó.

- ¡Eso, eso! Dale el más bajo puntaje posible en la entrevista personal, y a la vez otórgales el más alto puntaje en esa misma entrevista a dos personas que deseo tener como directores aquí en la comuna.

- ¿Y quiénes son esas personas? –Dacaret sentíase sorprendido en grave falta al no saber los deseos de su jefe.
- Es un matrimonio de profesores que viene del sur...de Angol creo, y me los recomienda nada menos que el hijo del ‘Huacho’ Uribe.
- ¿Juan Martín?
- Sí, Juan Martín. Gano doble premio. Saco a la vieja de la escuela y el hijo del ‘Huacho’ me debe una. Capicúa.
- Ya...entonces, ¿qué hago con ese matrimonio?
- Avís pate, poh, Fernando. El cabro va como director de la escuela ‘Héroes de la Patria’, y su esposa como directora del Liceo Municipal.
- ¿Y si no tienen suficiente curriculum?
- P’tas, huevón.... la entrevista personal, poh...la entrevista personal decide todo. ¿Cómo es que no *cachai* una? Dale a esa entrevista un alto porcentaje del total del concurso y asunto terminado.
- La gente del sector de Nogales, donde está ubicada la escuela, va a saltar como impulsada por un cohete –retrucó Dacaret, preocupado por el maremoto social y político que podría venirle encima.
- ¿Y qué? Patearán la perra un par de días.... con suerte una semana...y después se pondrán de nuevo a mi servicio. No te preocupes, yo los manejo a mi pinta. Pero a esa vieja’e mierda de la Ester la quiero fuera de la dirección de la escuela. ¡Qué tanta *huevo*,... soy el patrón de la comuna y tienen que obedecerme! Y si no...les echo a los ‘pacos’.

Dacaret cumplió cabalmente los deseos de su jefe. Otorgó un puntaje inusualmente bajo en la entrevista a Estercita Salvatierra, dejándola fuera de la terna que tendría el alcalde en sus manos para decidir los nombres de quienes ocuparían los cargos de dirección en ese llamado a concurso público.

Cuando la comunidad educativa de la escuela ‘Héroes de la Patria’ conoció los resultados del concurso...se incendió la pradera. En realidad, ardió la comuna. Era inaceptable que doña Ester –con el currículum que llevaba a cuestas- hubiese quedado fuera de la terna. Dacaret se hizo humo y traspasó a su jefe el grueso del problema. Las diversas comunidades de Las Calandrias se pusieron en acción, y más temprano de lo esperado comenzaron las críticas –cada vez más violentas- por la decisión del alcalde.

Los padres y apoderados del alumnado del establecimiento educacional decidieron organizarse y se instalaron con camas y petacas en la calle, frente a la entrada de la escuela, encendiendo velas y armando parrillas para asar carne, acompañados de guitarras, cánticos y velas. Antes de lo esperado, alumnos y alumnas de los cursos superiores de aquel establecimiento decidieron ‘tomarse’ la escuela, cuestión que nunca había ocurrido en Las Calandrias.

Becerra enloqueció. No esperaba una reacción popular como aquella protagonizada por decenas de habitantes de la localidad de los Nogales. Sintióse traicionado por esos vecinos a quienes creía haber beneficiado con proyectos nacionales. Tarde, descubrió que doña Estercita era una especie de líder en aquel extenso, poblado e histórico sector de la comuna. Por primera vez, en doce años, Renán saboreó el ácido amargo de la derrota.

Los imberbes alumnos de la escuela habían decidido tomarse el establecimiento apoyando a su directora, a la vez que cuestionaban ácidamente el proceso de designación del nuevo jefe del establecimiento educacional, acusando al alcalde y al jefe del DAEM de “tramposos”. Jacinto Neira se encargó de distribuir la noticia a las radioemisoras y diarios de Talca, logrando que ella se expandiera luego a nivel nacional.

Becerra ardió en ira y se comunicó con la Prefectura talquina de Carabineros exigiendo la presencia de “Fuerzas Especiales” en Las Calandrias, específicamente en el sector de Nogales, porque allí había “una toma ilegal de establecimiento municipal y claros intentos de terrorismo por parte de jóvenes delincuentes”.

Cuando la policía llegó al lugar (los relojes marcaban las once de la noche) encontró a un numeroso grupo de personas frente a la entrada del establecimiento, quienes cubrían sus cuerpos con ponchos y mantas para capear el frío nocturno. Los carabineros se percataron de inmediato que se trataba de gente inocente, pacífica, de personas de trabajo, de padres y apoderados de alumnos cuyas edades no superaban los 14 años, y que estaban al interior de la escuela reclamando por algunos asuntos que, obviamente, los policías desconocían. El teniente a cargo de la operación conversó con las madres de los adolescentes, e incluso recibió con buen talante la oferta de café

caliente y sopaipillas para sus hombres. Al enterarse de los motivos de la toma, el oficial sonrió con ironía entendiendo que la primera autoridad comunal había exagerado en su reclamo, ya que allí no había trazo alguno de terrorismo, disturbios serios ni maldad. “Manténganse tal cual están; no ocupen la calle ni entorpezcan el tránsito, permanezcan sólo en la vereda; traten de no meter mucho ruido para que la gente del sector pueda dormir sin mayores problemas. Volveremos mañana para visitarlos de nuevo. Ojalá cumplan con lo que les estoy sugiriendo”. Esa fue la única respuesta del oficial. Las Fuerzas Especiales se retiraron del sector una hora después, y la ‘toma’ de la escuela continuó su proceso.

Seis días más tarde, impelido por la necesidad de un conflicto que escalaba rápidamente en la comuna atrayendo a otros actores, y ante el hecho que la noticia había sido recogida incluso por canales de televisión y por autoridades regionales, Becerra se apersonó en la escuela dispuesto a conversar con los niños que estaban en su interior. La rabia le consumía el ego. Iba furioso. Sentíase menoscabado en su calidad de primera autoridad. “Dialogar con mocosos de mierda que con suerte saben abrocharse los cordones de sus zapatillas”, soliloquiaba rumbo a la escuela dentro del automóvil municipal que conducía su sempiterno asistente, Basilio González, el locutor, o el ‘goma’, como era conocido en muchas partes de la comuna.

¿Qué asunto, qué hecho concreto, le decidió a abandonar su oficina y aceptar “un diálogo” con los adolescentes? “¿Quiere que lo acompañe jefe?”, había preguntado Ermelinda Cáceres. “No, ¿estai ‘del chape’?, a voh no te traga nadie en ese sector”. La cuestión que inclinó la balanza y le hizo asistir a Nogales fue el apoyo masivo que la gente de Rebeca Cantallopts y algunos seguidores de Juan Martín Uribe entregaron públicamente a doña Estercita, a la comunidad educativa de ‘Héroes de la Patria’, y a los alumnos en toma del establecimiento. Becerra barruntó que su candidatura por un cuarto período alcaldicio tambaleaba. Por vez primera, en doce años de total dominio sobre la comuna, el frío helado y sudoroso de la derrota se instalaba en su nuca. “¿Está la tontorrón de la Rebeca, o el gil de Juan Martín en la escuela?”, preguntó a Basilio Gerardo. “No, don Renán...no están; pero sí está el Seremi de Educación junto a su jefe de gabinete”. “Por las re crestas...”, barbotó el alcalde, golpeando con su puño una de sus rodillas. Basilio, con no poco temor

por su seguridad espiritual, agregó: “también está Jacinto Neira transmitiendo en vivo para la radio Las Calandrias”.

La conversación de Becerra con los alumnos, teniendo al Seremi de Educación como ministro de fe, terminó en un acuerdo que aparentemente satisfacía a las partes. Los muchachos respetarían el resultado del concurso y el nombramiento de un nuevo director proveniente del sur del país. Pero, a la vez, el alcalde aceptaba que doña Estercita se mantuviera en la escuela –como ‘asesora’ del nuevo director- hasta el momento de su jubilación, lo que ocurriría diez meses más tarde.

Sin embargo, todo se complicó para Becerra días después de aquel acuerdo, ya que Jacinto Neira recabó informaciones referidas al concurso público, informando, siempre en “Hora de Trifulca”, que el Director elegido por el alcalde para hacerse cargo de la administración de la exitosa Escuela ‘Héroes de la Patria’ tenía un currículum que, con suerte, alcanzaba a la cuarta parte del que mostraba y poseía doña Estercita.

Una semana más tarde, toda esa información llegaba a manos del Contralor General de la República, en Santiago. “Dios santo... tenemos una especie de ‘macondo’ en la zona central”, murmuró el alto personero, convencido ya de tener que enviar a esa comuna a un par de sus mejores inspectores, sabedor además que su propia gente de la Contraloría Regional había sido cooptada por algunas mafias municipales. En tanto, en Las Calandrias, comenzaba la lucha sin cuartel por conquistar la alcaldía.

En la casa patronal del fundo La Moraleda (21:30 horas)

Anselmo Piña observó con satisfacción el rostro de cada uno de sus contertulios, reconociendo que en ellos existía el mismo dejo de preocupación que a él le venía embargando el alma y estragándole el ánimo desde hacía meses. La invitación extendida por doña Iralda Ruiz-Olalde viuda de Concha-Cazote, logró reunir a los cuatro principales latifundistas de la comuna, y no tenía otro objetivo que discutir el tema que a todos inquietaba

sobremana: las próximas elecciones municipales y la conducta y accionar del alcalde Becerra Alvear.

Los invitados llegaron a la casa patronal con puntualidad inglesa. Doña Inalda demostró ser una excelente anfitriona. Les recibió personalmente en el portal de ingreso junto a dos de sus trabajadores que a su vez se hacían acompañar por un par de perros de tamaño suficientemente grande como para tenerles respeto, los que se ocuparían en proteger la entrada al pequeño parque donde la casa patronal alzaba su bella estructura.

Piña no pudo evitar recuerdos de antaño al visitar el lugar luego de dos décadas. Los hechos acaecidos allí durante el asalto de los terroristas argentinos y chilenos en procura del cuerpo herido del presidente Andere, le hicieron revivir momentos de angustia y dolor. Sacudió suavemente la cabeza logrando liberarla de tan aciagos pensamientos y se abocó al tema que lo había llevado hasta ese fundo. Él no era precisamente un ‘terrateniente’; su parcela, aunque extensa, distaba mucho de constituir un fundo, pero doña Inalda le extendió el convite debido a que había sido alcalde y ahora era, cómo no, adversario del actual edil.

En cambio sus acompañantes sí eran terratenientes, y de los poderosos. Importantes agro exportadores frutícolas con amplias redes sociales no sólo en el gobierno -fuese cual fuese el signo ideológico que este tuviese- y en el Congreso Nacional, sino, también, en distintos países del hemisferio norte donde sus productos eran adquiridos a buen precio, lo que permitía y obligaba la contratación de mucha mano de obra en la comuna.

Inalda Ruiz-Olalde, Patricio Lozano, Ramiro Esquivel y Tomás Rentería, dueños del ochenta por ciento de todas las tierras fértiles y no fértiles de Las Calandrias, no se inmiscuían en asuntos políticos locales, al menos no directa y públicamente, pero sus aportes en beneficio de la comuna eran significativos y voluminosos. Además, no eran ciegos ni sordos. Por varias vías, incluyendo el *correvedile* de sus propios trabajadores, se enteraron de los malabares y atrocidades cometidas por el alcalde. Nunca se inquietaron por ello, ni tampoco se interesaron en terciar de alguna manera a favor o en

contra de nadie. Una semana atrás, todo lo anterior cambió. Por eso estaban allí esa noche.

- ¿Usted, estimada amiga, puede dar fe de la veracidad de esa información? Me atrevo a preguntarlo debido a la gravedad que implicaría certificar lo que hemos conocido a través de su llamado, el que por cierto agradecemos sinceramente.

- Don Tomás, la información ha sido corroborada no sólo por don Anselmo, aquí presente, sino también por mis buenos amigos Rebeca Cantallopts y Jacinto Neira, quienes ustedes conocen, supongo.

- Entonces, para ser claros y directos, el señor Becerra se permitió una balandronada insensata y torpe al asegurar...

- Al prometer, don Tomás, al ‘prometer’ –aclaró Anselmo con rapidez.

- Ah, ya...entonces, al prometer que en su último período alcaldicio –si resultara electo, obviamente- destinaría sus principales esfuerzos y acciones a ¿cómo dijo ese hombre?, sí, a fiscalizar directa y personalmente el trabajo de nuestros *packings*, cual si fuera funcionario de algún ministerio, como el del trabajo o el de agricultura. ¿Es así, o estoy equivocado?

Anselmo Piña hizo a un lado la pequeña taza de café antes de responder la inquietud planteada por su amigo Rentería, sin embargo, el viejo latifundista calandrino, Patricio Lozano, se adelantó y habló con serena certeza.

- Es absolutamente cierto, Tomás. Incluso en el *packing* que tengo en Curicó, en Rauco, mi gente habla respecto de las amenazas de este alcalde, el que ha llegado a decir que nos controlará “sanitariamente y por los derechos laborales”. Ya sé que no es de su competencia esa labor, pero promete hacerla. Parece que desea que le entreguemos una porción del trabajo de raleo, cosecha, embalaje y venta de nuestra fruta.

- Pero, ¡este hombre está desquiciado! –barbotó Ramiro Esquivel- Primero nos amenaza estúpidamente, y anteayer nada más, sí, anteayer, envió a uno de sus asesores a las oficinas de mi fundo para solicitar que yo

autorizara la donación de una tonelada de frutas que él quería distribuir entre la gente más carenciada de las Calandrias.

Doña Inalda sonrió tiernamente. Tenía experiencia en esas lides políticas gracias a que, junto a su fallecido esposo, hubo de enfrentar en varias ocasiones las arremetidas de parlamentarios que, ora enrabiados, ora interesados, deseaban apoderarse de un paño del pequeño imperio de los Concha-Cazote.

- Queridos amigos, no debemos preocuparnos en demasía por lo mencionado en esta mesa, lo que sí debemos hacer es aplicar las tácticas que mi difunto esposo acostumbraba a poner en acción cuando se presentaban situaciones como esta que nos ocupa hoy día. Este alcalde es un bicho menor, un ente de tamaño insignificante no sólo en lo económico y en lo social, sino también en lo político y en lo cultural. Ya está perdiendo apoyo popular fuertemente, lo que nos ayudará a sacarlo democrática y definitivamente del cargo que ocupa.

Rentería, siempre inquisitivo, pidió claridad en lo que doña Inalda planteaba, y ella no tuvo dificultad en complacerlo despejando dudas.

- Hace menos de un mes envié un extenso documento a mi amigo el Contralor General de la República, en Santiago, exponiéndole los acontecimientos que todos conocemos y que tienen al señor Becerra como causante de ellos. Ayer añadí una nueva carta mencionándole esto de la “intervención” que el edil pretende realizar en nuestros *packings*. Junto con ello, envié también copias de ambos documentos a nuestro común amigo, el diputado Waldo Munita, quien esta mañana me llamó telefónicamente para asegurarme que el Contralor ya habría determinado una severa inspección al municipio de las Calandrias, enviando a dos inspectores directamente desde la capital.

- ¿Será suficiente eso? –Esquivel desconfiaba siempre de los organismos del Estado.

- Ya que lo que abunda no daña, me parece que es hora de abandonar nuestra cómoda neutralidad y apoyar económicamente la candidatura de

Rebeca Cantallopts. Si Becerra nos declaró la guerra, bien pues, aceptemos ese reto y vayamos al frente de batalla apoyando a una persona que cuenta con franco respaldo popular y juvenil, y que, además, es una pequeña empresaria dueña de una fuerte personalidad y enorme amor por su terruño calandrino.

- No sólo debemos apoyar a la señorita Cantallopts –terció Piña- sino también es una obligación nuestra, en defensa de esta comuna que amamos, blindar a Rebeca en la campaña que se avecina, ya que deberá enfrentar a un fuerte adversario, Becerra, y también a un peligroso individuo, Juan Martín, el hijo del narcotraficante ‘Huacho’ Uribe.

- Parece que doña Rebeca es nuestra única alternativa en esta lucha contra el corrupto dictadorzuelo Becerra, y el delincuente Uribe –apuntó certeramente Patricio Lozano.

- No sólo la única alterativa, Patricio, sino la mejor, puedes estar seguro –insistió Piña.

El acuerdo fue unánime e instantáneo. El resto de la noche lo desgastaron en conversaciones que deambularon por los problemas de las exportaciones, el valor del dólar y la sequía que comenzaba a amagar la tranquilidad de la gente que explota los campos para alimentar el país. Casi al finalizar la jornada, poco antes de retirarse cada uno a su respectivo domicilio, Rentería volvió bruscamente al tema Becerra con una pregunta directa.

- Si Contraloría logra certificar algunas de los dolos cometidos por el alcalde, ¿ello significaría cárcel para ese individuo?

- Bueno, eso es posible –concluyó Piña- Como también es probable que le confisquen propiedades mal habidas. La justicia tarda, pero siempre llega.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

- Estamos solos, desamparados y sin atención adecuada por parte de las instituciones principales del sistema supuestamente democrático que tanto alaban las autoridades políticas de todos los colores.

Rebeca Cantallopts hablaba calmadamente, otorgando a sus palabras y al tono de la voz un giro casi melancólico, lejano de cualquier animadversión. La grabadora puesta en acción por el periodista del canal televisivo talquino funcionaba sin emitir quejido alguno.

- Si usted permaneciera en Las Calandrias durante un mes, se percataría que esta comuna es apenas una raya en el mapa, un punto ignorado incluso por la prensa nacional. Estamos en condiciones de demostrar que la actual administración, en estos doce años de un manejo comunal absolutamente totalitario y egocéntrico, sectario, nepotista, vengativo y mafioso en cuanto a su comportamiento y reacciones, se ha apoderado mañosamente de al menos dos mil millones de pesos “cortándole la cola” a muchos dineros provenientes de los programas nacionales que, además, afirma falazmente que son producto de su propia creación, de una inexistente capacidad económica de un municipio rural pobre que, con suerte, puede financiar pequeños asuntos como mejoramiento de jardines y alquiler de maquinaria para emparejar callejones de tierra y arcilla.

Rebeca hizo una pausa. Alisó su cabellera, bebió un sorbo de agua y luego de mirar fijamente a los ojos del periodista continuó hablando. Estaba decidida a atacar sin ambages ni remilgos a Becerra. Sabía que sus palabras encenderían una reacción destemplada del edil, pero ya no le importaba, había que enfrentar a cara descubierta la corrupción, al amiguismo y el sectarismo con todas las fuerzas posibles, sin ambages ni dilaciones. Su hermano Marcelo, ‘Chelo’, sentado detrás de ella, apretando los puños con fiereza contenida, ansiaba que llegara por fin el momento para actuar físicamente contra los ‘gomas’ del alcalde y la pandilla de ayudistas contratada con buen pago por parte del edil.

- En estos últimos doce años los calandrineros hemos estado solos, sin defensa alguna, desamparados por la inexistencia de instituciones nacionales, ya que no ha habido ni ministerio público, ni Contraloría Regional, ni prensa nacional, ni partidos políticos, ni guerrilleros, ni bandoleros de ninguna especie, ni nadie, absolutamente nadie, dispuesto a enderezar curcos y ayudarnos. Hemos estado, aunque parezca increíble, a la total disposición del hígado de un inculto, libidinoso, corrupto y mitómano apellidado Becerra. Tal vez un ladrón de siete suelas; habría que indagar exhaustivamente respecto de cómo obtuvo dinero para construir sus palacetes en Las Calandrias y en el litoral de otras provincias. Una profunda auditoría externa podría darnos la respuesta. Lo mismo deberíamos hacer con varios de los asesores y personal de exclusiva confianza de este alcalde. Nos topáramos con sorpresas increíbles. Acá en Las Calandrias es probable que algunos de ellos puedan haberse enriquecido ilícitamente. Es lo que tarde o temprano tendremos que investigar.
- Sería conveniente contar con algún caso concreto de corrupción, o de mal manejo de fondos públicos, para darle cuerpo al reportaje –insinuó el periodista talquino.
- Hay muchos ejemplos, pero creo que este bastará para satisfacer lo que usted desea. Tiene relación con una de las tantas fiestas populares que el alcalde acostumbra organizar. ¿Le parece adecuado?
- Claro que sí, cuénteme por favor, estoy grabando.

Rebeca carraspeó con suavidad, y luego de mirar a sus hermanos –los que asintieron con leves movimientos de sus cabezas dándole a entender que estaban de acuerdo en desnudar las tropelías de Becerra, comenzó a relatar el caso que debería servir ‘de cuerpo’ al reportaje.

- Para nadie es un misterio que este alcalde, a través de los funcionarios que él mismo designa para organizar las fiestas, cobra un porcentaje del pago con que el municipio contrata a ciertos artistas. Generalmente es el treinta por ciento del total. En cada fiesta que organiza, Becerra se lleva una tajada de varios millones de pesos...y el funcionario a cargo de las contrataciones también recibe una tajada.

-Nada nuevo bajo el sol, es la corruptela habitual en muchos municipios, y la Contraloría siempre hace mutis por el foro –apuntó el reportero.

Rebeca no pudo evitar un gesto de rabia, pues lo que de verdad quería contar aún seguía esperando la oportunidad de salir a la luz. El periodista notó el brusco cambio de humor de su entrevistada y preguntó si había algo que le molestaba.

- En nuestra comuna, este alcalde rompe todos los esquemas de lo ‘habitual’, aún si ello es parte viva de la corrupción y de lo ilegal. Acá hay verdaderos récords nacionales de inmoralidades y robos. Vea usted lo siguiente. En una de esas fiestas –la del año antepasado, en abril me parece– Becerra contrató a una banda salsera llamada “Los trompos de Eustaquio”...

La carcajada que lanzó el periodista interrumpió el relato. “Los trompos de Eustaquio, y no la trompa?”. Y volvió a reír con ganas. “¿Sabe usted, señorita, qué es la Trompa de Eustaquio?”. Por cierto, Rebeca lo sabía, y lo explicó sucintamente, “un pequeño pasaje que conecta la garganta con el oído medio, y al tragar, al bostezar y al estornudar, evita que la presión producida por el líquido o por el aire se acumule dentro del oído”. Hecha la aclaración, Rebeca relató finalmente la ilegal argucia con que el alcalde se embolsicó siete millones de pesos.

- Lo que ocurre, es que esa banda no actuó en la fiesta, ni ha tocado ni actuado en ninguna parte, porque simplemente no existe. Becerra juntó a tres o cuatro de sus incondicionales seguidores, Les hizo firmar unos papeles y les tiró un billetito a cada uno de ellos. Eran “Los trompos de eustaquio”; cobraron siete millones por una actuación que jamás se realizó, pero figuró en la rendición oficial de cuentas. ¿De dónde se obtuvo una boleta para comprobar el gasto? Sólo Becerra, y tal vez Basilio González, su sempiterno locutor oficial, lo saben.

No bien el periodista abandonó el Taller “Cantallopts Hermanos” fue abordado por algunas mujeres cuyas edades superaban con largueza el medio

siglo. Se les notaba nerviosas e impacientes, pero atreviéronse a preguntarle su opinión respecto de un asunto que les molestaba. Otras personas parecían estar atentas a lo que el periodista podía responder, aunque se mantenían a cierta distancia, siempre, claro que sí, con ojos y oídos alertas, ya que temían que alguno de los asesores de Renán Becerra pudiese presenciar la escena. Además, el edificio municipal se encontraba a menos de cuatro cuadras de allí.

- El alcalde celebra su cumpleaños en cada calendario. Esta vez se pasó para ser fresco y sinvergüenza. Inventó una especie de ‘capacitación’ para las juntas de vecinos, invitó a dirigentes de organizaciones comunitarias y obligó a los funcionarios municipales a asistir, pero pagando una cuota en dinero en efectivo. Lo peor de todo fue que dio la orden para que el bus municipal que traía a los abuelitos desde Constitución luego de pasar un día en la playa, se detuviese en el parque Las Trancas cuando habían arribado a Las Calandrias luego de tres horas de viaje desde la costa, a las nueve de la noche. Les obligó a participar en la celebración porque el número de asistentes era escaso. Había alcohol y algunos canapés. ¿Eso está permitido por la ley, señor periodista?

Claro que no estaba permitido por la ley, pero en municipios aislados de las grandes metrópolis todo era posible. El joven reportero quedó anonadado, demudado, y sin capacidad de dar una respuesta. Le habían contado cómo era Becerra, sin embargo recién ahora lo conocía de verdad. Se acercó luego a la sede de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos y pudo confirmar lo que las mujeres le habían informado cerca del taller de los Cantallopts.

El reventón de todo ello acaeció luego. El periodista caminaba hacia el lugar donde había estacionado su vehículo y su transitar se vio interrumpido por tres individuos de mal aspecto que lo rodearon con cara de pocos amigos. Uno de ellos, el de mayor contextura física, le pidió entregar su grabadora. Otro de los interceptores le empujó con un manotazo.

- La grabadora, cabrito...la grabadora y te *podís* ir sin problema.
- Soy periodista y ustedes no tienen derecho alguno a exigirme...

- Termina con esa huevía, cabro'e mierda –barbotó el que llevaba la voz cantante de los delincuentes- Pásame la grabadora ahora mismo, y te *evitai* una zumba.

Otro de los interceptores quiso apurar la causa.

- Entrega rápido esa grabadora... o si no...

Una fuerte voz proveniente de un lugar cercano interrumpió la encerrona avivando las alertas y encendiendo las dudas de los delincuentes. Esa voz les pareció, inmediatamente, conocida.

- ¿O si no, ¡¡¿qué?!! Te estoy preguntando a *voh*, Roberto Muñoz... ¿o si no... ¡¡¿qué?!! Lo mismo les pregunto a ustedes, par de huevones al peo, Tacuaco y Merluza...ya, poh, díganme, ¿o si no qué?

Muñoz quiso imponer su deseo tratando de amedrentar al recién llegado. Pero, el tiro le salió por la culata.

- Escucha, Chelo...la *huevía* no es con *voh*...no te *metai* en lo que no te importa, mejor lárgate de aquí antes que me de la locura y...

No alcanzó a terminar la frase. Un potente izquierdazo del tal Chelo le cortó ambos labios sacándole uno de los dientes de la mandíbula inferior y enviándole al piso cual si fuese un saco de cemento lanzado desde cierta altura. El cuerpo de Muñoz rebotó duramente en la tierra y quedó tendido allí cuan largo era, emitiendo quejidos apenas audibles, sangrando profusamente de boca y narices, mientras sus dos acompañantes huían del lugar como si el diablo les persiguiera.

- Por San Miguel Arcángel, ¡qué *juerte* pega *usté* don Marcelito, Dios santo! –exclamó una de las mujeres que hacía minutos nada más estaba conversando con el periodista.

- Señora Melania, le pegué con la izquierda; a la hora que le pego con la derecha...lo mato –respondió el hermano mayor de Rebeca Cantallopts, sobándose los nudillos de su mano.

‘Chelo’ se agachó y trató de asistir al alicaído Muñoz. Una vez que logró reavivarlo, tomándolo de las axilas lo levantó en vilo como quien alza un peso liviano. “Si *querís* revancha búscame en los estacionamientos de La Guindalera este viernes a media noche. Mientras tanto, dile al *ahuevona* de tu jefe, el alcalde, que la próxima paliza la tengo reservada para él”. Con fuerte empujón lanzó al matón a dos metros de distancia señalándole el camino hacia cualquier parte. Giró el cuerpo y enfrentó al periodista que aun seguía boquiabierto al no poder procesar completamente lo acaecido.

- Guarde esa grabadora, amigo mío, suba a su automóvil y regrese a toda velocidad a Talca, a su lugar de trabajo. Ya sabe cómo son las cosas por acá. Si usted y sus patrones son honestos y objetivos, le contarán la verdad sin remilgos a los telespectadores.

- Muchas gracias por su ayuda... esos eran verdaderos delincuentes, ¿puedo entrevistarlos antes de irme?

- Olvídelo...hágame caso; váyase de inmediato. Mi hermano Pablo le seguirá en motocicleta hasta que usted empalme con la Ruta Cinco.

- ¿Debo seguirlo hasta la Ruta Cinco? ¡Son más de sesenta kilómetros! ¿Y qué deberé hacer si hay otros giles esperándolo más allá de Las Calandria, ah? Ya, poh...¿qué debo hacer?- Pablo, sentado en su moto japonesa había observado la escena de la pelea sin intervenir, pero ya que las últimas palabras de su hermano mayor le preocuparon decidió elevar tímidamente una protesta.

- Entonces deberás hacer lo mismo que acabo de hacer yo –respondió Chelo sonriendo irónicamente.

- Mish... ¿y por qué no lo acompañas tú?

- Porque no soy tan bueno como tú conduciendo motos.

La noticia del puñetazo propinado por Marcelo a uno de los conocidos acompañantes del alcalde corrió por las calles del pueblo como río desbordado, aunque, por cierto, con aditamentos varios, los cuales iban cambiando al transitar de una boca a otra. En la alcaldía el viento del murmullo sacudió incluso los cristales del edificio, mientras que en la radio

Jacinto Neira tomó debido apunte del cuenteo decidiendo visitar a Rebeca esa tarde.

Sin embargo, donde el rumor de la pelea cobró mayor vida fue en la tenencia de Carabineros. Allí, el sargento Brayan Capriles consideró que era imprescindible interrogar a los participantes en ese desorden público con resultados de agresiones físicas. Era un buen tipo el sargento, bastante joven para ostentar ese rango, pero sentía especial animadversión por Marcelo Cantallopts debido a una antigua controversia sentimental. Chelo había necesitado tan sólo una noche en la Disco local para enamorar a María Soledad, quien era pretendida desde hacía meses por el suboficial de la policía. El romance de la muchacha con el mecánico automotriz duró poco tiempo...cinco semanas. Después de ello, la chiquilla desestimó totalmente las nuevas invitaciones y requerimientos amorosos del carabinero, ya que prontamente inició otra relación sentimental, esta vez con el joven kinesiólogo del Consultorio de Salud.

Chelo se apersonó en la tenencia luego de ser informado de la orden expandida por el sargento a través de uno de los carabineros de la dotación, quien le recomendó presentarse a conversar con el suboficial para evitar estropicios mayores, pues de acuerdo al protocolo al cual debía ceñirse la policía uniformada era necesaria una investigación de lo ocurrido.

- Dispongo de dos versiones de lo que sucedió con la discusión y agresión física en la que participaste este mediodía, frente al taller mecánico, junto a un funcionario municipal, don Romualdo Muñoz –el sargento Capriles fue directo al grano esperando obtener rápida y afirmativa respuesta por parte de Marcelo, quien se encabritó de inmediato ante la aseveración policial respecto de la persona que había tumbado de un puñetazo pocas horas antes.

- ¡Ese huevón no es funcionario municipal! ¿De dónde sacaste esa estupidez, Brayan? Es uno de los gorilas que le cuidan las espaldas a Becerra, y este le paga un sueldo de su propio bolsillo.

- Pero, Muñoz protege a una autoridad –respondió el policía.

- Si vamos a darle crédito a tu comentario, significa entonces que esa autoridad fue quien lo envió a amenazar a un periodista de la televisión

regional. ¿Citaste también al alcalde para redactar tu investigación? ¿Y a Muñoz? ¿O sólo a mí?

- Evita comentarios inútiles, Marcelo, y entrégame tu versión de los hechos –la voz de Capriles se había endurecido como forma de eludir discusiones en las que sabía que los argumentos no estaban de su parte.

- Te insisto, sargento...¿vas a citar a Muñoz y al alcalde?

- No hay una sola prueba que permita incriminar a la primera autoridad municipal en lo que ocurrió hoy a mediodía, y lo sabes. Pero, en cuanto a Muñoz, sí, lo citaré.

- ¿Y para qué perderás tiempo citándolo si seguramente ya tienes preparado un documento en el que me culparás de la pelea y a él lo absolverás de toda responsabilidad? Ese documento lo entregarás al juez de policía local, gran compinche del alcalde, yo recibiré una fuerte sanción económica y tú quedarás como rey ante Becerra y el juez. Así va a ser. No lo niegues.

El sargento sintió la estocada. Sus ojos parecieron inyectarse en sangre y su boca modeló un rictus extraño, donde ira y furor ocuparon todo el espacio. Gustosamente habría ordenado a sus hombres encarcelar a Marcelo Cantallopts en una de las sucias celdas que la Tenencia tenía en su patio, pero ello podría costarle una severa sanción dictaminada por sus jefaturas, lo que le marcaría para siempre en aquella comuna. La indignación que le invadía buscó caminos distintos para aflorar sin ambages ni remilgos. Dio un fuerte golpe sobre el escritorio haciendo saltar algunos lápices y desarmando el teléfono, cuyo auricular golpeó ruidosamente la cubierta de madera.

- ¿Me estás acusando de corrupción y de no cumplir con mi labor de policía? –barbotó Capriles.

- Tengo serias razones para dudar de la honestidad de ustedes, sargento...

-Estas lenguaraces opiniones tuyas, señor Cantallopts, pueden llevarlo directamente a la cárcel. Acusar a Carabineros de Chile de faltar a la ética policial y al juramento institucional es asunto muy, pero muy grave.

- Por supuesto que es grave. Sé lo que digo, y sé por qué estoy acusando, sargento. Dudo que ustedes, carabineros de Las Calandrias, cumplan con su deber si se ven enfrentados a detener y llevar ante los tribunales de justicia a alguna autoridad. Por eso mismo le exijo que se atreva a detenerme y meterme a una de esas cloacas que ustedes llaman ‘celdas’; pero esa exigencia pasa también por la imperiosa necesidad de que me lleve ante el ministerio público en Talca, y no ante el juez de policía local calandrino, quien también es parte activa de la red de protección al alcalde.

- ¿Qué diablos pretende demostrar, señor Cantallopts? Claro que puedo detenerlo y pasarlo al ministerio público, a fiscalía, mañana a primera hora. Le irá muy mal, se lo aseguro.

Marcelo sonrió de manera enigmática, y acercando su cara al rostro del sargento, le instó a detenerlo. ‘Hágalo, no dude y hágalo’, lenguajeó con una suavidad que a Capriles le pareció perversa.

- Chelo, tu odio al señor Becerra traspasa los límites llegando a inventar corrupciones en mi institución. Deberé encarcelarte y llevarte mañana ante la Fiscalía en Talca.

- ¡Estupendo, magnífico! Es precisamente lo que quiero y lo que necesito. Allí, junto a mi abogado, demostraré cuán corruptos son ustedes, carabineros de Las Calandrias. Será noticia nacional. Tu rostro estará en todos los canales de televisión y en la portada de muchos diarios.

- Ya...me hartaste Marcelo, me llenaste la canasta y se me agotó la paciencia. ¿Demostrar que somos corruptos? -Capriles ardía de rabia.

El hermano de Rebeca suspiró profundamente; bajó la cabeza y estiró sus manos buscando un punto de apoyo inexistente. Consideró sano y oportuno mostrar a quien antes era su amigo –distanciado ahora por una cuestión sentimental de menor talante- el escenario en el cual carabineros de Las Calandrias caminaban por el delgado hilo sobre un abismo, pudiendo despeñarse por el simple hecho que alguien hablara y relatara en un tribunal lo sucedido dos meses antes. Marcelo alzó la cabeza y miró al sargento a los ojos. Esta vez, su voz era suave y amistosa...al menos, así comenzó siendo su alocución.

- Brayan, Brayan... la duda sobre la honestidad de ustedes en esta comuna se encuentra retratada en un vídeo que dos amigos filmaron durante la Fiesta de la Uva en el gimnasio municipal. Allí, el senador Leculñir, invitado especial de nuestro alcalde antes de que este trapeara el suelo con él, bebió más de la cuenta. El vídeo lo muestra embuchándose varias piscolas, un par de whiskies, algunas copas de vino y cuatro o cinco cervezas. Abandonó el gimnasio bastante mareado, ebrio en realidad. Subió a su automóvil y marchó rumbo a Talca. A cinco kilómetros de Las Calandrias, volcó en una zanja que hay en la curva donde está el aserradero de don Arnaldo. Ustedes y bomberos concurren al lugar. Tuvieron que sacar al senador del interior de su coche; estaba sin grandes heridas. Lo trajeron a esta Tenencia y le aplicaron el alcotest. ¿Quiere que continúe con mi relato, sargento?

Capriles estaba extrañamente silente. Demudado y sin voz.
¿Vídeo...había un vídeo de esa fiesta en la que el senador bebió a destajo? El policía sintió que un sudor frío recorría su espina dorsal...pero no habló.

- Seguramente estás preguntándote si realmente hay un vídeo, ¿verdad?
-Marcelo no tenía sorna alguna en sus palabras- Claro que lo hay, por ello afirmo que ustedes no hicieron su pega ese día. Aseguraron que el alcotest señaló que el senador tenía cero grados de alcohol en sus venas. Tampoco cumplieron con el manido protocolo, pues no lo llevaron al Consultorio para obtener la muestra de sangre que se exige a cualquier conductor que ha tenido un accidente. De eso estoy hablando, sargento...por ello, si gusta, deténgame y lléveme a Fiscalía mañana mismo. El vídeo está en mi casa...y hay varias copias en casas de amigos.

Hizo un largo silencio esperando que el policía dijese algo, cualquier cosa, aunque fuese una mentira estúpida, pero Capriles seguía silente, sin poder hilvanar argumentos ni respuestas. Marcelo, entonces, continuó su perorata calmadamente.

- Lo que ocurrió hoy a mediodía con el puñetazo que le propiné al imbécil de Muñoz, cae dentro de este mismo plano. Todos saben en Las Calandrias que ustedes forman parte de la red de protección de Becerra. Pero hay una sola manera de limpiar la imagen, amigo Brayan.

El sargento alzó la frente y fijó su mirada en la bandera chilena que descansaba sobre la mesita de centro en medio de la oficina. Con su silencio Capriles preguntaba cuál era esa forma. Chelo se la señaló.

- Hagan su pega...abandonen al corrupto Becerra y dejen de simular que nada saben de la peligrosa presencia del narcotraficante Juan Martín Uribe. Si hacen eso, el prestigio y la imagen corporativa resucitarán como por encanto.

Quince minutos después, Marcelo cenaba en su casa junto a Rebeca y Pablo.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Un día hábil y de extraña configuración política en Las Calandrias, como se verá a continuación, Becerra reunió en el salón municipal a varias personas que deseaban formar parte de la lista de candidatos al Concejo Municipal encabezada por él en su intento de obtener una nueva reelección a la alcaldía.

Ermelinda las había citado con una semana de antelación. Provenían de distintos sectores de la comuna. Su composición era laboralmente variopinta. Entre ellos había cinco pequeños comerciantes, dos técnicos paramédicos, dos auxiliares de servicio, cuatro dueñas de casa, seis dirigentes de juntas de vecinos y tres presidentes de clubes deportivos locales. La verdad es que a Renán ninguno de los allí presente le otorgaba esperanza cierta en aumentar el volumen de votos en su favor. Iba a ser francamente difícil la lucha electoral esta vez. Tendría que actuar armado de las viejas mañas políticas. En eso, nadie lo superaba, pero requeriría de acompañantes que fuesen igualmente duros y desvergonzados, porque aplicar buenos modales le serviría de poco en la campaña pronta a iniciar. Así se los hizo saber, y sin mayores preámbulos fue directo al grano.

- Los que resulten elegidos por mí, tendrán el honor y el privilegio de acompañarme en la lista electoral. Sin embargo, deben saber que elegiré sólo a los que tengan cuero duro, porque la política no es pa'maricones, ni pa'llorones, y menos pa' colijuntos o viejas con corazón de abuelita. La política no reconoce diferencias entre hombres y mujeres. Así es la cosa. Sin llorar...recibir y dar, dar y recibir, sin asco. ¿Qué tan duros y bravos creen ustedes que son?

Juan José, presidente del Club Deportivo "Tres Esquinas" levantó la mano e hizo la pregunta que rondaba en la cabeza de todos.

- Don Renán, ¿a qué se refiere usted con eso de ser duros y bravos?, ¿podría explicarnos mejor con un ejemplo? Creo que es más fácil así.

Ermelinda trató de intervenir para explicar lo que, a su juicio, había querido señalar el alcalde, pero este la interrumpió con un brusco movimiento de su mano y contestó la interrogante del dirigente deportivo.

- Tu pregunta, Juan José, la responderé con otra pregunta.

Dueño de la situación, instalado en un lugar algo más alto que el de los presentes, el alcalde adoptó un aire de superioridad entrecerrando los ojos, y haciendo una mueca de desdén con sus labios, lanzó la perorata que tanto preocupaba a Ermelinda, quien en su fuero interno rogaba no tener que escucharla, ya que se la sabía de memoria y siempre le había disgustado; pero Becerra era Becerra, y no tuvo remilgos para desencantar a esos ilusos candidatos al Concejo Municipal.

- Quiero que se pongan de pie aquellos de ustedes que si llegasen a trabajar en política ocupando un cargo de representación pública, serían capaces de estafar a su madre, robarle a su padre, engañar a su esposa y meter presos a sus hermanos, todo ello si la política lo amerita.

Nadie se levantó. El silencio era sepulcral. Los precandidatos estaban anonadados; no podían dar crédito a lo que escucharon de boca del edil. ¿Estafar a la mamá, robarle al papá y encarcelar a los hermanos? Imposible. Por ningún motivo. No existía causa política alguna que permitiera efectuar tanta maldad.

- ¿Ninguno de ustedes haría eso? –insistió Becerra- ¿Ninguno? ¿Y quieren dedicarse a la política rezando el rosario?

El espectáculo que presentaba el salón municipal se asemejaba al cuadro “Los síndicos de los pañeros’ de Rembrandt. Atónitos, silentes, incrédulos, desencajados, los postulantes no sabían qué decir, ni qué hacer...ni cómo reaccionar. Mudez y silencio absoluto.

El alcalde dio una fuerte palmada con sus manos, se acercó a Ermelinda y le murmuró al oído “Estos huevones no sirven, son puros colijuntos...tráeme otro lote pasado mañana”.

A las 11:45 horas de ese día jueves, Jesús de los Carmelos Labraña abandonó el edificio de la Contraloría Regional junto al diputado Munita y al senador Leculñir, quienes le habían invitado a acompañarles en aquel necesario y doloroso trámite. Se dirigió luego, presuroso, al mercado de la ciudad donde le esperaba don Jeremías, el otro pastor del templo de Ensenada, quien llegó solícito respondiendo al llamado de auxilio que Labraña le enviase dos días antes.

- ¿Todo bien, hermano Labraña?

- Vengo de ‘faenar’ a un miembro de mi antiguo partido político hermano Jeremías...pero era imperioso hacerlo en beneficio de miles de almas que pueblan una bella y aislada comuna rural.

- Grave e importante debe ser el asunto que lo trajo hasta acá, hermano, porque usted mismo me contó que iría a la Contraloría Regional con la compañía de un senador y un diputado.

- Muy grave asunto, en realidad. Nada menos que el propio Contralor General ordenó a su colega regional recibirnos urgentemente y comenzar una investigación a fondo en Las Calandrias, la que estará a cargo de tres inspectores llegados desde Santiago específicamente para esta materia.

Labraña alisó su cabello con la mano derecha, oteó los locales del mercado y apuró un deseo que siempre le rasguñaba sus intestinos cada vez que estaba frente a problemas de peso.

- ¿Le parece, hermano Jeremías, que almorcemos antes de subirnos a su cacharro y regresar a Ensenada? El trayecto es largo, y el estómago gruñe.

Jeremías le miró con actitud bonachona. Tomándole del hombro y en una especie de abrazo contenido quiso demostrarle su solidaridad, pero había un bichito inquieto que corría de un lado a otro en su mente.

- Hermano Jesús, ¿por qué lo hizo? Me inquieta que haya decidido mostrarle a Contraloría todo lo que investigó en Las Calandrias, aún a riesgo de enviar a la cárcel a un miembro del que alguna vez fue su partido político.

Labraña sintió deseos de llorar. La barbilla comenzó a temblarle levemente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Necesitaba un vaso de agua. Tenía reseca la garganta y derrotada la conciencia.

- Lo hice por Las Calandrias, mi hogar, mi ‘patria chica’. Espero que el Señor acepte lo que he realizado. Es una forma de pagar en parte todo el mal que alguna vez causé allí. Es mi Contrición hermano Jeremías...y duele mucho, no sabe cuánto.

- Entonces ya está libre de pecado, querido pastor. Almorcemos y regresemos a nuestro templo. Cientos de hermanos nos esperan, y nos necesitan en el nombre de Jesús.

Con los ojos cerrados, echando su cabeza hacia atrás, Labraña murmuró quedamente un “aleluya”, sabiendo que nunca más, pero de verdad nunca más, regresaría a Las Calandrias.

Ermelinda Cáceres llevó ambas manos a su pecho, abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a leer por tercera vez el documento, proveniente de la Contraloría Regional que le enviaba oficialmente la Oficina de Partes del Municipio. Doce páginas...inusual cantidad de líneas y letras y palabras y terminachos legales... pero captó de inmediato que esta vez el asunto venía muy pesado para Renán Becerra Alvear.

Con esos papeles en la mano, corrió hasta la oficina de la Dideco y encaró a la 'Pelusita', con quien no tenía siquiera una relación profesional aceptable. Consideraba que era una traidora, pues nunca le agradeció el haberla enviado esa noche como acompañante del alcalde en la reunión con la junta de vecinos cercana al Motel 'Bésame Mucho'. El cargo de Dideco que ahora ostentaba se lo debía a ella.

- Graves problemas, mi linda. Te toca a ti ponerle el pecho a las balas. Yo me encierro en mi cuchitril dentro del Departamento Social y doy un paso al costado. Me cansé de defender caballos cojos.

- ¿De qué mierda estás hablando? –Pelusita siempre mostraba molestia cuando la Cáceres entraba a su oficina.

- Lee...esto llegó recién desde la Contraloría.

- Bah, nada nuevo, Esos vagos siempre están viniendo para pechar almuerzos y pasarla bien lejos de sus aburridas oficinas en Talca. Renán se encargará de ellos.

Ermelinda sonrió con malicia. Buscó la página número once y la extendió ante los ojos de la Dideco, señalando unas líneas con su dedo índice.

- Esta vez el asunto es grave. El Contralor General, ¿escuchaste? 'general', envía a tres inspectores directamente desde Santiago.

- Mierda, ¿desde Santiago?...claro que es delicado. Llamemos entonces al senador Leculñir para solicitarle que nos ayude deteniendo esta cosa.

Ermelinda soltó una risotada burlesca. ¡Cómo disfrutaba ese momento! Pelusita tenía lindo físico, y tal vez era una atleta del sexo, pero de asuntos políticos no sabía un maldito carajo, y lo que ocurriría de allí en más serviría

para demostrarlo. La joven Dideco comenzaba a sufrir el dolor del fracaso, y eso le sonaba a Ermelinda como música celestial.

-Despierta, mujer; Becerra se separó hace semanas del senador; incluso lo insultó a través de su programa radial en Talca. Y para colmo de males, querida 'jefecita', las denuncias que informa la Contraloría fueron presentadas por varias personas, entre ellas el mismo senador Leculñir, el diputado Waldo Munita y el ícono de los socialistas calandrineros, el vejete Jesús Labraña.

- *Conchesumadre...huevoes traidores* –los exabruptos de la Pelusita eran habituales en el municipio- ¿Qué crees que debo hacer ahora? No tengo mucha experiencia en estas cuestiones.

- Querida, la verdad es que no tienes ninguna experiencia en estas cuestiones, ni tampoco la tienes en cuestiones propias del cargo que conseguiste desnudándote en el 'Bésame Mucho'.

-P'tas que tenía razón don Jacinto Neira para decir todas las cosas que dijo de ti –barbotó la Dideco furiosamente- Y eso que olvidó contarle a la gente de Las Calandrias tu romance con don Recaredo, quien definitivamente te cortó las alas y te mandó a freír monos.

- ¿Recaredo? Vaya, vaya... me sirvió como trampolín para ascender en este municipio, pero ya no significa nada para mí, ni yo para él. Renán Becerra me dejó finalmente instalada en la planta de funcionarios y eso me basta; ya soy personal fijo, independiente de quiénes sean las nuevas autoridades, en cambio los funcionarios 'de confianza' del alcalde, e incluyéndolo a él, son aves de paso.

- ¿Te crees la gran cosa, verdad? Nunca fuiste una buena profesional; parece que olvidas convenientemente que don Renán te instaló ahora en un cargo donde tu única misión será hacer política en su favor en la campaña que se iniciará pronto.

- Sigue pateando la perra, mi linda. No me voy a enojar con tus berrinches de niña malcriada. Mejor apúrate en llevarle este documento a tu jefecito, y aguanta el chaparrón que se te viene encima. Recuerda que no estás

en la planta...también ocupas un cargo ‘de confianza’ solamente, y creo que esa ‘confianza’ hoy puede venirse al suelo, como calzón de flaca. Además, comienzo a sospechar que nuestro alcalde ni siquiera estará en condiciones de hacer campaña alguna.

Dicho ello, con una nueva risotada y dejando el documento de la Contraloría sobre el escritorio de la Dideco, abandonó esa oficina. A Becerra podía llegarle “el fin del mundo” esta vez, y ella tomaría ubicación en el mejor asiento del palco para presenciar el espectáculo. “La venganza es un plato que se sirve frío”, murmuró con una sonrisa bailoteando en sus labios.

Era consciente que una investigación ordenada por la Contraloría General de la República significaba el arribo de serios problemas, no solamente para el edil, sino también para algunos funcionarios. En su fuero íntimo reconocía haber coadyuvado en la ejecución de asuntos que eran improcedentes según la Ley Orgánica Municipal y el Estatuto Administrativo. Durante una década actuó al margen de esas legislaciones, amparada por el apoyo del alcalde y, muy principalmente, porque la comuna era pequeña, rural, pobre, y no llamaba la atención de la prensa ni despertaba el interés de las instituciones del estado. Pero, la comuna había comenzado a despertar. Lo demostraba la incursión de Rebeca Cantallopts y su grupo “Jóvenes al Poder”, además del arribo imprevisto de Juan Martín Uribe para terciar en la disputa por el sillón municipal.

Las Calandrias ya no era el pueblito de gente desinformada y simplona, casi propia del inquilinaje agrícola del siglo diecinueve, que ella conoció al llegar. El cambio era notorio e iría en aumento. Es cierto que había tenido una buena vida en esos doce años; mas, quizás ya era momento de desplegar alas y volar hacia otro sitio. Pensó en municipios pequeños de regiones distantes. En fin, se mantendría en Las Calandrias hasta que se produjera la posibilidad de postular a un cargo de jefatura en alguna municipalidad fuera de la región. Sabía que en la provincia de Cachapoal habría llamados a concurso en dos municipios cuyos alcaldes pertenecían al partido socialista, igual que ella. Tal vez...podría ser...¿por qué no?

Mientras tanto, disfrutaría observando el derrumbe de Becerra, de la Pelusita y de un par de funcionarios que ya la tenían harta. ¿Caerían bajo el

hacha del verdugo contralor? Las apuestas estaban a favor. Los inspectores no pertenecían a la dotación regional, a la que Becerra acostumbraba mediatizar ‘comprando conciencias’ mediante la oferta de cargos en el municipio, bien pagados y con poco trabajo. Ahora se trataba de tres inspectores enviados desde Santiago por el mismísimo Contralor General, ante denuncias hechas por dos parlamentarios. El panorama se oscurecía para el alcalde, y el pronóstico señalaba que la oscuridad podría llegar a ser total.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

El día amenazaba tormenta en la cordillera cercana. El cielo, encapotado de nubes negras, mostraba algunos relampagueos en lontananza, allá en las altas cumbres. Un vientecillo frío sacudía calles y esquinas en Las Calandrias. Los primeros goterones se dejaron caer sobre la municipalidad poco antes del inicio de la jornada laboral. Encerrado en su oficina, sin permitirle el ingreso a nadie, Becerra repasaba una y otra vez el legajo con las graves denuncias en su contra. Había efectuado innúmeros llamados telefónicos desde la tarde anterior, intentando conseguir apoyo político para obligar a la Contraloría General detener el proceso que inició con el envío de los tres inspectores. Los llamados telefónicos no arrojaron resultados positivos. Incluso, muy temprano esa mañana logró comunicarse con el presidente de la asociación regional de municipalidades, un colega alcalde, quien, por única respuesta le recomendó contratar a un abogado que “sabe mucho de estos asuntos”, y que, coincidentemente, era su sobrino.

La investigación se había transformado en la principal noticia en el pueblo, especialmente porque en la radioemisora local Jacinto Neira se encargó de informar detalladamente lo que estaba ocurriendo. El periodista puso especial énfasis en la autoría de las denuncias, repitiendo una y otra vez, casi con alegría, los nombres del senador Leculñir, el diputado Munita y el exconcejal Labraña.

Los tres inspectores enviados por el Contralor General se presentaron en la municipalidad exactamente a los ocho y treinta minutos de esa mañana oscura y lluviosa, dispuestos a entregar al alcalde la documentación oficial que les asignaba la tarea de realizar una profunda investigación. Sin embargo, Becerra no quiso recibirlos. Encomendó a la Pelusita esa recepción. Por ningún motivo iba a rebajarse, a humillarse, ante tres jovenzuelos que lo único que de seguro podían hacer medianamente bien era sumar y restar. ¿Dónde mierda se habían metido los diputados McIntosh, O’Ryan y Sotelo? ¿Por qué no le devolvían la llamada?

A las diez de la mañana, cuando sobre Las Calandrias caía un verdadero ‘palo de agua’, su asesor jurídico apareció. Venía de Talca, ciudad en la que vivía, y ya estaba enterado de los sucesos que estremecían a muchas personas en el pueblo y en la comuna toda. La Pelusita había sacado un par de copias de la documentación de Contraloría y las entregó al abogado de la municipalidad. Luego de leer las doce páginas, el leguleyo concluyó que el alcalde se encontraba en un franco aprieto.

- ¿Lo pueden sumariar, verdad? - preguntó con voz temblorosa la joven Dideco.

- No sólo pueden sumariarlo, Pelusita...incluso podrían meterlo a la cárcel. Si las denuncias tienen asidero, veo negro el panorama para nuestro alcalde.

- Usted es abogado, es el asesor jurídico de este municipio. ¿Por qué no le dijo a don Renán que ciertas cuestiones no podía hacerlas?

- Querida amiga, yo entrego opinión e información únicamente respecto de lo que el señor alcalde, o algún funcionario, de manera explícita y oficial me solicite. Nada de lo que este documento menciona me fue consultado. Ni siquiera fui abordado por algún Concejal en relación a los eventos transcritos en el legajo de Contraloría. Lo que aquí se menciona, creo, fue hecho entre cuatro paredes.

Pelusita quería averiguar todo lo concerniente a las denuncias. El abogado era un verdadero mequetrefe de aquellos que el pueblo llama “tinterillos”, y había sido recomendado a Becerra por el partido al que ambos

pertenecían diez años atrás, pero, en honor a la verdad, siempre supo poco y nada de lo que escapaba de la burocracia pública. Por supuesto que respondería las denuncias, una por una, a la misma Contraloría. Sin embargo, aunque mequetrefe y todo, tonto no era. Sabía cuál sería el derrotero de las investigaciones que ya estaban realizando los inspectores. En ese caso, mal podía encargarse de la defensa de Becerra si estaba claro que el edil, más temprano que tarde, debería enfrentar a la justicia ordinaria porque el Contralor, a sugerencia de los inspectores, optaría por presentar denuncias, antecedentes y resultados del sumario, a los tribunales de justicia. Legalmente, había mérito para ello. Sentía que era su obligación profesional informárselo al alcalde, pero este continuaba encerrado en su oficina y tampoco contestaba el teléfono interno.

Por fin, cuando el mediodía se aproximaba, Becerra permitió el ingreso del asesor jurídico a su oficina, quien tuvo la necesidad de gritarle un par de insultos al concejal ‘Momo’ Salaberry que pujaba por meterse al despacho del edil, pues deseaba “cantarle unas cuantas verdades” al jefe comunal. “Exijo una sesión extraordinaria del Concejo Municipal...y la exijo hoy día mismo”, gritaba con vozarrón estentóreo Salaberry. “¿Y los demás concejales, dónde están?, preguntó uno de los funcionarios que se habían congregado frente a la oficina del jefe. “Esos son todos ‘chupas’ de este huevón corrupto, y al igual que las ratas son los primeros en abandonar el barco” –vociferó el ‘Momo’.

El asesor jurídico permaneció más de dos horas en el despacho de Becerra. Se retiró del lugar cuando su reloj marcaba las dos de la tarde. No se quedó en el municipio. Subió a su automóvil y se marchó raudamente a Talca. En su cabeza había una cifra que le horadaba la conciencia. Dos mil trescientos cuarenta millones de pesos. Ese era el monto de lo supuestamente mal administrado por Renán Becerra; la sumatoria de las siete denuncias. El estadio municipal, el puente El Encanto, el parque Las Trancas, la compra del terreno para construir las viviendas de la villa San Arcadio, el uso de maquinaria y funcionarios municipales –en horario laboral- para construir su casa habitación en Constitución (a más de 120 kilómetros de Las Calandrias), el uso de vehículo municipal para actividades personales, y el abultado pago a conjuntos musicales inexistentes, contratados para distintos eventos,

redondeaban la cantidad que mareaba al asesor jurídico. Dos mil trescientos cuarenta millones de pesos. Este caso requeriría de un abogado especialista en esos temas. Se comprometió a contactar a un colega que era experto en tales entreveros.

- ¿Es del partido? –preguntó el atribulado Renán.

- No. Es de derecha, pero, le aseguro alcalde que es muy hábil litigando en cuestiones como la que nos interesa.

- No, no...tiene que ser del partido –la insistencia de Becerra era pertinaz.

- ¿Por qué? No entiendo la razón que le asiste a usted, don Renán, para tamaña imposición en momentos tan delicados como el que vive.

Sentado en el sillón que estaba dispuesto para las visitas, Becerra, con su rostro de color cerúleo y marcadas ojeras negruzcas, bufó cual toro cansado de atacar sin éxito la capa del matador. Nunca imaginó que Leculñir y Munita podían traicionarlo. Había olvidado torpemente que esos parlamentarios, al igual que muchos otros, acostumbraban traicionar a sus propios electores una y otra vez según fuesen sus conveniencias políticas.

-Hay distintos asuntos y procedimientos que realicé en doce años, son muchos y variados, pero sólo puedo conversar al respecto con gente de mi partido, es decir, con un abogado militante, y no con cualquier leguleyo...perdonando lo presente.

- Ah, entiendo. Pero, de todas maneras requiere contratar a un abogado especialista en la materia que le aflige.

- ¿Por qué *estai* seguro que me van a llevar a tribunales? –Renán había perdido parte de la soberbia y su voz era apenas audible.

- Si el Contralor General es quien ordenó la investigación, y esta fue merced a denuncias de dos parlamentarios, y uno de ellos es senador, obviamente significa que la cuestión resulta ser grave, y por lo mismo, después del sumario –porque eso ocurrirá también- Contraloría recomendará a

los denunciantes concurrir a tribunales. Usted debe prepararse para lo peor, alcalde.

El abogado asesor presentó su renuncia indeclinable al cargo que con tanto orgullo y poco trabajo había ejercido durante años en el municipio. Quería estar lejos de la presencia de Becerra; tenía claro que el fiscal podía llamarle a testificar en el juicio, y su declaración terminaría hundiendo al edil. De nada servía mentir en esos trances, tarde o temprano el fiscal se enteraría del desliz y una acusación por perjurio no era algo liviano; menos aún para alguien que, como él, trabajaba en materias legales. Lenta, pero progresivamente, el alcalde Becerra iría quedándose solo.

Desesperado, sintiendo el acerado filo de la justicia acercándose a su cuello, Renán decidió finalmente llamar a un abogado que había conocido años atrás, un profesional con vasta experiencia, aunque poseedor de dudosos antecedentes morales, pero ello -se dijo a sí mismo- en estas circunstancias, serviría mucho más que contratar al mejor de los especialistas. Esta vez su llamada telefónica encontró buen puerto. Celso Bórquez San Juan le citó a una entrevista en su bufete talquino para esa misma tarde. “Trae todos los antecedentes que tengas a mano...y por cierto, trae también el documento de la Contraloría. Ah, y ven solo, no te hagas acompañar por nadie”.

Mientras, en una parcela ubicada a nueve kilómetros al sur de la ciudad de Molina, Juan Martín Uribe cavilaba respecto de la información recibida de boca de un amigo calandrino que, a la vez, era su socio en la distribución y venta de algunos productos ilegales en varias comunas aledañas. Por cierto, la noticia recibida respecto de los graves problemas que aquejaban al alcalde Becerra le produjo gran satisfacción, y sintió que el escenario se abría favorablemente, aunque la candidatura de Rebeca Cantallopts podría significar un dolor de cabeza para sus pretensiones. Pero, políticamente, la mujercita era muchísimo menos peligrosa que el actual alcalde. Al menos, eso le parecía.

Los tiempos no estaban para indecisiones, por lo que llamó a dos de sus asesores y estructuró con ellos el plan de campaña que deseaba iniciar cuanto

antes. Su padre le había enseñado que nada era más peligroso que dejar en el camino a un animal herido, ya que este podía resarcirse y atacar con furia. Animal herido requería prontamente un disparo en la cabeza. Becerra estaba herido...había que rematarlo.

- Ustedes entienden que me refiero a rematarlo ‘políticamente’ –precisó al notar que sus asesores abrieron desmesuradamente sus ojos al escuchar la última frase.

- Becerra es un muerto caminando. Está acabado y no sólo porque la Contraloría lo quiera agarrar ahora del cogote, sino porque la gente de Las Calandrias se hartó de su soberbia, su tiranía y ordinariez –apuntó uno de los asesores, el más viejo de los presentes en esa sala de estar.

- Entonces, según tú, no deberíamos preocuparnos por él, sino, ¿por quién?

- El sumario incoado por la Contraloría será largo, no como sumario propiamente tal, sino como prolongación del proceso mismo...

- Por favor, hombre –Juan Martín aleteó con ambas manos mostrando molestia- Ya sabemos que manejas las leyes y la abogacía con gran capacidad, pero a mí debes hablarme en chileno, de manera directa y clara, recuerda que no soy universitario ni letrado, sólo soy un humilde comerciante, un distribuidor de frutos del país. ¿Qué quieres decir con eso de prolongación del proceso?

- Que la Contraloría podría llevarlo a juicio en tribunales, y eso prolonga el proceso al menos ocho o diez meses. Si Becerra cuenta con un buen abogado, puede dar término al juicio en menos de tres meses, lo que le permitiría presentarse a la reelección.

- Si es que gana...

-Claro...si es que gana. Se le viene pesado el futuro al alcalde de Las Calandrias. Leculñir y Munita no solamente lo abandonaron, sino que lo denunciaron ante el Contralor General. Por eso, es un hecho que habrá juicio en tribunales, nadie duda de ello.

- ¿Ya tiene abogado? ¿Sabes quién es?

-Lo tiene...contrató a Bórquez San Juan, que fue el único que aceptó defenderlo.

Juan Martín saltó de alegría al escuchar el nombre del viejo abogado que su padre manejaba a plena voluntad. Abriendo los ojos en un gesto que podía considerarse cómico, adelantó la cabeza hacia el centro de la sala y lanzó la interrogante cuya respuesta debería facilitarle gran parte del trabajo político próximo.

- ¿Contrató a Celso? Mish...entonces podemos decir que tenemos a Becerra fuera de la carrera municipal. Yo me encargaré de ello. Mañana mismo irá a Talca a conversar con nuestro buen amigo Bórquez San Juan.

En esa breve reunión efectuada en la parcela del joven Uribe quedó sellada la suerte de Renán Becerra, quien no sólo debería enfrentar a la Contraloría General de la República, a la Justicia y a parlamentarios como Leculñir y Munita, sino también tendría que batirse con un individuo extremadamente peligrosos, narcotraficante reconocido, como era el caso del hijo del 'Huacho', decidido a cumplir la promesa que había hecho a su padre, y a sí mismo, la tarde en la que su progenitor fue sepultado en el cementerio de Curicó. No estaba dispuesto a perder tiempo, por ello llamó telefónicamente al abogado Bórquez San Juan avisándole que viajaría a Talca al día siguiente.

“Amigo Celso, hay un asuntito que a ambos conviene afinar”. El viejo tinterillo intuyó de inmediato que se trataba de Becerra, y que habría una suculenta cantidad de dinero circulando frente a sus narices. Tenía 83 años de edad y el retiro debió haberlo hecho una década antes...ahora era el momento. Tal vez Juan Martín le aportaría dinero suficiente para disfrutar a plenitud los escasos años –o meses- que le restaban de vida.

CAPÍTULO DÉCIMONOVENO

Ermelinda Cáceres era el mejor apoyo con el que contaban los dos inspectores de la Contraloría en el municipio de Las Calandrias. Puso a disposición de ellos todos los documentos que incriminaban al alcalde como partícipe de asuntos no sólo improcedentes desde el punto de vista administrativo, sino también ilegales. Poco a poco, el expediente de la inspección fue engordando con las declaraciones de algunos funcionarios y las respuestas entregadas por pequeños comerciantes y dirigentes de organizaciones comunitarias, como juntas de vecinos y clubes deportivos, las que eran contrastadas con las explicaciones aportadas por el alcalde, quien contradecía sus declaraciones entregadas en las primeras entrevistas, e iba quedando cada vez con menos argumentos para su defensa.

El golpe de gracia lo recibió con la declaración de Basilio Gerardo. Este reconoció haber ayudado a salvar el pellejo del alcalde cuando se encontraba al interior del motel ‘Bésame Mucho’, evitando que el concejal Salaberry lograra fotografiar el vehículo municipal que Renán Becerra usaba esa noche. Ermelinda había convencido a Basilio para que declarase voluntariamente, asegurándole que la Contraloría podría sancionarlo con una pena menor, pero que en ningún caso ella significaría cárcel ni expulsión del sistema municipal. “A los inspectores diles que yo te di la orden”. Intrigado, Basilio preguntó qué ganaba ella con esa declaración que era una especie de suicidio laboral. “Les demostraré que don Renán nos tenía amenazados con las penas del infierno, con la expulsión de este municipio y que movería su influencia para que nadie nos contratara en el sistema público”.

- ¿Tan poderoso creía ser el alcalde? –preguntó uno de los inspectores a Ermelinda una vez que esta declarase, también voluntariamente.

- Era amo y señor. Ya saben ustedes que nombraba en altos cargos a mujeres con las que se acostaba, independiente de que ellas no tuvieran los atributos legales ni profesionales para ocupar esos puestos. Eso lo confirma el caso de Fernanda Darrigrandi, a quien ustedes y todos aquí en la municipalidad conocemos con el mote de ‘Pelusita’.

-¿Alguien más podría corroborar lo que usted dice?

- Creo que sí. Me permito recomendarles conversar con el dueño de la radioemisora local, el periodista Jacinto Neira. Él tiene antecedentes que de seguro a ustedes les sorprenderán.

Ermelinda se jugaba el todo por el todo. Si también era arrastrada al abismo por la catarata de sanciones, ya no era una cuestión que le importaba. Había pensado, durante los últimos días, la posibilidad de irse de la comuna y regresar al nicho familiar junto a sus padres. En esos años de irrestricta incondicionalidad a Becerra perdió su dignidad, su orgullo e incluso su matrimonio. De nada le había valido aquel apoyo perruno entregado al alcalde. Unas nalgas y senos más jóvenes le sacaron de la cúspide municipal enviándola a territorio oscuro, en el cual desaparecería socialmente sin pena ni gloria. ¿Encargada de la campaña para la reelección? Un cargo vergonzoso para una profesional universitaria experta en materias sociales. Además, tal como estaban desarrollándose los acontecimientos, era bastante improbable que Becerra pudiese triunfar nuevamente.

Estaba frente a la punta de rieles, al final de la línea en la última estación de ese recorrido. A veces añoraba volver al terruño paterno, nutrirse del amor de los suyos, tomar aire, descansar un largo período y, después, analizar qué haría con el resto de su existencia. ¿Regresaría a Las Calandrias? No lo sabía. Quizá, nunca. Tal vez, sí. De todas maneras, esperaría el dictamen final del sumario incoado por el Contralor General. Lo que viniese después le serviría de acicate para tomar una decisión respecto de su futuro, aunque algo tenía muy claro: Raulito estaba definitivamente fuera de su vida...y Recaredo también. Uno de ellos, por irresoluto y simplón, el otro, por prepotente y traidor. Las dos caras de una misma moneda.

En la intimidad de su conciencia sabía que restaba aún algo necesario de realizar en beneficio de recuperar la moral y la dignidad. Se debía a sí misma una larga conversación, de mujer a mujer, con Rebeca Cantallopts y con la ex directora de la escuela “Héroes de la Patria”. “No hay peor trámite que aquel que no se hace”, soliloquió una mañana en su solitaria oficina. Telefonó a ambas mujeres y la respuesta obtenida le sembró nuevas dudas respecto de su futuro en Las Calandrias.

- Lo siento, señora Ermelinda, pero no tenemos nada de qué hablar. Si quiere liberar su espíritu, le aconsejo ir a la radio y conversar con Jacinto, mi marido. Él está escribiendo una especie de novela sobre Las Calandrias, y tal vez sus confesiones puedan servirle como datos relevantes.

La respuesta de doña Ester era una contundente negativa a lo solicitado. Pero lo que contestó Rebeca Catallopts fue lapidario.

- Ambas sabemos que no nos encontramos en condiciones de realizar una entrevista ni una larga charla mientras continúa la investigación en la que también usted está involucrada. Le sugiero, primero que todo y para aliviar su conciencia y obtener el perdón de muchos calandrinos, firmar ante notario una declaración en la que reconozca y mencione no sólo los ilícitos del alcalde, sino los que han cometido varios funcionarios municipales, algunos empresarios, e incluso los suyos propios. Doce años de bandidaje no se perdonan con un padrenuestro y una piscola, señora Cáceres.

- No se preocupe Rebequita; saldré incólume de esa investigación y seguiré trabajando en el municipio sin importar quién sea el próximo alcalde. Y si usted obtiene la votación del pueblo para asumir ese cargo, le aseguro que encontrará en mi persona a una profesional intachable, leal y laboriosa.

- Por Dios, usted nunca le fue leal al sistema municipal, sólo fue incondicional a Becerra. No trate de venderle rosarios al Vaticano. Y si sale bien parada de este delicado asunto, entonces Las Calandrias tendrá que soportarla varios años como funcionaria pública en el municipio ¿en qué cargo, en qué lugar? Eso lo determinará el próximo jefe comunal, ¿verdad?

Cabizbaja y con negros pensamientos chicotéandole el alma, Ermelinda regresó a su hogar esa tarde, consciente que en aquella comuna ya no contaba con apoyo ni tampoco con la simpatía de sus habitantes. Muchos de aquellos que durante una década le endulzaron el ego a ella y al edil, ahora volvían sus espaldas tratando de no cruzarse en su camino, e incluso le negaban el saludo. En la tarde, cerca del anochecer, cual si fuese un intento desesperado por encontrar alguna mano amiga que le acariciase el ánimo, condujo su automóvil hasta el ingreso al “Bésame Mucho”. La Madame no se encontraba presente, pero Gina, la buena puta, la recibió con ojos compasivos. Abrazó a

Ermelinda con sincera solidaridad, y la ex Dideco, aferrada a la única esperanza de cariño que podía conseguir esa noche en Las Calandrias, soltó un desconsolado llanto.

El proceso investigativo avanzó con rapidez inusitada. Los dos inspectores consiguieron tempranamente decenas de documentos y declaraciones que comprobaban la participación de Renán Becerra en una multiplicidad de ilícitos, lo que les llevó finalmente a recomendar al ente Contralor separarlo de su cargo y expulsarlo del sistema público. Ello significaba entonces que el edil no podía presentarse a la reelección ya que estaría, legalmente, fuera de toda posibilidad de ocupar un cargo público en los próximos cinco años. La Contraloría aceptó la recomendación de sus inspectores y dictaminó oficialmente la expulsión de Becerra del sistema municipal. ¿Caso cerrado?

Por cierto que no. El abogado Bórquez San Juan entró a tallar en estos asuntos. Presentó un escrito en los tribunales de justicia exigiendo revocar la decisión de Contraloría. Los tribunales talquinos aceptaron abrir proceso, y a solicitud de la Fiscalía se decretó una especie de extraño statu quo en el cual Becerra seguía siendo alcalde mientras durase el proceso judicial, pero, a la vez, no podía ocupar el cargo ni emitir órdenes ni firmar decretos, y tampoco se le permitía representar a la comuna en ningún acto público o privado mientras los tribunales no dictaminasen un fallo al respecto.

- Parece que tengo la tiña, don Celso. Ahora todos esos huevones a los que ayudé y les permití ganar plata a manos llenas, me desconocen, me abandonan. ¡Pero, voy a regresar y entonces les pasaré la factura! Ya no me interesa la alcaldía, quiero ser diputado. Estoy seguro de poder llegar al Congreso con el voto popular: Los viejos izquierdistas de esta región me siguen amando y admirando. Además, tengo hachitas que afilar con esos dos desgraciados, Leculñir y Munita. Quédese a mi lado, don Celso, porque pronto seré más grande de lo que he sido.

Lo que Becerra ignoraba era que Bórquez San Juan seguía al pie de la letra las instrucciones de Juan Martín Uribe en cuanto a representarlo mañosamente ante la justicia ordinaria. “No me interesa que lo metan preso durante cinco años, sólo quiero, amigo Celso, que logres sacarlo de la competencia por la alcaldía”. La orden del hijo del ‘Huacho’ había sido clara y perentoria. Detrás de ella esperaba una pila de dinero que el viejo abogado anhelaba y requería.

- Cuento con ello, Juan Martín. Tal vez un trimestre en el chucho es suficiente para que usted arrolle con su campaña y encabece la lista de los posibles ganadores en la futura elección. La verdad, creo que el resultado del sumario hecho por la Contraloría quedará a firme en el tribunal, pero la idea es que Renán no ande paseando libremente por Las Calandrias enervando a la gente. Por eso, tres meses en la ‘jaula’ bastarían.

Así ocurrió. El fiscal –con el soterrado apoyo de Bórquez San Juan que defendió a su cliente débilmente- obtuvo la decisión del tribunal para mantener en prisión preventiva al imputado Renán Becerra mientras durase la nueva investigación, esta vez efectuada a través de las diligencias que ordenaría la fiscalía. Prisión preventiva para Becerra durante ciento veinte días. Ese fue el tiempo designado por el juez para investigar a fondo el caso del alcalde. Cuatro meses. En prisión, claro está.

La prensa regional informó profusamente lo acaecido con el alcalde de Las Calandrias. Hubo medios que publicaron ediciones especiales recordando los acontecimientos vividos en esa comuna veinte años atrás, cuando el avión presidencial del entonces primer mandatario, Jacques Andere, cayó en la cordillera cercana al fundo La Moraleda, abatido por un atentado terrorista. El desconocido pueblo de Las Calandrias volvió a ser noticia nacional.

En el comedor de la prisión, a la hora del almuerzo, Becerra veía los noticieros de la televisión apretando los puños y jurando venganza. Sus cuatro compañeros de celda, viejos moradores de la cárcel talquina, conocieron su historia y le entregaron opiniones francas, desnudas y dolorosas.

-Te metiste con los grandes, poh, Nanito... y te creíste el cuento que eras uno de ellos. Vos, poh, un don nadie de Curicó creyendo ser patrón de la cuna de los poderosos.

-Fui primera autoridad comunal de Las Calandrias durante doce años, amigos míos. Eso no lo logra cualquiera. Les daba cancha, tiro y lado a los otros acaldes de esta región –respondía Renán, altanero como siempre.

El Tato, antiguo traficante de artículos robados, y que siempre le acompañaba en los paseos por el patio, se encargó de aclararle el panorama.

- Pero ellos están libres y voh *estai* en la jaula, así que no *vengai* a pintar el mono con eso de que *soi* el mejor de todos. Te vieron las canillas, te usaron, eso es lo que hacen los verdaderos poderosos con giles como *voh* y como nosotros. ¿Quién es tu abogado?

- Celso Bórquez San Juan –respondió Becerra con un aire de satisfacción que se derrumbó no bien su acompañante estalló en sonora carcajada.

-¿El viejo Celso? ¿El ‘goma’ del Huacho Uribe y ahora empleaducho del hijo del mismo ‘Huacho’? Te vieron las canillas, Nanito, porque todos sabemos acá en la jaula que Bórquez trabaja para Juan Martín Uribe, que quiere ser alcalde de Las Calandrias, y usted compadre, era un obstáculo. P’tas, socito, lo acaban de sacar de carrera. ¿Se da cuenta que no era *ná* poderoso y que siempre fue un juguete de los que realmente mandan? Aquí en la ‘dolorosa’, los *genda*, la *yuta* y los bravos de la galería cinco, la más violenta de todas, nos regalan pastillas de *ubitaquex*.

Era su cuarta noche en prisión. Las imágenes de un pasado pletórico de aplausos, dinero dulce y mujeres fáciles, transitaban por su mente como película vieja, desgastada, olvidada. Él mismo era una caricatura, un actor de la época del cine mudo. Una reliquia. Luego de doce años de ejercicio sin control por parte de una autoridad rayana en la tiranía, Renán Becerra conocía el lado amargo de la dura verdad.

- *Tenís*, con cueva, licencia media, ganchito, y ninguna profesión ni capacidad técnica reconocida por el estado, lo que te deja en el analfabetismo

laboral –Tato le cantaba las verdades sin reparar en emociones ni remilgos- Date por satisfecho con lo que te agenciaste en ese municipio. Ojalá el tribunal no te lo quite. Cuando *salgai* de aquí preocúpate de conservar lo que robaste. Esa es tu pensión, tu jubilación.

- Yo no me he robado nada –explotó Becerra, despertando las alertas de dos gendarmes que estaban cerca.

- ¿No te robaste nada? –sonrió su contertulio- Sóplame este ojo, ¿o *voh* creí que igual que todos nosotros *estai* aquí por bolitas de dulces,? *Voh* te creíste vivaracho, pero los verdaderamente vivarachos están fuera de estas rejas. Esos son los ganadores, los vivos, los que tienen buena ‘pensadora’ y mejores redes de apoyo. Aquí estamos los giles, los que servimos de carnada pa’ los de afuera. Mastica esa verdad, trágatela y podrás entender que nunca fuiste lo que creíste ser.

-No acepto tus opiniones porque yo fui una gran autoridad...

- ¿Autoridad? ¿Autoridad de qué –interrumpió otro reo que había estado como estatua junto a ellos- Llevamos tres días paseando y conversando en este patio, y la verdad de la milanesa es que ni siquiera *sabís* hablar bien. Además, no entiendo lo que dices, *hablai* puras incongruencias.

Becerra lo quedó mirando con gesto de extrañeza, la boca semi abierta y un dedo apuntando hacia el pecho de quien había hablado recién.

- ¿Incon ...qué?

- Incongruencias.

-¿Qué significa eso? No cacho...

Los reos que le acompañaban rieron de buena gana. Uno de ellos apuntó: “Y quiere ser diputado este pastel...¿cómo cresta llegó a ser alcalde?”.

El agudo sonido del silbato señaló que la estancia en el patio terminaba. Era momento de presentarse en el comedor, hora de almuerzo que casi todos los internos siempre esperaban con impaciencia, aún sabiendo que el menú dejaba mucho que desear. Renán fue el último en obedecer la orden, creyendo

que ese mínimo gesto de rebeldía podría significarle respeto por parte del resto de la población.

Al pasar el dintel del primer ingreso al amplio y oscuro comedor, un hombre de aspecto tosco y notoria corpulencia lo detuvo colocándole una mano en el pecho para luego empujarlo con fuerza, estrellándolo contra la pared.

- Selena... Selena Toro –la voz del agresor sonaba gutural- ¿Te *acordai* de ella?

- N-n-no, no sé quién es – Becerra temblaba de pavor buscando con su mirada el apoyo de los otros reclusos, pero ninguno intervino.

- Le prometiste un cargo en la municipalidad, le juraste que contigo ella tendría el oro y el moro, pero mentiste...te acostaste con ella varias veces, y no cumpliste lo prometido. Ella era mi esposa...

Dos gendarmes aparecieron de la nada y separaron con violencia al hombre tosco, a la vez que uno de ellos propinaba a Becerra dos golpes secos y cortos en las costillas mientras emitía una orden con voz autoritaria.

- Esta es hora de colación, par de huevones. Sus diferencias las arreglan en el patio, y no aquí.

Acezando de miedo, Renán se acercó presuroso hasta donde se hallaba Tato, quien había contemplado la escena sin mover un músculo. En la ‘jaula’ todos se rascaban con sus propias uñas, y nadie le prestaba ropa ni verso a ningún necesitado. Los problemas personales eran exactamente eso, personales, y no comprometían al resto de los internos. Sin embargo, era bien visto y aceptado proporcionar un consejo a alguien que requería transitar sin armar líos. Allí, la experiencia y la prudencia eran primas hermanas.

Renán notó que el hombre tosco, el tal esposo de la tal Selena (de la cual nada recordaba), ya no estaba en el comedor. Lo buscó con mirada huidiza sin encontrarlo. Se percató también que muchos reclusos no almorzaban en ese lugar. “La mayoría come en las celdas, se prepara su propio ‘papeo’...somos pocos los que venimos a tragar las porquerías que nos ofrece

papá fisco”. Tato hablaba dirigiéndose a nadie, a un fantasma invisible, con la vista fija en el plato de lentejas aguadas. Sin alzar la vista, preguntó a Becerra:

- ¿Con cuántas mujeres te acostaste en Las Calandrias aprovechando tu cargo de alcalde? No me respondas, te lo pregunto sólo para que reflexiones respecto a que en este lugar puedes toparte con más de un marido engañado.

Becerra movió los hombros tratando de sacudirse una imaginaria carga, a la vez que dibujó una sonrisilla con la cual daba a entender que esas fueron algunas de sus ‘gracias’ como macho y como autoridad.

- ¿Y qué podía hacer yo? Soy el alcalde, la primera autoridad de Las Calandrias, respetado y admirado no solo en la comuna, sino en toda la región. Las ‘minas’ llegaban solitas a ofrecerse porque adoraban compartir la cama con alguien tan importante como es este pechito.

El corpulento Tato le miró con ojos de reproche, pero nada dijo respecto de la postura sobradora y cínica de su compañero de celda. Extendió su brazo y lo tomó por los hombros apretándolo fuertemente. Ello duró escasos segundos, ya que la situación cambió abruptamente.

- Aquí, ‘socito’, no hay mujeres ni autoridades que valgan. En estos rumbos la muerte acecha sin freno. Usted acaba de recibir la primera advertencia por parte de un esposo engañado, un esposo que estaba acá en el chucho mientras usted pecaba con mujer ajena. *Tenís* cuatro meses de ‘preventiva’, lo que suma ciento veinte días y ciento veinte noches que deberás caminar mirando hacia atrás.

- Los gendarmes deberán cuidarme...soy el alcalde...

- Termina con esa cantinela, *gilculeco*. Aquí tú eres nadie, uno más del lote. Los gendarmes no cuidan a alguien en especial, sólo aparecen un par de minutos después que se ha desatado la mocha, pero siempre llegan tarde porque al finado ya lo atravesaron con un estoque, ¿cachai? Vos mismo escuchaste recién al gendarme; “sus diferencias las arreglan en el patio”, y allí debe estar esperándote el esposo engañado.

A Renán Becerra la sonrisilla sobradora se le borró como por encanto. Una especie de sudor frío comenzó a transitar por su espalda y pequeños temblores sacudieron su cuerpo. Por primera vez en su existencia comenzó a oler el aroma de la muerte. Cerró los ojos y para su capote reconoció que era cobarde. Tenía que encontrar una solución, una salida, al problema que le aquejaría permanentemente en ese recinto penal.

- ¿Qué debo hacer para evitar palizas y ataques mortales? Tiene que haber alguna forma para vivir en paz, aunque sea en una cárcel.

Tato sonrió con picardía, y bajo su hirsuta barba aparecieron dientes amarillos embadurnados por décadas de adicción al tabaco.

- Existen dos caminos para solucionar tu problema, Nanito. Uno de ellos es el de la plata, y el otro es el del culo. Debes elegir cuál seguir.

- No entiendo...de verdad no ‘cacho’.

El fortachón sacudió el ambiente con sus carcajadas. Le divertía la cara de Becerra porque ella reflejaba un asombro envuelto en miedo disfrazado de incredulidad.

- *Podís* pagarle protección a uno de los capos que dirigen los grupos más violentos, pero ese pago es alto, algo así como seiscientas ‘lucas’ mensuales.

-Harto caro –balbuceó Renán- ¿Y la otra alternativa, cuál es? Dijiste que eran dos.

- Ah, sí, claro que sí. La otra alternativa es convertirte en la ‘minita’ de uno de esos capos...es decir, pasarle tu trasero y servirle de ‘nana’ y de amante durante el tiempo que dure tu estadía en este balneario fiscal.

- Ah, re crestas –exclamó el alcalde dando un paso hacia atrás, como si la presencia de Tato pudiera convencerle de abandonar su tan querida calidad de macho.

-No te preocupes Nanito –la voz del fortachón era ahora melosa, casi dulce- Si careces de guita, y tienes que entregarte a uno de los capos, debes

buscar al que sea menos bruto, más cariñoso y culto. Una vez que te integres a su harem ningún interno te va a molestar.

Renán comenzó a sollozar y se encogió como babosa que recibe sal. Debería llamar a Bórquez San Juan para plantearle que urgentemente hablara con el fiscal para lograr ser trasladado a una prisión más digna y menos peligrosa. Pero, ¡diablos!, ningún juez revocaría la prisión preventiva, y hasta donde recordaba (qué difícil era en esa prisión poder recordar algo), su propio abogado fue quien le recomendó aceptar calladamente ese fallo judicial. El miedo era cosa viva y lo estaba consumiendo con rapidez. Se sentía mareado, abandonado por todos, habitando un mundo de ficción, feroz y mortal.

Tato continuó hablando, y sus palabras terminaron por derrumbar completamente la débil estructura síquica de Becerra.

- Nanito, yo soy uno de esos capos. ¿Por qué crees que me acerqué a hablar contigo, y por qué crees también que en estos dos días nadie te ha molestado? Porque soy el jefe de los “Penetradores”, y mi banda está compuesta por diecisiete atorrantes que tienen condenas superiores a los cinco años.

Hizo un breve alto. Adquirió nuevamente el tono de voz duro y fuerte que le caracterizaba. Con ambas manos tomó la cabeza de Becerra y acercó su rostro a los ojos del espantado alcalde, quien creyó que el fortachón deseaba besarlo. De manera casi automática, echó rápidamente el cuerpo hacia atrás, enjugó sus lágrimas con la palma de la mano y solicitó respuesta a la pregunta que le inquietaba.

- ¿Seiscientos mil pesos mensuales? ¿Y cuándo comienza el mes?

-El mes comienza ahora. Si decidiste pagar por mi protección, te felicito. ¿Cómo funciona esto? Alguien de afuera tendrá que depositar mensualmente esa cantidad en una cuenta RUT que te daré oportunamente. Cada mes se hará el depósito en una cuenta RUT diferente. Cuestiones de seguridad.

El alcalde se desplomó sobre la silla más cercana, bufó como animal herido y dirigió el pensamiento hacia la única persona a la que podía confiarle

el manejo de su dinero. Era verdad que Ermelinda Cáceres continuaba enojada con él porque la sacó de la Dideco, pero estaba seguro que ella seguía amándolo sin remilgos y en silencio, como lo había hecho durante doce años.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Con Renán Becerra en prisión preventiva, asumió el cargo de alcalde, en calidad de subrogante, el Secretario Municipal, un funcionario con dieciocho años de experiencia y que nunca había sido “hombre de Becerra”, pero tampoco se distinguía por defender con dientes y uñas el sistema municipal y la legislación vigente. “El típico ganapán”, apuntó el irascible concejal ‘Momo’ Salaberry que veía a toda persona no derechista como un peligro para la sociedad. En el pasillo frente a la sala de Concejo, se encontró con el Secretario Municipal y lo emplazó a citar a sesión extraordinaria.

- Los comicios edilicios se realizarán dentro de siete meses. La campaña parece que ya comenzó, y creo que es imperioso que en el sillón de la alcaldía, ahora vacante porque Becerra está detenido, sea ocupado por el concejal que obtenga mayoría en la votación interna que legalmente debe realizarse para designarlo.

- Señor concejal, con el debido respeto que su cargo amerita, permítame decirle que usted está equivocado -la voz del Secretario Municipal era doctoral, pero monótona, cual si su dueño estuviese cansado- Don Renán se encuentra en prisión preventiva, y los tribunales no han fallado en el caso que le aqueja. Mientras ello no ocurra, vale decir, mientras el tribunal no emita sentencia, la ley establece que el cargo de alcalde, como subrogante por cierto, debe ser ejercido por uno de los funcionarios de la planta que tenga calidad de Director, en este caso me ha correspondido ejercerlo por imperio de la ley. Una vez que los tribunales dicten sentencia, y en el supuesto que don Renán sea declarado culpable, sólo entonces procederá la elección interna en el

Concejo Municipal para designar a uno de ustedes como Alcalde para el resto de este período y hasta la asunción del nuevo jefe comunal.

Dicho esto, el Secretario Municipal dio media vuelta y marchó a su nueva oficina. Salaberry quedó solo, parado en medio del pasillo. Apretando sus dientes hasta hacerlos rechinar a causa de la ira que lo consumía, lanzó en sordina la palabra que acostumbraba endilgarle a todos aquellos que no pensaban como él o no hacían lo que deseaba que hicieran.

- ¡Comunista'e mierda!

Apopléjico de rabia, refunfuñando y dando grandes zancadas, abandonó el edificio municipal rumbo a su camioneta. Se detuvo a medio camino porque una idea surgió en su mente. Ir a la radioemisora y ofrecerle a Jacinto Neira una entrevista para que en Las Calandrias se conociera su opinión respecto a lo que ocurría con el gobierno comunal. Tenía mucho que denunciar y bastantes propuestas que informar. Con esa entrevista podría comenzar también la campaña para su reelección como concejal. El problema que le molestaba era no tener claro aún a cuál candidato a la alcaldía apoyar. Rebeca Cantallopts parecía avanzar con solidez en el mundo juvenil (pero le desagradaba que las mujeres se involucraran en política), y Juan Martín Uribe tenía buenas probabilidades en la población menos privilegiada económicamente. Debería ser muy cauto y sabio para jugar sus cartas. Por eso, la entrevista –si es que Neira aceptaba hacerla- era un buen paso.

- Usted y yo hemos dado una lucha valiente y franca contra la dictadura del corrupto alcalde Becerra. Siempre hemos coincidido en eso.

- Así es, señor Salaberry –contestó Neira- concordamos en que el alcalde es un corrupto, un libidinoso, un mujeriego y un mitómano...pero más allá de ello no tenemos los mismos objetivos. A mí me mueve sólo la verdad informativa y la educación cívica a mis auditores en beneficio del desarrollo de la comuna y, obviamente, de la protección al débil, así como luchar con fuerza por aquello que tanto se necesita por estos lados, justicia social.

- Esas bagatelas, don Jacinto, son discursitos típicos de resentidos sociales y de comunistas. Lo que esta comuna necesita con urgencia es mano dura y mucho orden.

- ¿Usted es católico, verdad? Eso tengo entendido.
- Muy católico. De misa dominical y apoyo económico a mi iglesia.
- ¿Nunca le ha preocupado que su iglesia, específicamente en Las Calandrias, aboga por los mismos asuntos que le comenté?
- Claro que me preocupa. ¿Se da cuenta que hay un problema grave con la falta de orden por estos lados?

Neira sonrió y no pudo evitarlo. La grabadora continuaba funcionando. Ahora comenzaba a interesarle esa entrevista. Un salmón estaba a punto de caer en las garras del oso. Y él era plantígrado. ¡Amaba su profesión!

- No me diga que en su programa como candidato a concejal también quiere meterle mano a la iglesia católica. ¿O el problema es solamente con el curita de Las Calandrias?

- No voy a dar una pelea política para ello –Salaberry no captó de inmediato que Neira lo llevaba al borde del precipicio- Bastará con solicitar al arzobispo un cambio de sacerdote. Me agradecería mucho que a nuestra iglesia local llegara el Padre Cisternas.

- ¿Cisternas? ¿No es el cura que escondió en la casa de sus padres, en un fundo en Los Ángeles me parece, a otros curas que estaban acusados de pedofilia?

El concejal carraspeó ruidosamente y movió sus manos en señal de reprobación. Ese no era uno de los temas que deseaba desarrollar.

- Mentiras, inventos y falsedades propias de la prensa izquierdista y atea, señor Neira. El padre Cisternas está oficiando misas en una parroquia santiaguina, me parece que en la comuna de Huechuraba. La izquierda marxista lo odia, tanto como odia al senador Iván Pereira, a quien acusa de corrupto, pero el senador ya demostró que era un hombre decente, limpio de polvo y paja luego que el tribunal lo dejara impecablemente a salvo de cualquier acusación.

- Perdón, señor Salaberry, pero el padre Cisternas no oficia misas, sólo hace catequesis con personas adultas en esa iglesia, el cardenal no le permite hacer más. Y en cuanto al senador Pereira, él no salió 'libre de polvo y paja' como dice usted. Recuerde que Pereira tuvo que llegar a un acuerdo con el tribunal y pagar varios millones de pesos para no ir a la cárcel. Eso no es precisamente quedar limpio, eso es reconocer que sí estaba involucrado en una corruptela de mucho dinero para financiar su campaña política.

Salaberry bufó incómodo. Maldita la hora en que tuvo la malhadada idea de presentarse como voluntario para servir de cordero a esa poca objetiva radioemisora. Por un breve momento le concedió la razón al alcalde respecto del trabajo periodístico de Jacinto Neira. Se preguntó si Rebeca Cantallopts y Juan Martín Uribe estarían de acuerdo en cerrar esa radio. Tal vez Uribe, con el poder económico que le servía de soporte, aceptaría levantar en Las Calandrias otra radioemisora y un canal local de televisión para derrumbar a Neira. Era un buen punto a conversar con el hijo del 'Huacho', quien también había sido hombre de derecha, según le contaron sus amigos del partido en Talca.

Al dejar la oficina del periodista y, ahora sí, rumbear hasta el estacionamiento donde descansaba su camioneta, el concejal Salaberry tomó conciencia respecto a que la entrevista había sido negativa para sus planes, y que la lucha –su lucha- contra todo lo que oliera a izquierda o a progresismo, incluía también a cierta prensa.

En tanto, Jacinto Neira, repasando algunas de las respuestas que grabó a Salaberry, tenía otra conclusión.

- Definitivamente, nuestro municipio está podrido de pé a pá. Exceptuando a los funcionarios más antiguos, esos que trabajan allí desde antes que llegara el bandido Becerra, la casa municipal ha sido transformada en un verdadero conventillo, un antro, incluyendo a varios concejales que sirven para maldita la cosa.

Diez días después de la detención ‘preventiva’ del alcalde Renán Becerra decretada por el tribunal, se desató la campaña política, y los potenciales candidatos a la alcaldía y al Concejo Municipal comenzaron a recorrer la comuna con sus ofertones, promesas y visitas puerta a puerta. Faltaban aún diez meses para el día de los comicios, pero la lucha se tornó intensa tempranamente.

Juan Martín Uribe regalaba asados, comistrajo, poleras, zapatillas y artistas cumbiancheros que contrataba sin remilgos para alegrarles la existencia a las personas que vivían en sectores alejados de la cabecera comunal. Ese era su público objetivo, como aseguraba cada vez que le preguntaban por el avance de la campaña.

En tanto, Rebeca Cantallopts usaba a destajo las redes sociales tratando de aglutinar en su favor a la juventud de la comuna, aunque también visitaba con su comando sectores que requerían de cierta ayuda en cuestiones legales, como postulaciones a vivienda propia, deslindes de potreros e hijuelas, acarreo de agua potable, y asuntos similares. Sus hermanos, Pablo y Chelo se encargaban de mover a los jóvenes y hacerlos participar en cuanta reunión pudiesen efectuar.

La lucha se manifestó reñida desde su primer bramido. Sin embargo, faltaba un tercero en discordia, Renán Becerra, cuya estancia en el penal talquino detenía el accionar de su gente en la campaña que esta deseaba efectuar. El exalcalde seguía contando con el apoyo de muchos calandrineros que defendían su gestión, aún sabiendo estos cuán delictual había sido su gobierno.

Juan Martín tenía el decidido apoyo de diputados derechistas del partido Unión Demócrata Independiente, quienes no hacían cuestionamiento de la calidad de narcotraficante del candidato. Uno de ellos, de apellido Zelaya, vástago de la dictadura pinochetista, era incondicional socio de Uribe en todos y cada uno de los malabares que el hijo del ‘Huacho’ cometía a diestra y siniestra.

Por su parte, Rebeca Cantallopts contaba con el apoyo de mucha juventud, de otro sector de la derecha, menos radical, y de algunos bandos

socialdemócratas que estaban hastiados de la tiranía del alcalde hoy en prisión preventiva.

Y Becerra, aún preso y cuestionado, pero con la posibilidad de salir indemne en tribunales de las acusaciones de Contraloría, aseguraba que continuaba contando con el apoyo mayoritario de los vecinos de Las Calandrias, aunque en su fuero interno reconocía haber perdido una significativa masa de votantes. ¿Cuántos? Esa era la incógnita.

Salaberry en tanto, al igual que los escasos poderosos millonarios existentes en Las Calandrias, no tenía claro a quien apoyar. Juan Martín era muy peligroso, demasiado fuerte económica y ‘físicamente’ (sus mercenarios guardaespaldas intimidaban a cualquiera); Rebeca Cantallopts era mujer, voluntariosa aunque desconocida en quehaceres políticos, y tal vez una hembra de armas tomar.

“Alea iacta est” (‘los dados están echados’), dijo el general Julio César cuando regresando de las Galias, con sus triunfantes legiones, cruzó el río Rubicón, rumbo a Roma, para terciar en la lucha por el cargo de jefe de gobierno del gran imperio.

Rebeca, Juan Martín y Renán, cada cual en su cubículo, en su nicho y en su realidad objetiva, dijeron también “los dados están echados”, y la lucha comenzó.

TRES MESES DESPUÉS...CÁRCEL DE TALCA

Pasó sin problemas la revisión de gendarmería, constatación de su cédula de identidad, dejar en custodia el teléfono celular y vaciar su cartera, explicar qué llevaba y para qué llevaba lo que llevaba, firmar un papel en el que nunca leyó su contenido y, luego, ingresar a un pequeño patio custodiado por cinco gendarmes armados hasta los dientes donde había sillas y mesas. A uno de ellos entregó el nombre del reo que deseaba visitar y cuya identidad ya había registrado en la primera revisión. El gendarme juntó los papelitos recibidos de manos de los visitantes, se perdió por un pasillo luego de atravesar una puerta enrejada, y cinco minutos más tarde aparecieron los primeros internos. Entre ellos venía Renán Becerra, enflaquecido a ojos vista, sin afeitarse, ojeroso y demacrado.

-Ermelinda, querida amiga...gracias por venir a visitarme. No te imaginas cuánto te he extrañado.

La Cáceres lo miro casi con lástima. Le ojeó de arriba a abajo sin disimulo “¿A este tipo le entregué una década de mi vida?”, se preguntó para sí misma, sin poder evitar una mueca de desagrado. Arriscó las narices, ya que incluso percibió que su exjefe olía mal. “El perfume de la derrota”, pensó.

- Jefe...mi visita es protocolar. Sabe bien que ya no siento por usted mayor aprecio; me jugó chueco y me tiró al excusado de la municipalidad. Ahí estoy ahora. Su gran amor, la Pelusita, no da pié con bola, anda perdida en el horizonte y sin apoyo ni reconocimiento por parte de los funcionarios.

- Esos son los maricones que tenía Anselmo Piña antes que yo llegara, y le juegan sucio a la pobre chiquilla –murmuró Becerra.

- No jefe, nada que ver...me estoy refiriendo a los funcionarios que usted contrató, a su propia gente... esa ‘de confianza’. Pero no he venido para hablar de temas que hoy no me importan. Regresaré al campo, con mis padres. Me harté de servir profesionalmente en municipalidades. Además, ya pasé los cuarenta y cinco años de edad y sé que me será difícil encontrar trabajo en otros municipios, menos aún después de la debacle sufrida en Las Calandrias.

Hizo un breve alto que aprovecho para alisarse el cabello con una de sus manos. Bajó la cabeza y continuó hablando, pero ahora su voz era casi un susurro.

- En la región, jefe, nuestra imagen se fue a la mierda. Por eso he venido también a pedirle que el próximo depósito de seiscientos mil pesos en una cuenta RUT lo haga la Pelusa...yo no quiero saber nada con dineros que no me pertenecen.

- ¿Realmente quieres abandonar tu trabajo en el municipio y regresar con tus padres? Yo esperaba que siguieras siendo mi jefe de campaña – Renán parecía estar viviendo una ensoñación en un mundo paralelo, sin tener clara conciencia de su actual situación.

- Creo que es la más probable posibilidad -respondió Ermelinda- estoy segura que más temprano que tarde sus opositores –que son los míos- también vendrán por mí, y querrán encerrarme en un lugar como este. Eso lo sé, aunque voy a esperar el resultado de la próxima elección. Si usted triunfa, e incluso si triunfa Juan Martín Uribe, creo que podría continuar en la municipalidad. Pero si la vencedora es Rebeca Cantallopts, me iría de inmediato. Con ella jamás podría trabajar. Nos odiamos, y con ella me esperarían momentos muy difíciles ya que incluso mi libertad estaría en riesgo.

La exDideco suspiró profundamente inclinando su cabeza hasta que el largo cabello cubrió parte de su rostro. Guardó silencio algunos segundos. Alzando la frente miró a su contertulio y expresó la opinión que jamás hubiese emitido en otras circunstancias.

- Siendo honesta, aunque usted logre salir bien parado de esta situación judicial, creo que no tiene ninguna posibilidad de resultar electo por cuarta vez.

Becerra bajó la cabeza y la escondió entre sus manos. Sólo dos días antes, el tribunal le había negado su solicitud de revocar la prisión preventiva cambiándola por arresto domiciliario total. Que era un peligro para la sociedad, sentenció el magistrado. ¡Viejo estúpido! ¿Qué sabía él respecto de administrar una comuna pobre y atrasada, y convertirla en una próspera

comunidad caminando a tranco firme hacia el desarrollo? Le querían sacar de la carrera política y no contaba con mucho apoyo; ninguno de sus antiguos adherentes le había visitado en esos primeros meses de prisión. A su mente, de manera reiterada, acudía la frase del pastor Labraña: “la Historia no te absolverá”.

- ¿Puedo hacerle una pregunta personal que siempre me ha inquietado? La respuesta que usted me dé ya no tiene mayor relevancia, pero necesito saberla, conocerla –Ermelinda bajó la cabeza y con voz suave expulsó la interrogante que durante diez años escoció su alma- He sido su más fiel y leal asistente, como una verdadera perra, tal como se lo prometí alguna vez...sin embargo, y pese a que usted siempre buscó saciar su apetito sexual con todas las hembras que se cruzaron en su camino, ¿por qué a mi jamás me insinuó siquiera la posibilidad de llevarme a su cama?

- ¿Quieres que te diga la verdad? –Becerra intuía cuán dolorosa iba a ser su respuesta.

- Sí, la verdad desnuda...no se preocupe por ella, sólo dígamela.

El exalcalde suspiró como bufido de bisonte; se rascó la barba hirsuta y tragó aire para llenar unos pulmones necesitados de oxígeno. ¿Quería la verdad? Qué diablos...la verdad tendría, total, nada peor podía pasarle ya.

- Ermelinda, querida amiga...nunca me gustaste...

- ¿Ni siquiera un poquito, un pichintún como para hacerme el amor en la cabaña número uno del “Bésame Mucho”?

- Ni eso, Ermelinda...no me calientas...jamás lograría tener una erección contigo...no eres mi tipo.

- Pero si usted no tiene ‘tipos’ de mujeres; todas las hembras le sirven. ¿Por qué yo no?

- Porque eres fea según mis gustos...lo siento, pediste la verdad y la verdad te entrego. Lo siento, lo siento, lo siento, perdóname.

Estaba desolado y no quería que Ermelinda le viera llorar, ni tampoco verla llorar a ella. Trató de recomponer la situación cambiando el tema y preguntando respecto de la marcha de las campañas políticas en la comuna. Durante quince minutos la exDideco –que aguantó estoicamente el chaparrón de la verdad- relató los acontecimientos habidos en Las Calandrias. Cantallopts y Uribe avanzaban a pasos agigantados rumbo al sillón alcaldicio. “Si usted y la gente que aún parece apoyarnos, no intervienen pronto, la pelea está perdida, aunque, insisto, sospecho que de todas maneras esa pelea la tiene perdida”. Además, agregó la mujer, a través de la radioemisora, Jacinto Neira ha logrado por fin establecer una corriente de opinión mayoritaria a favor de Rebeca Cantallopts.

- Ah, y hablando del viejo Neira –Ermelinda, pese estar herida en su orgullo y sentirse ninguneada una vez más por aquel a quien sirvió perrunamente, abrió su cartera y extrajo un paquete- ese periodista acaba de publicar un libro en el que relata muchas de sus andanzas, jefe...aunque en su novelita el vejete menciona a la comuna, a usted y a todos nosotros en la municipalidad con otros nombres. El librito ya es grito y plata en Las Calandrias, y también en Talca. Creo que Neira lo llevará a Santiago y al Congreso en Valparaíso. La cuestión es que todos quieren leerlo.

Compungido y enrabiado, Corcuera preguntó si en ese libro Neira lo atacaba sin conmiseración.

- El vejete dice solamente cosas que todos sabemos que usted hizo, bien, mal o muy mal. Nada más que eso. Incluso yo también salgo chamuscada en esa novelucha de mierda. Ahora, en la comuna, las personas no bien me ven, bajan la cabeza y se ríen en sordina con un cinismo atroz.

- Entonces hay que demandarlo –bramó Becerra.

Ermelinda rió cansinamente a la vez que entregaba el misterioso paquete a su exjefe.

- ¿Demandar? ¿Y con qué argumento legal? Se trata de una novela, una ficción, cuya trama se desarrolla en una comuna inexistente y con personajes inexistentes salidos de la mente del autor. Por último, no es culpa de Neira que la gente en la comuna crea que nosotros somos esos personajes.

Incluso el muy cinicote Juan Martín Uribe compró más de quinientos ejemplares y los distribuye en sus visitas puerta a puerta. También la Biblioteca Municipal cuenta con cinco de esos libros.

- Me gustaría leerlo para saber si es posible atacar por algún lado a Neira –Becerra rabiaba sin poder expresar a viva voz su malestar; los gendarmes vigilaban, y el tiempo de visita estaba pronto a terminar.

- Yo se lo traje –Ermelinda apuntó con su dedo índice el paquete que recién le había entregado- Ahí está el libro. Le va a provocar sentimientos encontrados.

- ¿Me nombra claramente a mí en algún capítulo?

- ¿Con su nombre y apellido?...no, ni a usted ni a nadie.

Renán echó la cabeza hacia atrás entrecerrando los ojos y haciendo una mueca de aceptación con sus labios, a la vez que moviendo los hombros en una actitud de “ya nada me importa”, musitó quedamente:

- Ah, ya; algo es algo. ¿Y cuál es el título?

Ermelinda chasqueó la lengua para graficar que le disgustaba continuar hablando de ello. Sin embargo, respondió la pregunta de quien durante años había sido su jefe.

- La novela se llama “Tres hilos para una aguja”.

F I N

Listado de personajes principales

(En perfecto desorden alfabético)

ANSELMO PIÑA: exalcalde de Las Calandrias. Agricultor. Jefe de las tiendas políticamente derechistas existentes en la comuna.

JESÚS DE LOS CARMELOS LABRAÑA: exconcejal socialista de la misma comuna; adversario de Piña. Enfermo y derrotado, veinte años atrás, huyó de Las Calandrias refugiándose en un templo evangélico en el sur del país.

RONALDO MORAGA, 'EL LENGUADO': leñador y arriero, ya retirado, amigo de todo el mundo en Las Calandrias. Un socialista de aquellos de verdad, nostálgico de la Unidad Popular, honesto, trabajador como el que más, despierto intelectualmente, gran lector de libros y diarios.

CHUMBARATA: trabajador que desempeña variados oficios; cascarrabias, ligero de genio, pertenece a la vieja guardia de Las Calandrias, un espécimen ya en extinción.

CÁCHAMESTAMUELA: trabajador agrícola, irónico, mordaz, amigo de sus amigos, eterno visitante de cocinerías, fondas y cuchitriles.

EL PELLIZCO: trabajador polifuncional en labores variopintas; aseador, jardinero, cuidador de automóviles, asistente de cocina... bebedor empedernido, gozador de la vida, inofensivo y respetuoso.

GINA: mujer madura que en su juventud era toda una belleza. ¿Profesión?, prostituta, con pasantías en Buenos Aires y en Santiago, pero la mayor parte de su vida la ha desarrollado en Las Calandrias.

LA MADAME: cabrona típica de ese oficio comercial conocido popularmente como 'puterío'; una emprendedora exitosa; dueña del único burdel y del único motel existentes en Las Calandrias.

JACINTO NEIRA: periodista y locutor, propietario de la radioemisora local. Su objetividad le impide contar con amigos en política, pero sí con múltiples adversarios y algunos enemigos. Respetado por sus pares a nivel regional.

ESTERCITA SALVATIERRA: directora de la escuela municipalizada “Héroes de la Patria”. Docente de fuste y escritora. Esposa de Jacinto Neira.

REBECA CANTALLOPTS: joven y atractiva empresaria automotriz, dueña del principal taller de reparaciones mecánicas y venta de repuestos. Fundadora y presidenta del grupo “Jóvenes al Poder”.

PABLITO: hermano menor de Rebeca, técnico electrónico, deportista nato, políticamente de ideas progresistas convenció a su hermana a fundar el grupo ‘Jóvenes al Poder’ conformado en primera instancia por sus amigos motoqueros.

MARCELO (‘CHELO’). Hermano mayor de Rebeca y Pablito, mecánico automotriz de excepción; jaranero, conocido, querido, respetado y temido; asiduo cliente de cuanto baile popular hay en la comuna los fines de semana. Buen boxeador, mal genio y decidido defensor de sus hermanos y de sus amigos.

‘HUACHO’ URIBE: poderoso empresario del narcotráfico, dueño de parcelas y locales comerciales en la región del Maule. Mecenas de algunos diputados y un par de senadores. Jefe de una peligrosa banda de delincuentes. Un bandido con poder.

JUAN MARTÍN URIBE: hijo único del ‘Huacho’. Sigue la misma senda de su padre, aunque gusta de la acción y la actividad política. Heredará los negocios de su progenitor...y también continuará a cargo de la misma banda de delincuentes.

JUAN SAULO LECULÑIR: senador de la república que, en un primer momento, apoyó al alcalde Becerra, pero posteriormente lo abandonó transformándose en uno de sus más duros oponentes.



BÓRQUEZ SAN JUAN: viejo abogado defensor de delincuentes y narcotraficantes. Socio del senador Leculñir en una especie de bufete de abogados en la ciudad de Talca.

ERMELINDA CÁCERES: profesional que ha trabajado toda su vida en municipalidades sin mucho éxito, hasta que se entregó en cuerpo y alma al alcalde de Las Calandrias, convirtiéndose en cómplice de las ilegalidades e inmoralidades cometidas por el edil.

PELUSITA (Fernanda Darrigrandi): joven y bella contadora pública, novel funcionaria municipal que rápidamente encandiló físicamente al alcalde. Adversaria de Ermelinda Cáceres.

ROMINA BALLESTEROS: esposa del alcalde de Las Calandrias; mujer honesta y sencilla soporta en silencio las infidelidades cometidas por su marido. Pero, no hay mal que dure cien años...

RENÁN BECERRA: personaje fundamental de esta novela. Inculto, libidinoso, grosero; amigo del dinero fácil y del engaño al público, mitómano, vengativo, políticamente sectario. Tejió una verdadera red mafiosa en el municipio con la cual maneja a su amaño la comuna, ama el culto a la personalidad y lo exige para sí mismo. Su audacia y voluntarismo suplen sus deficiencias y le permiten obnubilar a electores desavisados.
